



Esposa a la fuerza

Camila Winter

Esposa a la fuerza (Damas victorianas 2)

Camila Winter

©Esposa a la fuerza-Camila Winter

© 2020-Camila Winter

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora. No está permitido la reproducción de esta novela sin la debida autorización de la autora cualquier violación será severamente castigada ante la DMCA.

Todos los personajes, nombres, lugares mencionados en la presente son invención de la autora y no guardan semejanza con personas reales. Cualquier semejanza no es más que mera coincidencia.

Amparada en la Ley universal de Derechos de autor y en la ley 17616 de la República Oriental del Uruguay y la Ley 19857 del 23 de diciembre de 2019.

Todos los derechos reservados.

© María Noel Marozzi Dutrenit, autora de todas las novelas escritas bajo el seudónimo Camila Winter.

Nota de la autora.

Esta novela forma parte de una trilogía llamada damas victorianas, tres novelas de amor, romance y misterio ambientadas en Inglaterra victoriana.

Solo agradecer a mis fieles lectores y dejarles mi e-mail si desean contactarme.
camilawinter2014@gmail.com

Esposa a la fuerza

Camila Winter

Primera parte

El baile

En el salón de la mansión de los Kellington, el joven sir miró impaciente a su alrededor en busca de su hermana. de pronto la vio sentada en el comedor especial bebiendo sorbos de té mientras miraba a su alrededor tensa. Conocía bien a su hermana menor, con sus impecables bucles rubios sobre la sien la frente alta y los labios cubiertos con ese polvillo que conseguía de forma clandestina.

—Amber, debo hablar contigo.

Ella lo miró molesta y alerta con sus grandes ojos verdes de gata. La crispaba que se metiera en sus asuntos.

—Supongo que me retarás por haber invitado a Lawrence.

Su hermano quedó desconcertado.

—¿Lo habéis invitado a tomar el té hoy? Lo ignoraba.

Amber se sonrojó sintiéndose horriblemente humillada.

—Vamos, no me miréis así, nuestro padre jamás dará su aprobación y lo sabes.

—Eso no es asunto vuestro. Y si de eso quieres hablarme pues no quiero escucharte, Thomas. Todavía no me ha pedido matrimonio para que debas preocuparte.

—No, no era de eso que quería hablarte Amber, siéntate, lo que quiero decirte es muy serio.

Ella obedeció algo intrigada.

—¿Qué sucede, Thomas?

—Clarence Bootmey, ¿lo recuerdas? Mi amigo que vive en Londres y es abogado.

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué hay con él?

—El otro día lo vio cuando fui a Londres por unas diligencias para nuestro padre. Me dijo que vio a tu marido en un club muy exclusivo, Amber.

Ella se puso pálida.

—Eso no puede ser... Mi esposo murió, Thomas.

Él la miró incrédulo.

—Pero lo vieron, Amber... Dijeron que estaba allí con otro hombre y tenía ese extraño anillo en su dedo meñique.

—Debieron confundirlo con alguien, mi esposo murió hace más de un año.

Amber palideció y toda su coquetería se esfumó al pensar en Wilfredo Strozzi, su marido italiano.

—Debe ser un error, realmente, ¿queréis matarme del susto? —preguntó con un hilo de voz.

Para todos era la señorita Kellington, soltera y casadera y era mejor que lo creyeran pues su matrimonio fue producto de un capricho de juventud, un capricho que pagó muy caro al poco tiempo de casada al comprender que su marido no era ese príncipe azul que se había imaginado...

Su hermano Thomas la miró alarmado, con fijeza, como si no le creyera.

—¿Acaso crees que he mentado? Mi marido murió en el extranjero durante un viaje, ¿debo contaros esa historia de nuevo?

—Lo sé, pero una vez dijisteis que vuestro esposo era un hombre muy malo, Amber, y me pregunto si acaso no te cansaste de su maldad y lo abandonaste.

—Claro que no, Thomas, nunca habría hecho eso. Era mi esposo y lo amaba—su voz se quebró, pero no mentía. —Tú sabes que me enfrenté a mis padres por amor a ese hombre, que estuve bajo su hechizo durante mucho tiempo y nunca habría podido abandonarlo. ¿Cómo puedes decir eso?

—Y supongo que lo habrás lamentado.

Amber asintió en silencio.

—¿Y si no murió? ¿Si es él Amber?

—Eso es imposible... Debió ser alguien parecido, no comprendo por qué toda esta conversación. De estar vivo me habría buscado mucho tiempo atrás. Es absurdo, Thomas. Sólo debe ser alguien que se le parece.

—A lo mejor el conde italiano no sabe que estamos aquí, tal vez esté tras de ti.

—Eso es imposible Thomas... Mi esposo murió en Italia.

—¿En Italia? Pensé que había sufrido un ataque mientras dormía.

Ella lo miró inquieta.

—Fue a curarse de esa enfermedad de los huesos y también a visitar a unos parientes, pero el viaje fue mucho para él... dijeron que tuvo un ataque y murió. Yo estuve allí cuando lo trajeron en un ataúd y lo enterraron.

—Nunca hablaste de ello, fue todo tan misterioso que...

Ella lo miró con tristeza.

—A veces es mejor callar. He querido enterrar todo lo que pasó, dejarlo atrás y tengo una oportunidad ahora. Si Lawrence me pide matrimonio, me casaré con él, Thomas. Lo haré.

Su hermano se puso muy serio.

—Amber, sir Lawrence no es un candidato aceptable, es un joven de noble carácter es verdad, pero pasarás estrecheces en un futuro. Solo tiene una propiedad y dicen que está en ruinas.

—No me importa. Mi vida se arruinó por haber sido joven e impetuosa pero ahora todo será distinto, Thomas. Realmente quiero casarme con Lawrence y dejar atrás tantos recuerdos tristes.

—¿Lo quieres o lo necesitas?

Amber se sonrojó.

—¿Cómo te atreves? Me casé por amor y mi matrimonio fue un error, ahora tal vez funcione si escojo a un hombre bueno, Thomas, un hombre bueno que me ama y es un auténtico

caballero y de eso seguramente no tendréis ni sombra de duda.

—Eso es verdad. Pero os recuerdo que tendréis que esperar a que se decida a hablaros y si no lo hace esta conversación será una anécdota y nada más. Además, estáis pasando por alto algo muy importante: nuestro padre no ha autorizado esa amistad y sospecho que no sabe nada al respecto.

La joven tragó saliva y su abundante busto subió y bajó al instante poniéndose más colorada que antes.

Sabía que su hermano tenía razón. ¿Qué ganaba convenciendo a su hermano si el caballero del que se había enamorado locamente no le hablaba, no le exponía sus sentimientos? Se había alejado de ella de forma inexplicable aumentando sus dudas y desazón. Pero en su corazón no había dudas, y sufría al pensar que su pretendiente, el único que había despertado y curado su corazón malherido la rechazaba, se alejaba de ella sin motivo aparente.

Tal vez él también temía ser rechazado.

—Solo os quise avisar, Amber—dijo su hermano y se alejó.

Ella lo miró llena de malos presagios.

“Esto no puede ser, mi esposo murió...”

Sintió su corazón latir acelerado mientras viajaba al pasado. Tantos recuerdos, tristes, dolorosos, pero algunos habían sido felices...

En el pasado ella había tenido otros pretendientes, pero los alejó a todos, con sutileza, hasta que apareció ese caballero que le doblaba la edad y que le atrajo como un imán. El conde italiano. Wilfredo Strozzi. Fue tan extraño, nunca antes se había sentido así, fue como un embrujo, algo que no pudo controlar. Algo tan fuerte y maligno...

Y él era un hombre guapo y fascinante, un italiano, había algo maligno y sensual que no había visto jamás en otro hombre, la forma en que la miraba...

Sus padres se opusieron a esa amistad desde el principio, porque él le doblaba la edad y nadie sabía nada de él. El conde Wilfredo Strozzi era un completo misterio, como si hubiera salido de la nada. Sólo mencionaron la mansión de Creeping hall, cerca de las colinas blancas de

Lancashire, pues a pesar de ser italiano se había establecido en ese lugar helado con su familia, un lugar siniestro como pocos, pero entonces ella no lo sabía ni lo imaginaba pues su enamorado lo pintó como un perfecto paraíso.

Fue muy elocuente y seductor. Logró convencer a todos y sin embargo su padre desconfiaba de que su fortuna fuera sólida. Pensaba que no era más que un seductor y un caza fortunas.

El conde italiano se ofendió cuando comprendió la indirecta de su padre. Se ofendió y se marchó y ella lo vio irse con el corazón partido.

—Ya tendrás mejores pretendientes, hija mía, no os quedéis afligida—le dijo su pobre madre al verla tan triste los días siguientes. Sabía que le gustaba ese caballero, todos lo notaban.

Amber se quedó tan afectada. Tan desolada. Sin imaginar que para él sólo había sido un juego, que le había robado el corazón y la atormentaba fingiendo que no le importaba, así fue siempre, ahora lo sabía...

Durante meses no volvió a saber de él y todos decían que se había marchado a Lancashire y sin embargo ella estaba cada vez más enamorada y esperanzada en su regreso. Un día llegó una carta, la primera carta de amor que ella escondió de su familia.

Le explicaba por qué había tenido que marcharse y por qué no podía visitarla todavía.

Asuntos urgentes le requerían en Creeping hall de Lancashire.

Amber sintió el corazón palpar acelerado mientras leía esas líneas que danzaban ante sus ojos “no tema señorita, no me he olvidado de usted, ¿cómo podría hacerlo?” y con sólo esa frase que le daba a entender que ella le importaba y tenía esperanzas... Quería convertirse en su esposa un día, no soñaba con otra cosa. Y aguardó día tras día su regreso mientras le respondía una carta amable y contenida, pues no era de buen gusto confesar a un caballero que lo extrañaba y añoraba su regreso, aunque lo sintiera hasta el fondo del corazón, no lo diría.

Una dama jamás daba a entender en palabras ni por carta sus verdaderos sentimientos, aunque muriera por saber cuándo podría verle de nuevo tampoco lo preguntó por supuesto.

Y así esperó y esperó como Penélope, sintiendo que moría de desesperación aguardando

su regreso, aguardando impaciente, noticias suyas. Solo un mensaje, una carta...

Le daba rabia pensar en lo tonta que había sido.

Durante meses la torturó, le escribió carta inventando excusas hasta que un buen día fue a verla en secreto y le confesó la verdad, que su familia le había prohibido seguir con su amistad y mucho menos cortejarla. No había esperanzas, no había futuro para él, ni para ambos. Amber creyó en sus palabras y sin poder contenerse se enojó con sus padres y luego lloró. Se desesperó.

—No tema señorita Amber. Encontraré la forma, se lo juro... si acaso me acepta... si hay alguna esperanza para mí...

Le declaró su amor esa noche y ella se dejó llevar por esa pasión que la consumía a fuego lento.

Y él se marchó, dijo que regresaría a verla pronto, no dijo cuándo...

Hasta que un día mágico le dijo que la amaba y que la convertiría en su esposa. Estaba tan locamente enamorada y tan ciega que no desconfió en ningún momento de que la amaba y aceptó convertirse en su esposa. Su corazón y su alma entera no quería otra cosa.

—Pero vuestros padres no me aceptarán, mi hermosa damisela. Me han prohibido veros, jamás aceptarán lo nuestro—le dijo él.

Amber lloró, era tan joven y estaba tan enamorada, llevaba tanto sufriendo ese amor atormentado y cuando le propuso huir y casarse en el extranjero aceptó encantada. Parecía la única solución. Fugarse y escapar. Era tan romántico...

Entonces se fugaron y cometió la imprudencia de entregarse a él en esa posada del camino. Todos creían que estaban casados. pero no lo estaban y de pronto sintió que la piel le ardía y moriría si no dejaba que la desnudara y le hiciera el amor...

Tragó saliva al recordar esa noche que no debió ser pues luego comprendió su imprudencia y sintió terror, terror de que luego de ser su amante no quisiera casarse con ella.

Amber lloró cuando enredados en la cama sintió el dolor de haber perdido la virginidad, cuando la hizo suya por primera vez y sus quejidos se unieron a sus gemidos de placer mientras su mirada oscura se volvía maligna y un beso salvaje sofocaba sus sollozos.

No fue lo que esperaba y se sintió perdida. Sin saber por qué sólo quería escapar de esa cama y que dejara de hacerla suya. No estaba lista para eso, pero luego comprendió que estaba atrapada. Acababa de convertirse en su mujer, su amante, y había perdido su virtud, ahora ningún caballero la querría de esposa y lo sabía y sintió una horrible angustia preguntándose qué había hecho.

¿Se casaría o con ella o la regresaría a su casa abandonándola a su suerte? Estaba demasiado asustada para preguntárselo.

Al día siguiente despertó sintiendo que todo había sido un sueño y se vio desnuda frente al inmenso espejo, desnuda y sola en esa habitación y aterrada quiso abandonar la cama y lo hizo vistiéndose con prisa. Tenía que buscar a Wilfredo, hablar con él...

Tembló al recordar lo que había hecho y se arrepintió amargamente pensando que había caído en la trampa de un seductor, sus padres tenían razón, él no era ese caballero que pensaba.

Entonces vio la cama manchada de sangre y se estremeció. Sabía lo que significaba, una dama sangraba al perder su virginidad y sin eso no podría casarse. Ningún caballero la querría.

—Has despertado preciosa... te traje el desayuno—dijo él entrando en la habitación.

Amber sintió algo muy extraño entonces, había pensado que amaba a ese hombre, pero ahora no quería que volviera a tocarla, que la lastimara ni... todo había cambiado, no estaba lista para ser suya, para ser su esposa. Quería escapar, pero sólo pudo quedarse donde estaba y desayunar y saber qué haría él.

—No temas preciosa, luego será mejor, no sentirás dolor sino placer... un placer con el que jamás has soñado—dijo entonces su amante leyendo sus pensamientos.

—No... no quiero que vuelva a pasar. —dijo ella con voz apagada y lloró confundida y atormentada. Le costaba mucho entender lo que había pasado y no comprendía su terror en esos momentos y un rechazo absoluto a la intimidad y a seguir adelante con su aventura, solo se lamentaba por lo que había hecho.

Su amante la miró con intensidad y de pronto tuvo la sensación de que podía leer sus pensamientos.

—Estás confundida y te sientes mal por lo que pasó, pero no temas, luego será diferente, te despertaré al amor y la lujuria, preciosa. Ahora te he convertido en mía, pero quiero que seas mi esposa y cumpliré mi palabra.

Amber lo miró confundida y él le dio un beso ardiente.

—No temas preciosa, vístete, tenemos un largo viaje hasta la capilla más próxima. No querrás volver a tu hogar sin tu virginidad y con mi semilla en ti. Podrías estar encinta ahora...

Ella tragó saliva y lo miró. Tenía razón y luego, él la ayudó a vestirse, a cubrirse con la capa y le dio un beso ardiente. Se moría por hacerla suya y la abrazó y lentamente la fue llevando para convencerla de hacerlo otra vez... Amber se sintió mareada y gimió cuando le tuvo en su interior, jamás habría imaginado que sería así, nadie la había preparado para su noche de bodas y a punto había estado de escapar. Pero ahora ya era tarde y su amante tuvo razón, luego fue distinto y ese día la hizo suya un montón de veces y le gustó... a pesar de su ignorancia, del miedo que sentía comenzó a sentir que le gustaba ser suya y luego con el tiempo, se cumplieron sus vaticinios y él supo llevarla por los caminos de la pasión y la lujuria.

Pero al menos cumplió su promesa y la convirtió en su esposa días después en una parroquia medio vacía del camino.

La mansión de Creeping hall aguardaba, un lugar siniestro y oscuro con una familia italiana que no hablaba del todo inglés y que conversaban en su lengua materna todo el tiempo.

Se sintió abrumada y perdida, se sintió como una visita en su propio hogar.

Su esposo intentó integrarla, pero sus parientes la miraron torvo desde el principio.

Eran gente extraña, antipática o de modales distintos. Tuvo que aprender su lengua pues no hablaban una palabra de inglés lo que la extrañó bastante pues se suponía que vivían en Lancashire desde hacía años.

La soledad del lugar, aislado y siempre helado aún en verano terminó de arruinar sus nervios. Echaba de menos su hogar, y descubrió que la comida italiana la disgustaba y tantas otras cosas...

Desde el principio todo estuvo mal y en la convivencia se alejaron.

Y descubrió que ese príncipe azul era un hombre taciturno y reservado al que apenas conocía. Todas sus cartas de amor, la exquisita poesía que le recitó una vez no eran más que una parte pequeña de su personalidad. Era un completo extraño y un misterio.

Lamentó amargamente haber sido tan impulsiva pero ya era tarde. Era su esposa y le pertenecía.

Todo era tan nuevo para ella y tan incierto...

Excepto al caer la noche.

En sus brazos Amber los caminos del placer, lentamente se estaba haciendo adicta a esos encuentros ardientes.

Él era todo cuanto tenía en esos momentos, su familia jamás le perdonó esa boda precipitada y se fueron de Derbyshire para no soportar la vergüenza de explicar la fuga romántica de su insensata hija.

“No sufras, Amber, soy todo lo que tienes ahora, soy tu esposo y pronto tendremos muchos niños. Ven aquí...” Le decía siempre su esposo y al mirarla de esa forma, sin ocultar su deseo se humedecía y sabía que la encerraría en sus aposentos para hacerle el amor.

Lentamente fue llevándola por los caminos de la pasión hasta que esta se convirtió en una absoluta y desesperada lujuria.

Jamás pensó que disfrutaría esos encuentros, ni siquiera imaginó que existía algo llamado placer, pero él se lo enseñó una noche besando todo su cuerpo y un tiempo más en su femenino rincón. Allí con caricias húmedas y desesperadas la hizo estallar de placer. Retorcerse, gemir y descubrir que nunca había sentido algo como eso.

Por momentos sentía culpa de esas prácticas perversas y de desearlas.

Pero al parecer los caminos de la lujuria era un viaje sin retorno y ella jamás podía negarse a sus juegos, ni a prodigarle caricias vergonzosas ni a permitirle que se las brindara... En todo lo complacía y luego tenía su recompensa. Pero más que amor, era sólo placer y empezó a notarlo a medida que el tiempo pasaba y notaba que su marido no era ese hombre bondadoso y gentil del que se había enamorado.

Algo cambió en él luego de cumplir dos años de casados y saber que no había podido todavía dejarla encinta como tanto deseaba. Y eso que jamás se negaba a sus brazos.

Pensó que era su culpa, que quizás fuera estéril o que el señor la castigaba por haberse casado contrariando la voluntad de sus padres.

Era una esposa dedicada y ardiente, jamás se negaba a sus brazos, pero lentamente comprendió que más que esposos, eran amantes que disfrutaban el placer de esos encuentros.

Había días que él se alejaba con la excusa de que tenía que viajar y la dejaba mucho sola. Luego regresaba como si nada para encerrarse en su dormitorio, pero volvía a partir y ella se enfadaba porque jamás la llevaba a sus viajes. ¿Por qué tenía que dejarla encerrada?

Empezó a sentirse atormentada. ¿Sería su culpa por no poder darle un hijo?

Entonces él dejó de hacerle el amor, una rara enfermedad lo aquejó y pasaba mucho tiempo tendido en la cama.

Amber sufría por esa dolencia y por la horrible necesidad que tenía de esos momentos de éxtasis y aunque trataba de no pensar en eso sufría en silencio y procuraba dominar el horrible deseo que lo consumía.

Se moría por estar con él, pero sólo le quedaba cuidar a su esposo que de pronto se había convertido en un anciano atacado por una enfermedad de los huesos.

Pero como seguía siendo muy listo y agudo descubrió sus pensamientos y deseos reprimidos y un día se lo dijo:

—No temas preciosa, pronto me voy a recuperar y podré hacerte el amor como añoras... un tiempo más. Sólo un tiempo.

Ella se sintió avergonzada de que notara cuánto extrañaba esos encuentros, pero su esposo la miró con intensidad y a pesar de lo enfermo que estaba la abrazó con fuerza y le dio un beso ardiente. Respondió a sus besos y dejó que la desnudara y la hiciera suya así, con caricias y gimió al sentir su boca en su vientre devorándola por completo, con la misma desesperación que ella sentía y ella buscó despertarle, hacer que su miembro adquiriera esa forma ancha y firme, y con brusquedad abrió sus pantalones y notó estaba firme y aguardaba caricias.

Él sonrió triunfal y la guio hasta él, sabía cómo hacerlo él se lo había enseñado y pensó que era su turno de brindarle placer sin pensar si eso estaba bien o mal, llevaba tanto tiempo sin intimidad que no le importó nada más. Él le había quitado toda vergüenza y pudor hacía mucho tiempo.

—Ven aquí, hermosa, ven... creo que he vuelto a ser un hombre entero—le dijo y la llevó a la cama con suavidad mientras le daba un masaje a su miembro y lo introducía rápido como si temiera que este perdiera fuerza. Había ocurrido antes, copulaban un buen rato, pero era incapaz de llenarla con su semilla como al principio, no sabía por qué...

Amber gimió extasiada cuando la llenó con su miembro erecto y tan duro y luego se retorció y movió a su ritmo sabiendo que el éxtasis no tardaría en llegar.

Y él la besó y sonrió al verla gemir de placer y retorcerse de un lado a otro pidiendo más, mucho más... pero su miembro perdió fuerza de nuevo y él se inclinó para besarla allí y saborear el néctar de su placer y enloquecerla de nuevo.

Ella se sonrojó al recordar esas noches de lujuria y pasión que había enterrado cuando su marido murió, sin él no creía posible volver a tener un esposo, a disfrutar de esa horrible lujuria. Se preguntó si no sería pecado sentir tanto gozo, había sido criada de una forma tan estricta que por momentos se sentía mortificada por desear tener un esposo para saciar su lujuria, en parte era esa la razón.

Su esposo ya no estaba y no quería quedarse llorando a su marido por la eternidad.

Sentía la necesidad de un esposo, un esposo que la amara y le hiciera el amor y que también la hiciera madre. Pues a pesar de ser tan ardiente y viril, su marido jamás pudo darle un hijo y como se negaba a pensar en la posibilidad de ser estéril pensó que tal vez si se casaba de nuevo ...

Apartó esos pensamientos, ese triste viaje al pasado y suspiró. Ella quería olvidar ese pasado, pero era el pasado que no la olvidada. Alguien quería atormentarla haciéndole creer que su marido estaba vivo. Pues no, no era cierto. No podía ser verdad. Debió ser una coincidencia...

Y sin embargo al pensar en Wilfredo se sintió húmeda como en las noches en que se

dejaba llevar por esa horrible y devoradora lujuria.

Apartó esos pensamientos y fue a la salita turbada a responder la correspondencia.

Días después le preguntó a su hermano si había averiguado algo.

Él la miró sorprendido por la pregunta. Se encontraba enfrascado leyendo un libro en mitad de la biblioteca y sabía que no le gustaba ser interrumpido.

—Todavía no, Amber. Vamos. ¿Es que al fin creéis en esa historia absurda?

—No lo creo, pero me preocupa que alguien quiera hacerme creer que mi marido está vivo.

Esa posibilidad tomó por sorpresa a su hermano.

—Eso es absurdo, ¿por qué alguien querría hacerte creer eso? Tú juraste que murió y te creo. A menos que hayas mentido y...

—No te he mentado, Thomas, pero todo esto es tan extraño.

La joven se angustió y pensó en la posibilidad de que todo fuera parte de un macabro plan una venganza. Luego pensó que era absurdo. Ella había sido una buena esposa, lo cuidó hasta lo último.

—¿Cómo murió? ¿Qué pasó?

Amber se estremeció al recordar, tenía la sensación de que había ocurrido hacía mil años y sin embargo también sentía que fue tan reciente...

—Sufría una enfermedad de los huesos incurable y me habló de que iría a Toscana, a un pueblo... no recuerdo el nombre, pero allí había un lago que tenía el poder de curar los huesos o eso me dijo. Pasó postrado durante meses y cuando se lo llevaron no sobrevivió...dijeron que murió poco después. Luego trajeron su cuerpo y lo enterraron en la mansión de Creeping hall.

—¿Y qué pasó con tu herencia, Amber? ¿Por qué nunca quisiste recibir ningún legado? Esa mansión o las tierras, los negocios de tu marido. Era un hombre muy rico, o eso decían.

—No lo sé en realidad, decía tener un castillo en Italia y muchas tierras, pero en la mansión vivíamos escondidos, sin lujos... no sé si realmente era rico y desconozco sus negocios

en ese país.

—Pero supongo que eras su heredera.

—Es que estaba muy triste y quería alejarme y olvidar. Quise olvidar y no pensé en la herencia.

Amber parecía atormentada y triste pero su hermano tuvo la sensación de que le ocultaba algo.

—No fuiste muy feliz a su lado, al parecer.

Ella lo miró con fijeza.

—No... pero no quiero hablar de eso.

—Pero te preocupa que a lo mejor todo fuera un engaño de la familia de tu marido y él esté vivo en Londres o en Italia ¿no es así?

—¿Y por qué haría eso? Era su esposa y le pertenecía, Thomas, me lo recordaba todo el tiempo. Y sé que jamás me habría abandonado. ¿Por qué lo haría?

—Tal vez logró curarse y se fingió muerto porque le debía dinero a alguien. Era un hombre misterioso y nunca salía de su mansión de Lancashire.

—Oh no, eso es absurdo. Seguramente el hombre que vieron no debe ser él Thomas.

Amber apretó los labios molesta.

—Ya no lo amas al parecer—dijo su hermano.

—Es que ese amor destruyó a mi familia y mi felicidad a su lado fue tan efímera...

—Rayos, es la primera vez que lo dices, pensé que vuestra pena era por su ausencia.

—Mi pena fue por haber sido tan impulsiva, Thomas; el amor que sentía por él se esfumó al poco tiempo de casarnos.

—No entiendo por qué, Amber... Tenías pretendientes mejores que ese conde italiano que te doblaba la edad y tú te quedaste con el peor. —por primera vez su hermano se atrevió a decírselo.

Ella no se ofendió, casi esperaba una pregunta como esa.

—Me embrujó Thomas, yo no tenía voluntad, no pude escapar... era tan joven y tan

inocente y caprichosa. Siento pena al recordar esa parte de mi vida y mucho me he cuestionado lo que pasó, pero creo que actué así por inocencia, a la edad que todas las jovencitas se encaprichan con el amor, pues yo no fui la excepción. Pensé que era amor, pero no lo era, y luego de huir con él tuve que casarme, soñaba con ser suya para siempre, creía que lo amaba, pero luego descubrí que ni siquiera conocía al hombre con el que me había casado. Y luego nuestra madre murió y me sentí tan culpable, yo nunca le conté que no era feliz, pero de alguna forma ella sabía que no lo era.

—No te culpes de eso.

—Murió triste, eso lo sé y por eso me siento atormentada. Me pregunto si mi boda precipitada...

—Nuestra madre fue la primera en darse cuenta que ese caballero era un hombre malo y no te veía feliz, lo dijo a nuestro padre un día. Pero eso no causó su muerte. Ella estaba enferma de antes pero no quiso que supiéramos. Quería ahorrarnos el dolor. Ella era así.

Amber lloró al pensar en su madre, al recordar lo buena que siempre había sido con ellos y lo pronto que los había dejado en ese mundo.

—Es que la extraño tanto.

—También yo, Amber, pero no llores, no penséis en ella así, sabes que siempre quiso vernos sonreír en medio de la adversidad.

—Tienes razón, ella siempre deseó lo mejor para nosotros, era tan buena.

Apartó esos pensamientos y regresó a sus actividades diarias.

Desde su regreso había retomado sus labores de beneficencia y también visitaba a sus parientes y amistades cuando disponía de algún rato libre.

Había regresado al condado cambiada, silenciosa.

Siempre había sido muy reservada con sus asuntos y aún ahora le costaba mucho hablar con su hermano de su matrimonio, lo hacía casi obligada.

Tembló al pensar que su esposo podía estar en Londres, era imposible, pero...

Apartó esos pensamientos asustada, no quería pensar en eso.

Llegó el jueves y aguardó impaciente la llegada de su querido amigo, Lawrence Wilton.

Uno a uno fueron llegando los invitados a Melrose para la velada de espiritualismo, pero ella aguardó impaciente a que llegara él, y aunque de pronto se vio rodeada de caballeros ansiosos de entablar una conversación se apartó con mucha delicadeza.

Sus ojos buscaron a su amigo y se sintió inquieta al ver que tardaba y en vano se esforzaba en disimular la turbación que sentía.

¿Y si acaso había cambiado de parecer?

—Bueno, al parecer vuestro amigo no ha venido. ¿Se habrá asustado? —dijo su hermano al pasar.

Ella lo miró molesta por ese comentario.

Y entonces cuando ya casi perdía las esperanzas, lo vio llegar. Muy serio y tan guapo y elegante, pero lo que más la conmovió fue su mirada intensa que apartó luego sin poder evitarlo.

Había ido. Al final... Había aceptado asistir a esa tertulia y velada sobre el espiritualismo.

Amber no se sentía especialmente tentada de participar de esto último y pensó que se retiraría cuando fuera el momento oportuno, antes que las historias espeluznantes de los caballeros llenaran el salón con sus ecos fantasmales.

Demasiado tiempo había vivido con su esposo afecto a esas historias para no temer atraer su maligna presencia, demasiado había pensado en su extraña muerte y en las palabras que dijo antes de despedirse. “Vini, vidi, e vinci”. (Vine, vi y vencí) las palabras de un emperador que no parecían tener significado alguno en su lecho de muerte.

Alejó esos pensamientos y conversó un momento con su amigo.

Era su deseo alentarle para propiciar que le hablara de sus sentimientos o al menos le diera esperanzas. Se preguntaba si eso sería posible.

—¿Cómo ha estado señorita Amber? —le preguntó.

—Bien. He estado atareada realizando algunas labores de beneficencia y también... he

aprovechado para poner al día mi correspondencia.

Él sonrió y recorrieron juntos el salón hasta que un caballero inoportuno lo apartó de su compañía y así fue en casi el resto de la velada.

Amber observaba desconsolada a su amor pensando que esa noche no podría ser y punto. Una vez más perdería la oportunidad de propiciar un encuentro y una confesión amorosa.

Sabía que sir Lawrence era muy tímido, pero ella lo amaba tanto y no quería dejarlo escapar. Era un hombre tan bueno y de eso nadie tenía dudas por supuesto, había hecho muchas averiguaciones en el condado.

Su hermano la miró a la distancia con una sonrisa burlona como si adivinara su perplejidad y frustración. Pues cada vez que él intentaba acercarse alguien lo alejaba.

—Es un mal presagio hermanita, es algo que no puede ser al parecer—le dijo burlón mientras servían una copa de vino francés en el salón y ella se apoderaba de la primera copa que llegaba a sus manos.

Miró a su hermano furiosa cuando hizo ese comentario, pero diablos, que no pudo ser más atinado. Era como si un algo invisible los separara.

—Y en cambio tenéis un montón de señores aguardando a que le enviéis una débil señal para acercarse, la más mínima señal y seguro que caerían rendidos a vuestros pies.

—Pues deja ya de decir tantas tonterías, Thomas. Van a oídos y pensarán que soy una debutante desesperada.

Su hermano sonrió con picardía.

—Quizás sea verdad—se aventuró a decirle antes de alejarse demasiado rápido para que pudiera responderle.

Amber se bebió la copa y comió un bocadito con cierta voracidad. No era una joven glotona a menos que estuviera atacada de los nervios, como en esos momentos.

Llevaba meses esperando una palabra, una señal de que todo no era más que una ilusión amorosa para ella, meses de amarga paciencia y espera y ahora al parecer esa noche volvería a ocurrir. Él se despediría de ella gentilmente y luego, sólo quedaría esperar a que le hablara un

día...

La velada transcurrió lánguida y extraña, con algunas conversaciones interesantes de varios caballeros eruditos y notables, pudo saludar y conversar un momento con dos viejas amigas, pero eso fue todo. Era una concurrencia mayoritariamente masculina y muchos de sus enamorados estaban allí, expectantes, amables y conversadores y ella deseaba escapar de todos ellos sin dejar de ser cortés, por supuesto.

Pero no estaba interesada en sus galanteos ni en su conversación.

Caminaba por el salón cuando de pronto sintió algo extraño y se detuvo.

Un caballero alto, vestido de negro y mirada penetrante la miraba a la distancia. Como si la conociera.

Sintió su corazón latir acelerado pues por un momento pensó que... rayos, es que se habían pasado hablando de espíritus porque estaba de moda y eso había crispado sus nervios por supuesto, imaginaba cosas.

—Amber, ¿cómo has estado?

Una de sus primas, Hester, se acercó a saludarla y fue un alivio, necesitaba distraerse de esos tristes pensamientos.

Hester acababa de casarse con un importante heredero de Dover y se había vuelto muy presumida y por supuesto que no quería perder oportunidad de presentarle a su marido y charlar, algo que evitó durante toda la velada hasta ese momento.

—Os felicito por vuestra boda, lamento no haber podido asistir—se disculpó.

Ella hizo un gesto de sorpresa. Hester era la menos guapa de sus primas, pero la más afortunada, no dejaba de pavonearse por su boda esplendorosa y se rumoreaba que no usaba guantes para poder exhibir con orgullo su hermosa sortija.

—Oh lo siento mucho, sé que perdisteis a vuestro marido.

¿Tenía que recordárselo? Amber tragó saliva y miró a su alrededor buscando a ese hombre y lo vio en una esquina mirándola. Parecía un fantasma, ¿quién era ese hombre? Estaba segura de que no lo había invitado a su fiesta. Parecía extranjero, italiano... Pero eran tonterías.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó su prima con astucia, lo había notado, notó su turbación y también a quién estaba mirando.

Amber la miró.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —su prima parecía muy sorprendida.

—No. Tal vez lo invitó mi hermano—se excusó.

¿Sería amigo de Thomas? No. Su hermano tenía pocos amigos y los conocía a todos.

—Bueno, al parecer dará comienzo la velada espiritualista.

Amber ignoraba todo eso, pero de pronto escuchó a su hermano avisar a los presentes, a los interesados de presenciar un juego de mesa para conversar con los espíritus.

Los ojos saltones de su prima brillaban de alegría.

Pero a ella, que vivía con sus propios fantasmas no le atrajo en absoluto.

La llegada de sir Lawrence en esos momentos fue un gran alivio.

—Señorita Amber, ¿cómo está usted?

Ella sonrió levemente mientras veía a su prima alejarse al salón para participar del evento.

—No irá con los demás?

Ella dijo que no.

—Quisiera dar un paseo por los jardines, sólo para tomar aire, creo que eso me dará algo de paz—agregó.

El señor Wilton aceptó sin vacilar y Amber fue por un abrigo.

Sin embargo, mientras caminaban en silencio decidió confesarle la verdad a su enamorado. Si acaso él perdía interés en ella luego de saberlo... era una tontería, pero debía decirselo. Quizás fuera importante para él.

—Señor Wilton, debo contarle algo y espero que eso no arruine su afecto por mí—declaró.

—Oh desde el luego que no... ¿por qué lo dice, señorita Amber?

—Pues verá, ese caballero me dijo algo muy perturbador, sobre un secreto.

Ahora él la miró sorprendido, intrigado.

—¿Un secreto?

Ella asintió y tragó saliva.

—Nadie aquí lo sabe, pero he estado casada antes, por dos años con un caballero que mis padres desaprobaban. No soy la señorita Kellington en realidad, pero no me agrada que me llamen señora Strozzi pues tampoco tengo esposo ahora. Él falleció hace tiempo.

Para el caballero fue toda una revelación.

—Señorita, ¿por qué eso debería atormentarla? No es un secreto. Simplemente evité mencionarlo.

No sabía por qué había evitado decirlo, era extraño.

—Lo siento, es que mi matrimonio causó un gran disgusto a mis padres y mi madre falleció tiempo después, cuando hui con el conde italiano desafiando toda prudencia y racionalidad.

—¿Sus padres no lo aprobaban? ¿Por qué?

—No lo conocían ni a él ni a su familia, dudaban de sus intenciones y pensaban que era un seductor malvado. Además, él me doblaba la edad, era muy mayor para mí y eso también los crispaba. Yo era muy joven entonces, tan ingenua y no sé por qué, creí estar tan enamorada, y luego... Mi matrimonio no fue feliz como esperaba y me arrepentí de haber sido tan impulsiva, pero ¿quién no lo es a la edad en la que se tiene la cabeza y el corazón llenos de vanos sueños de amor? —replicó ella y tragó saliva, no quería hablar de su marido, no lo haría. Sólo debía decirle que había estado casada para saber si eso era importante para Lawrence.

Él no parecía afectado, sólo un poco sorprendido.

—¿Entonces ese hombre lo mencionó y la hizo sentirse incómoda?

—Así fue... y no es un secreto, solo que, por respeto a la memoria de mi madre, y porque mi boda causó tanto dolor a mi familia decidí no mencionarlo. Mi padre se disgustaría si lo hacía, pero ahora... Siento que debo decírselo.

Él se acercó y la miró y tomó su mano despacio.

—Agradezco su sinceridad señorita, me siento algo sorprendido, pero eso no afecta en absoluto el cariño sincero que siento por usted y nuestra amistad. Considero que fue cruel lo que hizo ese adivino de pacotilla, pudo saber por algún allegado a su casa que era viuda, dudo que fuera por esos poderes que dice tener y censuro que la llevara a esa habitación para decirle su secreto. Si realmente usted o las personas tienen secretos ese hombre no tiene derecho a escudriñar. Su idea fue muy desafortunada. Y sospecho que lo hizo para tratar de tener alguna ventaja.

—Es verdad, también me sentí muy chocada y no es un secreto del que me avergüence, sólo que no quiero recordar el pasado.

Se hizo un silencio algo incómodo y de pronto él la miró con cierta tristeza.

—¿Tanto amaba a ese caballero, señorita Amber?

Ella asintió con un gesto.

—Pero eso fue antes, no estoy atada a su recuerdo, sólo la culpa de haber sido tan insensata es lo que me atormenta. Nada más.

Su mirada lo decía todo, una vez más sus ojos le decían que ella le interesaba y que tal vez sintiera algo especial.

—No debe sentir culpa, era muy joven entonces.

Se miraron un momento sin decir palabra y ella no se apartó cuando él la fue envolviendo lentamente entre sus brazos y la besó, la besó como poseído por la pasión largo tiempo contenida. Un beso ardiente y un abrazo apretado que se hizo apretado y fogoso al sentir su respuesta. Pues primero fue ella quien lo miró y se le acercó mirándole suplicante y él sin poder contenerse la besó y ella respondió a su beso al comienzo con timidez, pero luego... el fuego se había encendido, el fuego que compartían que de una chispa podía convertirse en un incendio.

—Lo siento señorita, pero creo que la amo, la amo y quiero que sea mi esposa un día, por favor... aunque sólo sea un sueño para mí no crea que la he besado siguiendo el impulso de un deseo encendido, fue más que eso.

Sus palabras le provocaron una emoción intensa. Una emoción tan grande que lloró y lo

abrazó y volvieron a besarse aprovechando la soledad y la intimidad de los jardines.

—Oh señor Wilton, pensé que nunca lo diría, pero... siento lo mismo que usted. Pero sé que no es un capricho ni es el impulso de la juventud y la ingenuidad... también siento algo tan especial por usted.

Él la besó y luego la miró con pena y vacilación.

—No soy digno de pedirle que sea mi esposa, pero... —dijo y entonces se arrodilló y se lo pidió. —Me haría tan feliz, pero... sé que no soy el pretendiente que su familia espera para usted, señorita Amber. Mi fortuna ha menguado y tengo un señorío empobrecido lleno de dificultades. Es suyo, todo lo sería, mi vida y mi corazón y mi amor... si me acepta. Pero temo que su padre no verá con buenos ojos que me convierta en su esposo, lo temo.

—No lo diga por favor, no piense eso. No busco un buen partido, sólo un hombre bueno que me ame y esté dispuesto a hacerme su esposa, creo que me he enamorado de un imposible y todo este tiempo esperaba una palabra, alguna esperanza.

Los enamorados se abrazaron, se besaron, felices de haber aclarado todas sus dudas. Pero todavía faltaba la aprobación de su familia.

—No me importa si se oponen. Ya no soy una niña y no necesito su permiso para casarme —declaró.

Lo necesitaba pues sólo tenía diecisiete años, pero no le importó.

—Señorita Amber, sea sensata. No cause más disgustos a su padre. Si no aprueban nuestra boda deberé marcharme, pues no podría causar más dolor a su familia.

—No lo hará. Pero no permitiré que arruinen mi felicidad. Quiero ser su esposa y no se preocupe, hablaré con mi padre y le convenceré. Thomas me ayudará.

—Es mi deseo. Pero no espero que me aprueben. No podría darle la vida que usted se merece, señorita.

Ella lo envolvió con su calidez y su radiante belleza de ángel, Lawrence cayó rendido a sus pies y pensó que esa era la noche más feliz de su vida. Cuando tuvo el coraje de hablarle y cuando tuvo la dicha y la certeza de que sus sentimientos eran correspondidos.

No pensó que había estado casada, si para ella él era un mal recuerdo, si lo amó, pero ya no lo amaba, ¿qué importaba?

—Quizás su familia no me acepte por ser viuda—dijo de pronto.

—No lo permitiré... Eso no pasará, se lo aseguro, señorita Amber.

Ella sonrió y él pensó que todo en ella era hermoso: su sonrisa, sus ojos y su voz, cada rincón de su cuerpo y tembló al sentir en su interior cuánto la amaba y cuánto deseaba que fuera suya.

Y arrastrado por el amor que sentía y ese deseo que lo consumía le dijo que hablaría con su padre esa misma noche si ella se lo permitía.

—Esta noche no sería oportuno, mi padre está muy entretenido con el show de los farsantes espiritistas, mañana temprano por favor, si lo desea, sería lo más prudente. O en la tarde pues seguramente despertará cerca del mediodía.

—Seguiré su consejo, señorita Kellington. En la tarde, entonces.

Él lo aceptó y luego de conversar un momento se despidieron.

Amber sintió que no podría dormir esa noche. Era tan feliz. Parecía un milagro, había pasado, la había besado y le había dicho cuánto la amaba. Se moría por hacerle el amor, por convertirla en su esposa... se sonrojó al recordar sus besos, ya no era esa debutante tímida que todos creían tonta, era una mujer y sabía lo que quería encontrar en un esposo y él era todo cuanto había soñado.

Sin embargo, al día siguiente no se sintió tan segura de que su padre viera con buenos ojos su boda con el señor Wilton. No había sido del todo sincera con su enamorado, pero ¿cómo podía serlo? Era su oportunidad de casarse y tener una vida nueva y dejar atrás el pasado.

Debía preparar el terreno, hablar con él antes de que él fuera a pedir su mano.

Su padre y hermano se levantaron muy tarde ese día, como imaginaba y no pudo verlos hasta el mediodía.

Notó que su padre estaba cansado y hasta malhumorado lo que hizo que guardara silencio,

en cambio su hermano estaba de mejor humor.

De pronto la miró con una sonrisa.

—Te has marchado en lo mejor de la velada—la acusó.

Amber se sonrojó. ¿Acaso su hermano había estado espiándola?

—No me agradan las veladas de espiritismo y lo sabes, me quedé sólo un rato por cortesía, pero no me gustó nada ver nuestra casa convertida en una mansión embrujada.

Thomas sonrió por la comparación.

—Y porque querías ver a vuestro enamorado—puntualizó luego.

Su padre se alejó porque el mayordomo le avisó que tenía una visita.

Amber lo vio irse y tembló. ¿Acaso su enamorado había decidido ir antes?

—¿Qué sucede, Amber? Te has puesto pálida. ¿Pasó algo anoche que deba saber?

Amber se sonrojó al ser interrogada por su hermano.

—Pues sí, el señor Wilton me ha pedido matrimonio, Thomas y lo he aceptado. Por favor, habla con nuestro padre.

—¿El señor Wilton te pidió matrimonio? Vaya. Se animó a hacerlo. Por eso estabas tan nerviosa ayer.

—No te burles de mí. Sabes cuánto esperaba que lo hiciera.

—Es que no lo hago. Pero tengo mis reservas al respecto. Ese joven es poco para ti, Amber. Has tenido pretendientes más importantes que ese, hombres ricos y solteros que darían todo por llamar vuestra tu atención. ¿Por qué él?

Amber se sonrojó.

—Lo mismo podría preguntarte a ti, ¿por qué de entre tantas jóvenes solteras y guapas tú prefieres continuar soltero?

Su hermano sonrió.

—Porque no quiero casarme todavía, sólo cuando cumpla treinta años comenzaré a buscar esposa.

—Bueno, yo no soy como tú, no puedo hacer como si nada hubiera pasado... regresé a

casa triste por la muerte de nuestra madre y con la culpa de haberme fugado a los diecisiete con un seductor. Y por más que digas que no fue mi culpa nada será como antes, ni quiero ser siempre la guapa y fría señorita Kellington. Por favor, habla con nuestro padre, haz que acepte a sir Lawrence. Tú dijiste que esperara a que me hablara, pues ya lo hizo, pero teme ser rechazado.

La expresión de su hermano cambió.

—Nuestro padre esperaba algo mejor para ti, Amber. El matrimonio no es un simple capricho del corazón, es mucho más que eso. Es la unión de dos familias, de dos fortunas y ese joven no es un buen candidato. Tengo mis reservas y sé que nuestro padre también las tendrá. Dudo que acepte de buenas a primeras.

—Es mi decisión, ya no soy una niña. Por favor, tenéis mucha influencia sobre él.

Su hermano calló de repente.

—Está bien, lo intentaré, pero no puedo garantizarte nada. Al parecer estás muy decidida a casarte con ese hombre pese a todo. Pero dime, ¿por qué no participaste de la sesión de espíritus? Fue muy divertido.

Ella lo miró alarmada.

—Ya no me agradan esas cosas, Thomas—respondió, pero luego sintió curiosidad.

—Cómo os fue?

—¿No os enterasteis? La señora Horton se desmayó cuando uno del médium habló con su difunto esposo y habló con su voz.

—Hizo eso?

—Y además había un fantasma que buscaba a alguien...

Amber se sonrojó.

—Tonterías....

—Bueno, todos quedaron muy convencidos.

Se miraron.

—Os vieron con Lawrence, en los jardines, Amber.

Ella parpadeó inquieta.

—Me ha pedido que sea su esposa, Thomas. Sir Lawrence me pidió matrimonio.

Su hermano puso cara de susto.

—Y acaso has aceptado?

Ella asintió.

—Por supuesto. ¿Pensabas que me negaría?

—Es increíble, no debisteis aceptarle sin antes hablar con nuestro padre.

—Es un hombre bueno, le conocéis, ¿por qué se negaría nuestro padre?

—Sabes por qué, no es un partido aceptable.

—Por favor Thomas—Amber lo miró suplicante y su hermano tragó saliva y suspiró.

—Es muy precipitado y lo sabes.

Lo sabía, pero no le importó.

—Bueno, entonces sólo queda hablar con nuestro padre.

Amber pensó que nada la haría perder su buen humor ese día, acababa de lograr que su enamorado le pidiera matrimonio y se casaría con él, aunque tuviera que escaparse como la primera vez. estaba harta de tener que pedir permiso para algo tan importante como era el matrimonio. ¿Por qué no podía escoger ella misma a su marido y por qué necesitaba la aprobación de los demás?

Lawrence Wilton era un buen hombre, de excelente familia. Era lo opuesto a su primer marido, quizás por eso lo quería tanto.

Ese día le costó mucho conservar la calma.

Los sirvientes estuvieron muy atareados limpiando la escena de teatro y ella los vio a la distancia, fatigados y organizados en grupos para hacerlo más rápido.

Pensó en los funestos vaticinios del adivino y tembló de rabia y desconcierto, fue como un escalofrío. No quería pensar en eso, le hacía daño. Su esposo había muerto sí pero su fantasma estaba allí acosándola.

Y llena de coraje y pensando en la conversación con su hermano fue a ver a su padre a la biblioteca. Tenía que suavizar el terreno antes de que Lawrence fuera a pedir su mano.

Su padre no era ese ogro que todos decían, era un hombre bueno y justo, tenía fe en que lo convencería de aceptar a su enamorado.

No fue sencillo hacerlo, seguía temiendo a su madre, aunque en el pasado desafió su autoridad fugándose con quien se convertiría en su marido.

Pero eso era cosa del pasado, no podía vivir para siempre con esa culpa.

Entró en la sala atestada de libros y su padre la miró sorprendido, pero nada asustado, como ella lo estaba por supuesto.

—Pasa Amber, ¿qué sucede, hija mía?

Ella avanzó con paso lento pero decidido.

—Padre, es que necesitaba hablaros un momento. ¿Estás muy ocupado?

—Oh claro que no, pasa siéntate.

Amber obedeció y lo observó con recelo preguntándose cómo tomaría su padre el saber que había aceptado casarse con sir Lawrence Wilton sin haberle consultado antes.

—Padre, debo decir algo. Debo hablaros de mi amistad por el señor Lawrence Wilton.

Él la escuchó muy atento, pero ya no sonreía y cuando finalmente le confesó que estaba enamorada de ese caballero se crispó. Su mirada cambió y lo vio tensarse.

—Pero Amber, ese joven es muy poco para ti—le dijo al fin muy serio.

—Padre, por favor. Os ruego que reconsideréis su familia y posición y que es un joven bueno, es un caballero.

—De eso no tengo dudas. La familia Wilton es una de más antiguas y aristocráticas del condado. No hay ni sombra de escándalo ni tampoco aficiones al juego ni nada, pero... sin embargo tengo ciertos reparos a que ese caballero pida tu mano como dices que lo hará este día.

—Padre, por favor. No lo rechazéis sin más.

—Vuestro hermano ha venido a hablarme hace un momento.

Amber se sonrojó.

—Ha querido convencerme con los mismos argumentos, pero pienso que sé si soportarías estrecheces al vivir en la mansión de Elendale, lo llaman el parque de Elendale, pero todos saben

que es una mansión en ruinas y que el joven heredero espera hacer una boda ventajosa.

Ella se quedó tiesa, molesta y ofendida.

—¿Acaso creéis que él me cortejaría con la sola intención de casarse con una rica heredera de Norfolk? —dijo.

—No lo sé, tal vez...

—Padre por favor, quiero casarme con ese joven.

—¿Estás segura de que quieres pasar el resto de tu vida a su lado?

Ella asintió con vehemencia, demasiado rápido respondió y su padre notó la ansiedad y la angustia que sentía.

—Pero ese joven no tiene una finca próspera, parece necesitar urgentemente una rica heredera.

—Padre, por favor. ¿No creeréis que él es esa clase de hombre frío y malvado, un caza fortunas?

—No lo pienso, mi querida niña, pero me doy cuenta de que es un matrimonio desigual. Si te casas con ese caballero pasarás estrecheces, no sólo tú, vuestros hijos y eso me inquieta. Os daré una dote, pero no será para vuestro marido, será para vos y vuestros hijos.

—Padre.

—Es lo que haré si insistís en casaros con él, si realmente queréis seguir adelante con esto. A lo mejor lo queréis pensar con más calma.

—Padre, no me importa que él no sea rico como otros caballeros, no soy una dama frívola que sólo piensa en joyas y vestidos nuevos. Vos me conocéis.

—Y porque os conozco temo que luego lamentéis esta decisión. El amor es muy bonito, pero me temo que no es suficiente para hacer un buen matrimonio y no tengo nada que objetar de ese joven, al contrario, me ha causado una buena impresión, pero pienso que podías escoger a alguien mejor. Con mejor fortuna. Sé que no es agradable hablar de esto, pero es necesario.

—Padre, por favor. Ya os dije que no me importa. Lawrence es como mi alma gemela, creo que nunca había sentido algo así por un hombre.

Su padre la miró.

—Excepto por tu esposo, supongo.

La mención del conde italiano la crispó, no pudo evitarlo.

—Es distinto, no es igual.

—Dijiste que nunca amarías a un hombre como a ese caballero y te quedarías solterona si me negaba a daros mi aprobación.

Amber se sonrojó.

—Era muy joven entonces y no sabía nada de la vida, lo admito. Ese hombre no era lo que yo pensaba, me sentí muy desilusionada después por eso... Y sé que el señor Wilton no se parece a él.

—Pero todo esto es muy repentino. ¿Cuánto hace que habláis con ese joven, Amber?

—Cinco meses.

—Es muy poco tiempo.

—Me enamoré de él en cuanto me lo presentaron padre, y tardé algo más en hablarle, al principio tenía recelos. No lo conocía y no estaba en mis planes buscar un marido tan pronto, os lo aseguro. —hizo una pausa y tragó saliva— Simplemente pasó.

Su padre no dijo nada. Parecía sorprendido y vacilaba.

—Está bien, hablaré con el caballero esta tarde, Amber. Pero creo que es precipitado. Sus padres también deben dar la aprobación pues no es común que un padre entregue su dote a su hija y a sus futuros nietos, puede hacerse y se hace, pero a veces no es aceptado por la familia del novio.

Amber no había pensado en eso.

—Pero padre, voy a compartir mi vida con Lawrence, ¿por qué no habría de compartir mi dote?

—Pues porque no quiero que ese legado termine siendo dilapidado por tu ambicioso, y futuro suegro, Arthur Wilton, por eso. Es la manera de que ese dinero quede para ti y tus hijos, a salvo de la administración de tu marido y principalmente de su padre.

Amber comprendió que ese no era un tema que pudiera discutir.

—Deberás esperar. si acaso estás decidida a casarte con ese joven, esto debe conversarse con calma. Primero debe haber una petición formal de mano y luego hablaremos de asuntos prácticos como por ejemplo donde vivirán y demás. No es correcto que os caséis muy pronto.

—Padre, ¿entonces aprobaréis la boda?

—Primero deseo tener una conversación con el joven Wilton.

Amber se sintió tan ilusionada. No podía creerlo y aguardó impaciente la llegada de su enamorado.

Lo único que la atormentaba era pensar en esa disposición de la dote, no imaginaba que eso pudiera hacerse, pero su padre tenía ideas muy firmes al respecto y sólo quería protegerla en caso de pobreza o abandono de su marido, algo improbable por supuesto. También la inquietaba pensar que debía esperar. Eso no le gustaba ciertamente. Llevaba tanto tiempo esperando y se preguntó si podría, si sería capaz...

Una doncella le avisó entonces de la llegada del joven Lawrence Wilton.

Amber sonrió radiante.

Había ido. Entonces, no había cambiado de parecer. Se sintió tan feliz y emocionada que apenas pudo contener sus deseos de ir a espiar para saber los resultados de esa conversación.

Como una debutante, una colegiala, así se sintió entonces. Supuso que era el amor, ese amor que nació sin que se diera cuenta de las charlas y encuentros, que surgió en el instante en que lo vio por primera vez, ese amor era el causante de que se sintiera viva de nuevo y tan feliz. Como no lo había sido en mucho tiempo.

Avanzó hacia la sala lindera con la biblioteca, pero no escuchó la conversación, sólo esperó inquieta que fuera a verle para hablarle.

En donde estaba sólo se oían unas voces lejanas, pero era imposible saber de qué hablaban.

Hasta que escuchó unos pasos.

Era Lawrence. Y sin poder evitarlo salió a su encuentro.

Pero no había ido solo, un caballero de cierta edad y noble semblante lo acompañaba. Al verla allí sonrió y se acercó a ella.

—Señorita Amber, buenas tardes. Le presento a mi amigo y benefactor, el conde de Berestford.

La joven sonrió y saludó al amigo de Lawrence, sabía que era un caballero solterón y presidía un club de intelectuales, las tertulias en su casa eran algo muy exclusivo y ser incluido en ellas era signo de aprecio y distinción. Conversaron un momento y luego él le rogó que lo esperase pues debía acompañar al conde hasta el carruaje.

Este sin embargo se negó a que lo hiciera.

—Puedo ir solo, no soy tan viejo, amigo mío. Quédate con tu prometida.

Amber sonrió feliz de que la llamara prometida sin entender por qué Lawrence había acudido a la mansión con su benefactor.

Él no tardó en explicarle mientras daban un paseo por los jardines.

—¿Habló con mi padre, señor Wilton? ¿Qué le dijo él?

El joven se detuvo y tomó sus manos despacio.

—Ha aceptado señorita Amber, él me ha dado permiso para cortejarla y desposarla en un plazo no menor a tres meses.

—¿Tres meses? Oh, pero eso es una eternidad.

Ambos rieron felices.

—El tiempo vuela cuando estoy a su lado señorita, pero sé que le debo esto a la bondad de su padre y también a mi amigo el conde Berestford.

—¿Por qué lo dice?

—Él fue testigo de mi padecimiento, señorita Amber. Pues jamás pensé que pudiera pedir su mano, ni siquiera concebí ser correspondido en mi amor por usted y al saberlo decidí alentarme a declararle mi amor, cosa que hice anoche... pero el conde hizo algo más que eso, me ha obsequiado una mansión de su propiedad llamada Clarence house. Está a unas cien millas de aquí y es un lugar hermoso, creo que le encantará, posee jardines y el conde me lo ha obsequiado

como regalo de bodas y ha hecho algo mucho más importante. Me ha nombrado su heredero.

La joven sonrió y los enamorados buscaron un sitio más privado para conversar y poder estar a solas.

Oh, qué bonitas palabras escuchó de su enamorado, qué dulces besos sintió en sus labios y ese abrazo fue... ese abrazo fue un momento tan apasionado, tan inesperado que sintió su corazón latir aceleradamente. Respondió a ese beso sintiendo que esos tres meses serían un tormento, se moría por hacer el amor con su enamorado y ese deseo tan fuerte la avergonzó un poco, pero no pudo evitarlo, no pudo evitar sentir lo que sentía en esos momentos.

—Tres meses es demasiado tiempo—se quejó entonces y se sonrojó al sentir su mirada.

Él se había dejado llevar por el deseo, pero ahora se sentía algo atormentado por ello.

—Su padre había dicho seis al principio, pero convencerlo de pedir una dispensa especial.

—¿Y cree que la tendrá, señor Wilton?

—Mi benefactor ha dicho que él la conseguirá, tiene amigos que pueden solicitarla con rapidez si usted está dispuesta.

—Oh por supuesto que sí.

La joven se apartó un poco turbada también por su propio arrebato de pasión y él al verla así se disculpó.

—Lo siento mucho, señorita, temo que me he dejado llevar por mis sentimientos, es que la amo tanto.

Ella se emocionó al oír sus palabras.

—También yo lo amo, señor Wilton y pienso que tres meses se irán volando, aunque nos casaremos en invierno....

Ella quería casarse antes, una horrible agitación la invadía, no le alcanzaba que su padre aceptara su boda, quería casarse ahora mismo.

—¿Pero sus padres han aceptado? —quiso saber Amber.

—Mis padres la aceptarán, ahora se encuentran en Londres, pero sé que aceptarán que me

case con usted, siempre la han considerado una joven hermosa y distinguida señorita Amber.

—Tendré que conocerles... tendré tiempo para eso.

Y luego de charlar de cómo sería su boda y donde vivirían regresaron tomados del brazo a la mansión pues no era prudente despertar habladurías.

Lo mejor sería evitar estar a solas y esperar prudentemente a su noche de bodas como todas las parejas lo hacían.

Al regresar su hermano los miró muy serio, pero luego sonrió y los felicitó por su boda.

Amber se sonrojó incómoda, pero su hermano quería felicitar al novio y conversar con él en privado. Hasta lo invitó a ir a una tertulia en casa de sir Ferguson puesto que pronto sería de la familia.

Ella lo vio alejarse con pesar, sentía que él era suyo, le pertenecía y su hermano en su afán de mostrarse amable y cordial le provocaba una vez malestar y desazón.

Luego se dijo que era una tonta.

Debía controlar su genio y temperamento.

Rayos, estaba loca por ese hombre y pensaba que esos tres meses de espera (y siempre y cuando consiguieran una dispensa especial) serían un suplicio.

¿Por qué no podían casarse en una semana o dos, tal vez tres? ¿Por qué esperar tanto?

Era tan feliz que tenía miedo de perderlo todo, miedo de que todo fuera un sueño y algo terrible ocurriera de un momento a otro.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño.

Tenía miedo y estaba enamorada, no dejaba de pensar en Lawrence y en sus besos.

Su vida cambiaría y estaba deseando que eso pasara, quería abandonar esa casa y recomenzar.

Tenía la oportunidad de hacerlo.

La noticia de su compromiso con Lawrence Wilton se expandió por el condado como un rayo, de lado a lado y Amber recibió visitas para saludarla, y algunas cartas de parientes y

amigos, todos la felicitaban por su compromiso.

Habían fijado fecha para mediados de diciembre y había tanto que hacer.

En vano le dijo a su padre que quería una boda discreta, él quería celebrarlo por todo lo alto.

—Ahora todo será distinto, Amber. Y es la boda de mi hija, ¿cómo no voy a hacer un gran festejo?

—Pero yo no quiero un gran festejo, algo íntimo. Por favor. No es mi primera boda, además.

Esas palabras crisparon a su padre, pero no dijo nada, guardó silencio hasta que dijo con pesar:

—Pero es la primera vez que podré llevaros al altar, hija mía. Será una ocasión especial.

Amber comprendió que su padre tenía razón. Sería la primera vez que se casaría aceptando la voluntad de su familia que afortunadamente aprobaba la boda.

—Lawrence pedirá una dispensa padre—le confesó luego.

—Pero cariño, pedirá la dispensa para que podáis casaros en dos meses o tres, pues de lo contrario deberíais esperar seis.

Amber se sintió como una tonta, algo que no ocurría con frecuencia. Y también avergonzada por lo que había dicho pensando que la dispensa era poder casarse antes. ¿Qué pensaría su padre?

—Tenéis mucha prisa, cariño—dijo él sonriendo para sí.

—Lo siento, pensaréis que soy muy impulsiva y atolondrada.

—Pues no pienso eso, no es por eso. Algo os inquieta, ¿no es así?

Amber palideció y temblorosa decidió confesarle la verdad.

—Es que temo que todo esto sea un sueño, padre y que un día despierte y él... él ya no esté aquí y no haya compromiso ni nada.

—Amber, deja de pensar esas cosas. Eso no pasará. He aceptado vuestro compromiso y él pidió vuestra mano y ciertamente me ha causado muy buena impresión—respondió su padre.

—¿De veras? Me alegro mucho, padre. Lawrence es un joven muy bueno.

—Eso también lo he sabido, es muy apreciado en el condado. Sólo he oído palabras lisonjeras sobre él y su familia. Además, el conde ha decidido nombrarle su heredero, eso cambia mucho las cosas.

—El conde fue muy generoso, padre.

—Así es, por eso lo acompañó.

—Padre, no era necesario. Sabes que lo escogí por su corazón y por ser un hombre bueno de muchas virtudes, no por su herencia.

—Es verdad, pero me quedo más tranquilo al saber que es una boda menos dispar que antes. Y que vuestro futuro marido podrá salvar su mansión y las tierras que recibió como herencia de su abuelo, luego de su padre dilapidó todo. Es lo mejor. Y tuvo suerte al encontrar un benefactor como el conde de Berestford, uno de los hombres más ricos del condado que es soltero y con parientes lejanos a los que no tiene demasiada estima, en cambio confesó que Lawrence ha sido como un hijo para él y desea ayudarle.

Amber se sintió incómoda con esa conversación y se preguntó si acaso su padre no había aceptado adelantar la boda por ese detalle inesperado.

—¿Algo os preocupa, Amber?

Ella no esperaba una pregunta tan directa.

—Ya os dije padre, temo que todo sea un sueño por eso, no me inquieta la herencia ni nada...

—Pues todo es real, no es un sueño. ¿Por qué habría de serlo?

Amber se quedó tiesa y de pronto su cara se llenó de lágrimas.

—Lo siento, padre, es que he vivido mucho tiempo en una pesadilla pensando que estaba teniendo un mal sueño, pues inventé una fantasía, un sueño de amor que nunca existió y ahora temo... Ahora temo despertar y que nada sea verdad.

—Pero hija, ¿por qué tienes pensamientos tan tristes? Nunca antes hablaste de esto, me siento sorprendido. Y muy extrañado. No sé qué decir ni qué pensar. ¿Será que estáis lista para

casarte o es el fantasma de tu esposo muerto que no te da descanso?

—No es eso padre, sólo quiero formar una familia, era mi sueño cuando me casé con el conde, pero nada resultó como esperaba. Y ahora estoy lista, padre, es lo que anhela mi corazón. Quiero un esposo bueno que me ame y cuide siempre de mí. Perdona mi franqueza, pero mi anterior marido no era así, sufrí mucho por haber sido tan impulsiva. Me arrepentí tanto, padre.

—Está bien, no habléis de eso si os causa dolor. Creo que es hora de dejar atrás el pasado, Amber.

Lo era por supuesto, pero la angustiaba pensar que todo podía ser un sueño.

Fantasmas

Su prometido fue a verla días después para avisarle que tenían una dispensa para casarse en dos meses.

Amber se desaminó al pensar en los días, semanas, en las horas que le quedaban para que llegara su boda. Era demasiado tiempo.

A pesar de estar feliz cuando su prometido se marchó se sintió triste y solitaria. Sintió la angustia al caer la noche y pensar de nuevo que todo podía ser un sueño.

Al día siguiente su hermano la felicitó por el compromiso.

—Mira, acaba de salir en el periódico. Os veis muy guapa—dijo.

Ella lo miró alarmada al ver que decía la verdad que en la página de sociales había un letrero inmenso con su nombre y su fotografía junto a la de su prometido.

Se quedó tiesa al ver eso.

—¿Tú lo hiciste?

—No, no lo hice. Vamos, deja de mirarme como si hubiera cometido un crimen.

—¿Y quién lo hizo entonces?

—Tía Claire tal vez, sabes cómo le gusta el cotilleo a esa gallina.

—Oh deja de bromear, no existe ninguna tía Claire.

—En todas las familias hay una tía Claire que le gusta el cotilleo, parlotear y va con chismes de aquí para allá. Vamos, cambia ese gesto. Te ves realmente enfadada. ¿Lo estáis?

—Sí, lo estoy. Todo esto es demasiado. Detesto estas cosas. Ahora vendrán a saludarme, me enviarán cartas, presentes y no deseo que eso pase.

Amber realmente quedó muy afectada. Nerviosa. No dejaba de mirar el encabezado.

—Oh por Dios, ¿qué sucede? ¿En vez de alegrarte de ver tu fotografía en el periódico te enfadas?

Ella lo miró.

—No eso, sólo quería una boda privada, sin tanto boato. ¿Has averiguado algo de ese

hombre que se parece a mi esposo muerto? —preguntó a su vez.

De nuevo las sombras del pasado, esas sombras que nunca la dejarían en paz, si alguien no lo mencionaba ella misma lo hacía.

—¿Por qué lo preguntas, Amber? ¿Tu marido realmente está muerto?

—Oh calla, ¿comenzarás de nuevo con eso?

—Entonces ¿por qué estáis tan perturbada por el anuncio de tu boda? Pareces una fugitiva, una mujer con secretos que intenta escapar a toda costa.

—Nada me inquieta. Sólo es que quería una boda discreta y ahora todos sabrán que voy a casarme.

—¿Y se supone que eso es algo malo?

Amber negó con un gesto.

—No, no lo es. Olvídalo.

Thomas miró a su hermana y supo que algo le pasaba. Ver su fotografía y el anuncio del periódico la había perturbado mucho. Estaba muy nerviosa y afectada y los días siguientes la notó aún peor.

Algo le pasaba, pero no podía saber qué era.

Si su marido había muerto hacía más de un año ¿qué podía importar que se supiera su compromiso? Nadie sabía que había estado casada antes, en ese condado nadie los conocía demasiado y era mejor así, demasiadas murmuraciones hubo cuando se fugó con ese seductor que le doblaba la edad.

Tuvo la sensación que a pesar del tiempo transcurrido su hermana seguía siendo impulsiva y algo atolondrada.

¿Realmente era una buena idea que se casara con ese joven? ¿Estaba enamorada de él o sólo servía para sus planes de vivir lejos? ¿Y si su esposo estaba vivo e iba a buscarla?

A Thomas no le gustaba nada ese asunto. Su padre le preguntó qué pensaba de la boda de su hermana, luego de dar su aprobación de forma casi forzada. Le había pedido que fuera a verlo a la biblioteca para hablar en privado y Thomas recordó esa conversación.

Su padre no parecía nada contento con el compromiso, cuando entró en el santuario de la mansión ese lugar donde pasaba horas leyendo un libro antiguo, lo notó francamente abatido y hasta pálido.

—No creo que sea lo mejor para tu hermana, pero no espero que sea lo peor, ciertamente que me parece un joven agradable y de buena familia, sus modales son encantadores, aunque no me dejó engatusar por los modales impecables, bien me conocéis, pero...—le confesó su padre sin rodeos poco después.

—¿Qué sucede, padre? ¿Por qué no os agrada el joven Wilton?

—Me agrada, y no sucede nada con respecto a él, pero sólo pienso que es muy precipitado y muy extraño todo esto.

—¿Extraño? Pues todo es extraño tratándose de Amber, ya lo he comprobado.

Su padre meneó la cabeza, no muy convencido.

—Eso es justamente lo que me preocupa, fue muy rápido. Vuestra hermana pasó meses encerrada en casa, no quería saber de nada con la vida social. Dejó de ver a sus amigas y me costó mucho que hiciera nuevas amistades y buscara a las viejas. Todo eso cambió cuando conoció a este joven y dice estar perdidamente enamorada de él, pero temo que sea un capricho del corazón. Algo a lo que aferrarse para superar su trágica pérdida, pues estuvo muy abatida luego de perder a su esposo.

—Padre, estoy de acuerdo contigo, creo que todo fue muy precipitado y temo que luego se sienta desencantada. Ese joven no tiene vida ni parece ser apropiado para convertirse en su marido. Su vida son los caballos, los libros y el mundo intelectual, pero temo que pierda su fortuna en poco tiempo pues no parece tener idea de cómo vigilar a sus administradores. Terminará en la miseria.

—Oh eso no puede pasar, debes aconsejarle en el futuro, hijo mío.

—Lo haré si él me lo permite. No tengo demasiada amistad con el joven Lawrence.

—Pues ambos debemos ayudar, dudo mucho que esté preparado para asumir sus nuevas obligaciones, es un joven idealista, siempre pensando en ser caballero, pero es mejor que aprenda

a vigilar a sus arrendatarios y también a sus administradores. Muchos jóvenes no tienen idea de cómo leer las cuentas de sus abogados y administradores. Será algo lioso, pero te ruego que lo aconsejes. Necesitará nuestra ayuda.

—Lo haré.

—Sigo pensando que todo ha sido muy rápido y que vuestra hermana parece desear más un marido para escapar y que ese es el sentimiento más profundo que tiene.

—¿Un esposo para escapar? ¿De qué querría escapar mi hermana, padre?

Su padre hizo un gesto adusto.

—Del fantasma de su esposo, supongo. De eso quiere escapar. Parece estar muy segura de que quiere casarse con un joven que cree es bueno y leal, honesto, y poco más. Pero ya no es una jovencita, y supongo que busca una oportunidad. Sólo es que temo que se sienta desilusionada al comprender que tal vez ese joven tan bueno sea una compañía aburrida para ella en el futuro. Y si además es tan necio que no tiene idea de cómo asumir las responsabilidades de su futura herencia...

—Bueno, yo lo ayudaré padre, lo prometo. El matrimonio es un asunto muy serio, pero Amber quiere casarse y lo ha escogido entre muchos pretendientes prósperos y adecuados para su linaje. Algo vio en él. Tal vez sí esté enamorada por eso lo ve con otros ojos.

—Eso es lo que temo. Que sea un capricho amoroso y nada más. Deseo lo mejor para vuestra hermana, bien lo sabéis. Y a lo mejor me equivoco al desconfiar por las prisas que tiene Amber por casarse.

Thomas pensó que algo andaba mal en su hermana. ¿Por qué esas prisas? ¿Por qué de repente dijo estar locamente enamorada de Lawrence? Ni siquiera era tan guapo. Ni rico ni tan inteligente, era bastante soso para él. Era bueno y nada más.

—Además cree que tres meses es demasiado tiempo, no quiere una gran fiesta y prefiere que todo se realice con discreción—se quejó su padre.

—Bueno, sólo espero que Amber no se arrepienta de nuevo y sea feliz. Que su matrimonio sea afortunado, padre.

—También lo espero, Thomas.

Los días pasaron, fríos y otoñales, la primera llegada del otoño fue así. El viento soplaba del norte y había días grises en los que apenas podía dar un paseo.

Amber contemplaba el paisaje otoñal muy tensa.

Ese tiempo no ayudaba nada, por supuesto.

Pero no era el tiempo, rayos.

Era la sensación de que algo muy malo pasaría, podía sentirlo.

Si algo había aprendido con su loco marido había sido a intuir las desgracias. A sentir que algo muy malo estaba allí escondido esperando para hacerle daño.

Día tras día la sensación de temor aumentaba.

Ni siquiera la visita de su prometido pudo animarla.

Y mientras daban un paseo por los jardines él lo notó.

—Os veis pálida, Amber. ¿Qué sucede? —le preguntó.

Ella lo miró con fijeza.

—Nada. Estoy bien... es este tiempo. Me pone algo triste, ¿sabes?

Recorrieron los jardines y se detuvieron cerca del pabellón de caza.

Amber dijo que estaba algo cansada y necesitaba sentarse.

Entraron en la casa antigua y pequeña destinada a un antiguo guardabosque que estaba vacía desde hacía tiempo.

Encendieron las velas para iluminar el recinto. A Amber le gustaba ese lugar, solía quedarse un rato cuando le gustaba estar sola.

Conversaron y ella le contó alguna historia que había oído de ese pabellón de caza.

Él la escuchó sin dejar de mirarla embelesado.

—Una dama que vivió aquí al parecer se encontraba con un enamorado. Hasta que su esposo la descubrió y los mató a ambos... dicen que el fantasma de los enamorados está aquí y que en ciertas noches se escucha el lamento de la joven, como un sollozo ahogado.

—Qué historia tan triste.

—Era un hombre muy cruel, dicen que jamás se arrepintió de lo que hizo ni aun cuando fue llevado a la horca.

Amber se sonrojó al sentir su mirada. Era tímida pero apasionada y se moría por sentir esos besos tan dulces.

Estaban solos y eso creaba una extraña intimidad.

—Fue muy cruel—opinó sir Lawrence.

Y de pronto se acercó despacio y le preguntó si podía besarla.

Ella sonrió y lo alentó a continuar respondiendo a ese beso como la dama apasionada que era. Qué dulces eran sus besos. Gimió al sentir que estaba entre sus brazos y la estrechaba. Se moría por estar con él, por hacer el amor y cada vez que se besaban sentía ese deseo ahogado, esa tentación cada vez más creciente.

No era correcto seguir adelante y lo sabía, por más que se muriera de ganas, debía detenerle.

—Amber—dijo él atormentado.

Ella se sintió agitada y excitada por sus besos, por ese abrazo apretado que le recordaba mucho a ese otro abrazo lleno de pasión y de intimidad.

Ya no era una colegiala, y echaba mucho de menos el abrazo apasionado de un esposo. Él le había hecho recordar lo hermoso que era compartir la intimidad con el ser amado, ser un solo ser...

—Lo siento mucho, no debí besarte así... Disculpa. Creo que debemos regresar—le dijo Lawrence arrepentido.

Ella aceptó sus disculpas sonrojada y no dijo nada. Tenía razón, sería mejor regresar a la mansión cuanto antes y alejarse de las tentaciones.

Lawrence fue a verla días después, estaba muy serio cuando apareció en la sala.

—¿Cómo has estado? —le preguntó con cierta ansiedad.

Ella sonrió y le dio un beso fugaz en los labios cuando la criada se marchó y los dejó a solas.

Él respondió a su beso y la abrazó.

—Le he pedido permiso a tu padre para enseñarte nuestro nuevo hogar el sábado. Me ha dicho que puedo llevarte. ¿Quieres venir?

—Por supuesto, me muero por conocer nuestro nuevo hogar.

Y el sábado viajaron a primera hora.

Era un viaje largo y tardaron dos horas en llegar al señorío de Warthon, a la preciosa mansión con un montón de habitaciones y espléndidos jardines.

Amber sonrió emocionada mientras recorría cada rincón.

—¿Os agrada la casa? Podéis cambiar las cortinas, los muebles...

Ella sonrió encantada.

—No será necesario, todo es perfecto—le respondió y se acercó al ventanal principal para ver ese paisaje de colinas a la distancia y ese lago gris rodeado de espesa vegetación.

—Es tan hermoso.

—Me alegra que así sea, tampoco conocía este lugar...

Almorzaron en silencio y luego a media tarde fueron a recorrer la propiedad a caballo.

Hasta que una tormenta los obligó a regresar.

Un montón de nubes oscuras habían llegado de repente y regresaron a tiempo.

—Esta tormenta es terrible.

Amber se sintió muy alterada y todavía lo estaba cuando llegaron a la mansión. Odiaba las tormentas y la ponían muy nerviosa.

—Suele haber tormentas aquí, es por el lugar y también porque es otoño todavía. Pero pasará.

—No podremos regresar hoy—se quejó ella.

—Tal vez cuando amaine la tormenta—los ojos azules de su prometido la miraron con ansiedad, pero la idea parecía alegrarle en secreto.

Amber notó que afuera se había hecho de noche de repente y el cielo rugía y la casa se estremeció.

—Oh dios, los árboles—dijo señalando hacia afuera. Los vio abanicarse de un lado a otro sacudidos por un viento feroz y le dio mucho miedo.

—No temas, están lejos y si caen no pasará nada. Aguarda... todo se calmará en un momento.

Pero los sirvientes parecían alterados. Iban de un sitio a otro nerviosos.

Amber miró a su prometido y procuró tranquilizarse.

Era sólo una tormenta y pronto pasaría.

Pero tuvieron que sufrirla mientras duró.

Y se preguntó qué pensaría su padre al ver que no regresaban. Se inquietaría...

Un sirviente entró en el comedor y le dijo a su prometido que ningún criado podía salir de la mansión con ese tiempo pues era peligroso.

—Mañana partiremos a primera hora para avisarle a los familiares de la señorita, señor Wilton.

—Por supuesto, está bien.

Ambos se miraron y Amber se alejó nerviosa. No soportaba ver esos ventanales y el espectáculo de viento y truenos, daba la sensación de que querían destruirlo todo y sabía que esas tormentas eran peligrosas en un lugar tan frondoso pues una centella podía ocasionar un horrible incendio.

Su prometido al verla tan alterada llamó a la servidumbre para que prepararan dos habitaciones y sirvieran la cena lejos del comedor.

Una doncella rubia y bajita asintió.

—Como usted ordene, señor... Tenemos dos habitaciones disponibles son contiguas.

La joven parecía algo tímida mientras miraba a Lawrence.

—Será mejor, mi prometida está aterrada y si se asusta podré auxiliarla.

Amber sintió que las cosas mejoraban cuando pudo alejarse de ese espectáculo

apocalíptico del comedor y entró en una habitación lujosa y silenciosa.

Era perfecta.

Allí pudo tenderse y descansar hasta la cena lejos de la tormenta.

Sonrió al pensar qué distinta sería su nuevo hogar a Creeping hall y de pronto mientras permanecía tendida mirando a su alrededor lloró. Era demasiado hermoso para ser verdad, demasiado hermoso... temía que fuera un sueño y despertara de repente.

Se quedó dormida sin darse cuenta y de pronto sintió unos pasos y se asustó.

—Señorita Kellington... Lo siento, no quise asustarla, está lista la cena—le avisó.

Amber miró a la criada aturdida.

—Pero debo asearme—se quejó.

La doncella le dijo que tenía una jofaina con agua caliente en su habitación si quería asearse.

Ella necesitaba lavarse las manos, la cara y acomodarse su cabello, pero quería cambiarse el vestido, pero no había llevado uno.

Entró en la salita y sonrió al ver que su prometido estaba esperándole muy sonriente.

Cenaron en silencio.

—La lluvia ha menguado, todo parece haber mejorado—le dijo él de pronto.

—¿De veras?

Él asintió.

Amber comió poco de ese rico consomé de pollo y patatas.

No dejaba de pensar que su padre se preocuparía y que dormiría sola en su habitación. Habría preferido hacerlo junto a su prometido, pero no quería que pensara que era una desvergonzada. No era posible, había que guardar las formas. Lawrence no era como su anterior marido que le hizo el amor muchas veces antes de desposarla, él jamás sería tan osado.

Su prometido había salido esa mañana, no sabía a donde cuando descubrió que sería imposible regresar a casa ese día.

—La mansión está inundada, señorita Amber—le confesó una sirvienta.

Ella se quedó tiesa, no podía creerlo, no había parado de llover durante días y estaban aislado allí, pero al menos de su casa llegó ropa seca y abrigo para esos días. Al menos su familia sabía de la tormenta y dijo que podía quedarse el tiempo que deseara.

Tenía que cambiarse el vestido y buscó en el armario y de pronto encontró un vestido color crema muy bonito y elegante que su padre le envió para esos días en la mansión.

Amber sonrió satisfecha mientras llamaba a la doncella para probarse el vestido.

—Quisiera probarme este vestido, Beth.

La doncella la ayudó y ella aguardó inquieta el resultado.

Era de fiesta y seguramente ese lo enviaron equivocado, pero le quedaba bien y resaltaba su dorada cabellera.

—Le queda que ni pintado, señorita.

Ella le sonrió.

—¿Crees que me sienta bien? —Amber no estaba muy segura.

—Por supuesto.

Mientras se pavoneaba alguien golpeó la puerta de su habitación con ímpetu. Se sonrojó pensando que sería su prometido, pero cuando la puerta se abrió poco después no fue él quien apareció. Sino una criada a quién nunca había visto y traía cara de preocupación.

—Señorita, buenos días, disculpe usted, pero hay un caballero que quiere verla.

—¿Un caballero? Qué extraño. ¿Dijo su nombre?

La doncella lo negó y notó que actuaba raro.

—¿Dónde está él?

—En la sala principal, señorita Kellington. Dijo que era urgente y me entregó esta carta para que se la entregara a usted.

Ella tomó la carta sorprendida, no entendía nada de lo que pasaba.

“Mi bella esposa, hace meses que te busco por todo el país y ahora mis abogados me han avisado que estáis aquí y que esperáis tener una boda muy pronto. Creo que esa boda no sería

oportuna ahora ni legal pues todavía eres mía y sólo pienso en recuperarte”.

Amber palideció al leer las iniciales de su esposo muerto.

Miró a la sirvienta aterrada.

—¿Qué clase de broma es esta? —se quejó la joven y guardó cuidadosamente la carta para que nadie la viera.

—Señorita, lo siento, no tenía idea—dijo.

Amber miró a su alrededor perpleja.

—¿Dónde está ese hombre? —se quejó.

Y de pronto se preguntó si no sería mejor evadir a ese sujeto, ¿qué broma era esa? Su esposo estaba muerto ¿y qué era esa historia de que la estaba buscando?

Sintió un horrible escalofrío recorrer su cuerpo.

La doncella la miró con total inocencia, seguramente no sabía leer la carta así que difícilmente podría enterarse de su contenido.

—Es que no sé... Dijo que era un pariente suyo y pidió que le entregara esto, estaba en la sala cuando me fui. ¿Quiere que vaya a ver?

—Aguarda, iré contigo. No sé quién hizo esta broma, pero no me agrada.

Estaba muy asustada cuando entró en la sala y se preguntó por qué alguien intentaba chantajearla ahora haciéndole creer que su esposo estaba vivo, nadie lo creería.

Cuando fue hasta la sala la encontró vacía.

No había nadie y era lo que temía, por supuesto.

—No está aquí, qué extraño.

—¿Cómo era ese hombre, Beth? Describidlo, por favor. —le preguntó.

—Era un hombre joven de cabello oscuro y ojos casi negros. Me pareció un gitano señorita y no me agradó mucho su aspecto, aunque no parecía ser un bandido, pues vestía con mucho cuidado y elegancia.

Amber se quedó tiesa.

—¿Y qué edad tenía?

—Era joven, apuesto, aunque algo en su mirada me pareció que no era de fiar. Miraba con demasiada fijeza y fue muy decidido al pedirme que le entregara esta carta. Aguarde señorita, iré a investigar.

Amber se movió de un lado a otro nerviosa. Su prometido no estaba y ella se encontraba empantanada en esa propiedad. Tenía que regresar a Melrose y contarle a su hermano de esa horrible carta.

Aguardó inquieta el regreso de la criada y esta regresó poco después desconcertada.

—No hay nadie señorita, nadie lo ha visto, se esfumó. No lo entiendo—dijo desconcertada.

—¿Desapareció? ¿Pero cómo es posible?

—No está por ningún lado, pero lo están buscando. No pudo ir muy lejos, aquí está todo lleno de lodo, no iré muy lejos.

No dijo nada de la carta, no era prudente que lo hiciera. Mejor sería esperar, los chantajistas siempre regresaban...

Volvió a su habitación, pero la doncella le dijo que no había ni rastro del desconocido.

—A lo mejor era un sirviente—dijo.

Eso no la hizo sentir tranquila, miró la carta y decidió arrojarla al fuego.

Bonita hora escogían para chantajearla.

Alguien sabía algo de su marido y esperaba sacar una tajada, antes de que se casara con Lawrence pues la horrible nota mencionaba su compromiso.

En ningún momento pensó que se tratara de su marido muerto, eso no era posible... todo eso no era más que un burdo chantaje, ni que fuera tan tonta de caer.

Entonces recordó las palabras de su hermano. Alguien muy parecido a su esposo había sido visto en Londres, como un fantasma. Eso pudo ser una coincidencia en realidad...

Su prometido demoraba en regresar y una nueva tormenta la atrapó sola en esa mansión, no podía creerlo.

Desesperada fue hasta la ventana para ver que se había desatado un viento inesperado que lo sacudía todo.

—No puede ser—se quejó.

Y llamó a la servidumbre jalando del cordel que había cerca de su cama.

Nelly apareció y se veía nerviosa.

—Hay tormenta y mi prometido... ¿Dónde está? ¿Acaso ha regresado?

La joven negó con un gesto.

—Me temo que no, señorita Kellington. Lo siento. Pero no se preocupe, esta tormenta pasará y seguramente el joven Lawrence fue en busca de refugio o se detuvo para estar a salvo.

—Espero que así lo haga.

Pero no sólo quería saber de su prometido, también del misterioso desconocido.

—¿Y ese extraño hombre que mencionó, aún está aquí?

—No, no lo han visto. Suponen que se alejó rápido al ver la tormenta.

Amber no se sintió tan confiada.

Había esperado a encontrarla sola allí para mandarle ese horrible mensaje y temía que volviera a hacerlo. Tenía que pedir ayuda, escapar. Regresar a su casa apenas fuera posible. Había sido una locura quedarse allí...

Su prometido había estado a punto de hacerla suya y eso la asustaba. No era correcto que pasara, no hasta que llegara la boda. Y sospechaba que por eso quería adelantarla.

Dio vueltas en la habitación nerviosa.

Pero su prometido no regresó y ella dio órdenes a los sirvientes de que cenaría sola en su habitación, la lluvia se había desatado y estaba de un humor de perros, ciertamente. Cada vez más tensa y nerviosa.

Tan distraída estaba que no notó que le habían dejado la bandeja cubierta con la cena sobre la mesa y saltó de la cama sintiéndose una tonta.

Cuando se dirigía a la mesa lo vio bajo la puerta, un sobre blanco y pequeño. Como una carta. Era una carta.

Tembló mientras tomaba ese sobre del piso.

Otro mensaje en poco tiempo, eso no podía ser.

“Siento haberme ido tan pronto, hermosa, pero tenía asuntos que resolver. Mañana tal vez podemos vernos y conversar. Temo que deberéis suspender esa boda y explicarle a vuestro prometido que no puedes casarte porque tu esposo está vivo. ¿Cómo le diréis al distinguido sir Lawrence que esa boda debe suspenderse? Tenemos que hablar, preciosa, en privado, es urgente. Aguardad noticias mías, os diré en dónde se celebrará la reunión”.

Amber leyó la carta con detenimiento y suspiró.

Ese hombre estaba loco. ¿Cómo rayos le decía que su marido estaba vivo? Eso era imposible.

Ese hombre esperaba sacarle dinero, era un chantajista, un maldito chantajista. Pero no era su esposo muerto y eso le daba mucho alivio. Por un instante había pensado que...

No era Wilfredo, él estaba muerto, estaba segura de ello. ¿Por qué habría esperado sino tanto tiempo para buscarla?

Ese desconocido era un hombre joven, tal vez pariente o amigo del conde Strozzi. ¿Pero quién le creería es historia de que su esposo no había muerto como ella pensaba?

Arrojó la carta al fuego y luego se sentó a comer, afuera la lluvia arreciaba con fuerza, pero no estaba sola en esa mansión en el medio de la nada, ese bandido mentiroso estaba cerca, por desgracia. Se sintió atrapada, acorralada. Y aguardó nerviosa el siguiente mensaje mientras rezaba para que su prometido llegara pronto y pudieran casarse.

El extraño mensaje

Tuvo la sensación de que el tiempo se detenía y las horas pasaban lentas, muy lentas y ni rastro de su prometido.

Esa noche se fue a dormir temprano, no aguantaba el silencio y las sombras de esa mansión que, aunque al principio le pareció encantadora, ahora era un lugar tétrico lleno de secretos.

Pensó en ese hombre que buscaba chantajearla, debía estar loco si esperaba conseguir algo. Su marido había muerto, ¿por qué rayos aseguraba lo contrario?

Si Wilfredo estuviera vivo él mismo estaría allí en persona buscándola, intentando hablar con ella en vez de esconderse, lo conocía bien.

Cuando se encaminaba a la habitación sintió pasos detrás de ella y se crispó, no podía ser alguien estaba allí agazapado en un rincón y corrió, quiso correr, pero todo ocurrió muy rápido. Alguien la atrapó por detrás al tiempo que cubría su boca.

—No grite señorita, si lo hace lo lamentaré, creo que tenemos que conversar—dijo ese hombre con marcado acento. Era alto y fuerte y la atrapó al instante dejándola inmovilizada. Pero no estaba solo, había otro rufián con él.

Amber quiso escapar, quiso gritar, pero no pudo hacer nada. Ese bandido era muy fuerte y no tardó en atar sus manos y colocarle una mordaza.

—Escuche señora, tranquilícese. Tenemos que hablar—le dijo.

Ella se quedó tendida en el suelo atada, totalmente indefensa.

—Junta ropa de la señora, los vestidos más costosos, tal vez podamos robar algo valioso de aquí. ¿Dónde están sus joyas?

—No tengo joyas aquí, estoy de visita, esta no es mi casa.

—Ah no? Bueno, no importa. ¿Dónde guarda la ropa?

Vio que dos hombres robustos con feo aspecto invadían su cuarto portando candelabros. En un momento encontraron su ropa y ella se quedó quieta esperando que robaran todo y la dejaran en paz.

Pero ellos no sólo se llevarían sus vestidos, chales y zapatos, la querían a ella.

—No diré nada, llévese todo si gusta, pero quíteme estas sogas por favor—le pidió Amber desesperada.

El hombre rubio de fríos ojos grises la miró y le enseñó un cuchillo.

—No he venido a robar sus ropas, he venido a llevarla a usted, señora.

—¿A mí? ¿Entonces usted escribió esa nota?

Él hombre lo negó.

—Yo no sé escribir, fue mi amo, señorita. Su marido.

—¿Mi marido? —Amber sintió su corazón latir acelerado, quiso escapar, gritar, pero el terror la dominaba por completo en esos momentos y aduras penas podía asimilar lo que estaba pasando.

—Así es, su marido señorita. Él quiere verla y me ha pagado para que venga por usted. La nota la escribió él para avisarle que está vivo.

—Eso no puede ser, no es verdad. Está loco si cree que voy a creerle...

Él rufián sacó algo de su bolsillo, parecía un papel arrugado.

—El conde me pidió que le entregue esto, señorita. Léalo y conserve la calma porque si grita o intenta algo lo lamentará.

Amber tomó la carta y vio el mensaje.

“Mi hermosa Amber, sé que esto os hará mucho daño y os provocará desconcierto, pero es tiempo de que sepas la verdad. Tenemos que hablar y sé que os debo una explicación. Lamento que fuera así pero no encontré otra forma”.

Amber tuvo que leer dos veces el mensaje para entender qué decía.

—Esto es una locura. Mi marido murió y quien escribió esta carta pretende engañarme. No iré con usted a ningún lado—dijo temblando de los nervios, pues, aunque todo fuera una farsa no le agradaba tener a ese hombre cerca.

—Eh, tranquila vendrá conmigo por las buenas o por las malas. Si grita o hace algo será peor para usted.

Amber quiso escapar, quiso correr, pero no pudo llegar muy lejos ese hombre era fuerte y no estaba solo, había más bandidos esperando fuera de la mansión.

Todo había sido planeado y no entendía bien por qué alguien planeaba hacerle creer que su marido estaba vivo, ella sabía que eso era mentira. No tenía sentido. ¿Por qué querían llevarla? ¿A dónde la llevarían?

El más vivo terror se apoderó de ella al comprender sus intenciones, pero no pudo evitar que la subiera a un caballo como si fuera un fardo de lana y la llevara lejos de allí, iluminando el camino con linternas. Alguien los guiaba, alguien los ayudó un grupo de campesinos o bribones que conocían bien el camino.

Sintió que era una pesadilla, eso no podía estar pasando, acababan de raptarla de la mansión de su prometido sin que nadie se enterara, sin que nadie hiciera nada...

Cabalgaron por horas y cuando finalmente llegaron a la estación de tren él le quitó la mordaza.

—Tranquila, no le haré daño, pero si grita o pide ayuda tendré que amordazarla de nuevo.

—Lo encerrarán si no me deja ir... por qué hace esto?

—Porque su esposo quiere verla señorita y me ha pagado bien para que la lleve ante él.

—Mi esposo está muerto, deje de mentir. No le creo. Él murió.

Él bandido la miró con fijeza.

—Eso no es verdad, él está vivo.

—Así es... su esposo está vivo y quiere hablar con usted si se niega dirá a su prometido que esa boda no puede celebrarse, pero si hace lo que él le pide la dejará ir en poco tiempo.

—Esto es una locura, no tiene sentido lo que dice. Mi esposo murió hace más de un año.

—Pues me temo que se equivoca, su esposo no murió y quiere verla. Usted es legalmente su esposa todavía. Vendrá conmigo ahora porque sólo cobraré mi trabajo si la llevo ante él, ¿comprende? Pero si la cosa se pone difícil, si intenta escapar no seré tan paciente la próxima vez y la venderé a un granuja de la subasta.

—¿Qué dice?

—De la subasta de esposas. Hay un lugar donde venden esposas insoportables y jovencitas sin familia. Se gana mucho dinero vendiendo mujeres, en Londres muchos caballeros pagarían una fortuna por una dama tan fina y hermosa como usted. Si arma jaleo o avisa a las autoridades le aseguro que volveré por usted y nada impedirá que la entregue a esos hombres para que la vendan en la subasta, pero no me quedaré sin tener mi paga, ¿entiende? Su marido me ha tentado con una bonita cantidad, pero sé que puedo tener lo mismo o más vendiéndola en el mercado de esposas.

Amber pensó que ese hombre hablaba en serio, la historia de la subasta le habría parecido absurda si no hubiera oído algo al respecto hacía tiempo. Era un rufián y se le notaba, la clase de bandido capaz de raptar a una dama y venderla y tuvo mucho miedo, estaban en el medio de la nada y pronto llegarían a la estación, si se negaba a ir con él le haría mucho daño. No estaba jugando.

—Está bien, iré con usted, pero debe prometer que no me hará daño ni usted ni esos forajidos.

Él bribón sonrió.

—Eso es lo que quería escuchar, lady Amber—dijo y le quitó las sogas pues sabía que no podía llevarla así a la estación, todos lo notarían.

Habían viajado sin descanso durante horas hasta llegar a Lancashire.

El paisaje helado y gris la deprimió bastante. Porque era un gris oscuro, el gris que tomaba el día cuando el sol se había ocultado y se aproximaba la noche lentamente.

Amber contempló la sombría mansión de Creeping hall a lo lejos sin poder creerlo.

—Es por aquí señora—le dijo el bandido. Como si ella no conociera el camino.

—¿Por qué me ha traído aquí? Este lugar fue vendido hace tiempo, o eso me dijeron.

—¿Vendido? Claro que no. La casa está habitada por su esposo, que quiere verla, ya se lo dije. Deje de hacer preguntas. Pronto sabrá la verdad. Sígame, señora y no intente nada o lo lamentará.

Amber lo siguió asustada y furiosa de que ese estropajo siguiera amenazándola, estaba temblando cuando entró en la mansión. Su esposo no podía estar allí, le habían dicho que había muerto en un viaje a Italia. Estaba muy enfermo, durante meses lo estuvo apenas podía caminar y estaba tan demacrado, parecía un anciano.

Cuando entró en la casa encontró todo muy silencioso y se veía tan distinto, los muebles, todo había cambiado. Por fuera era la mansión que había compartido con su esposo desde su boda, pero por dentro no se veía igual.

La casa con los muebles más modernos y con los mismos retratos parecía sumida en las sombras como una casa embrujada. Deshabitada, vacía y silenciosa. Pues ninguno de los sombríos parientes de su marido fue a recibirla, y daba la sensación de que allí no había nadie hasta que escuchó pasos y tembló.

—Señora Strozzi—dijo una criada cetrina de ojos muy oscuros

Amber no la conocía, nunca la había visto en su vida.

—¿Mi esposo está aquí? —preguntó sorprendida.

La doncella ignoró su pregunta y quiso saber dónde estaba su equipaje, Amber se lo entregó.

—Por aquí, señora, acompáñeme por favor.

—Pero mi esposo, ¿dónde está? —insistió Amber.

—Pronto se reunirá con él, debo ver a su señoría por mi paga—dijo el bribón impaciente a la distancia.

Ella subió las escaleras mientras la criada llevaba su maleta sin mirarla.

De nuevo el silencio y un olor extraño, no era el olor a libro viejo de antes que su marido espantaba colocando flores frescas en cada jarrón, lirios y violetas, no había ni una flor en ningún lado y todo olía a encierro como si no se hubiera aseado demasiado.

¿Acaso un grupo de bandidos había tomado la mansión y esperaban poder robarse sus tesoros?

La puerta se cerró con estrépito y Amber se acercó a la cama, nerviosa.

Luego escuchó que cerraban la puerta con llave como si pensarán que ella podría escapar.

Sintió deseos de gritar y exigir que la liberaran, pero estaba exhausta por el viaje y solo quería meterse en esa cama y dormir.

No había hecho más que ir de un lado a otro, descansar en posadas de mala muerte y sin comer demasiado pues no tenía apetito. Ahora solo quería dormir, descansar y deseó que todo eso fuera un sueño.

En la mansión de Cumbria

Despertó inquieta, con la sensación de que todo lo ocurrido el día anterior había sido un sueño entonces vio una joven parada frente a ella y estuvo a punto de gritar, pensó que era un maldito fantasma.

—Disculpe, señora. Aquí le traigo su desayuno—dijo la criada al tiempo que le acercaba una bandeja de plata repleta de manjares.

Hablaba en italiano, con marcado acento y no recordaba a esa criada para nada. ¿Pero qué hacía en esa casa abandonada y por qué su marido fantasma no había aparecido todavía?

Trató de serenarse, pero le fue imposible.

—Necesito asearme primero. Traedme agua caliente, mantas y ropa para cambiarme—ordenó.

—Oh por supuesto, aguarde aquí—le respondió la criada.

Amber sintió que le dolía todo el cuerpo y estaba todavía exhausta por la travesía, las horas de sueño del día anterior no habían sido suficientes.

Luego de asearse y cambiarse el vestido se sintió mejor, pero apenas pudo comer una tercera parte del festín que le habían enviado y cuando la doncella regresó para llevarse las sobras la miró perpleja.

—No ha comido nada, señora.

—Es que no tengo hambre.

Se hizo un incómodo silencio.

—¿Quién vive aquí? ¿Por qué me han raptado? Eso es un delito, y mis familiares vendrán a buscarme.

Al oír sus palabras la sirvienta la miró con cara de espanto.

—Lo siento, el señor Strozzi la verá en un momento, señora.

Amber sintió que perdía los nervios, pero no dijo nada, ya rendiría cuentas con el bandido que la había raptado.

Aunque estaba asustada, lejos de su hogar en Devon, haciendo lo que parecía un viaje al pasado, ese pasado del que había huido tiempo atrás.

¿Y si su esposo no estaba realmente muerto?

Amber tragó saliva al recordar que su marido había muerto en tierra extraña y fue enterrado en su país.

No exigió que repatriaran los restos, se sintió tan devastada entonces que se quedó en la casa unas semanas hasta que tuvo el valor de avisarle a su padre lo ocurrido y regresó a Devonshire.

¿Y si todo había sido mentira, si su esposo en verdad estaba vivo en Italia y había regresado?

Ahora le parecía todo tan extraño y siniestro.

No quiso decirle la verdad a nadie, se sentía avergonzada de su propia indecisión, de su falta de carácter al exigir más explicaciones cuando los primos de su marido le comunicaron su fallecimiento. Debió insistir, hacer preguntas, esos familiares italianos de su marido eran gente tan rara y lacónica, nunca se había sentido cómoda en su presencia. Dos primos solterones de edad avanzada y uno joven, un sobrino hijo de uno de ellos. Parecían vigilarla y mirarla con desprecio, lo recordaba bien.

Antonio, Giacomo y Andrea... ninguno había ido a recibirla. Era tan raro todo... ahora se arrepentía de haber guardado ese secreto, de no haber confesado la verdad cuando su hermano le preguntó pues ahora tal vez su esposo podría estar vivo y furioso de que se marchara tan pronto de su mansión...

¿Y si todo había sido una jugada de sus familiares para despojarle de la herencia y Wilfredo había regresado para vengarse de ellos y de todos?

Amber sintió que su cabeza era un torbellino y tuvo la sensación de que pasaban horas hasta que apareció nuevamente la criada para anunciarle que su marido quería verla.

—¿Mi marido? —balbuceó.

No le dieron más explicación que esa.

Luego la llevaron hasta una habitación que había sido la sala de música, pero ahora era un escritorio para escribir correspondencia. Todo había cambiado en la casa, los muebles, la disposición de las habitaciones.

Aguardó inquieta y miró a su alrededor. No había nadie cerca y sin embargo tenía una sensación extraña.

De pronto sintió la presencia de alguien y se volvió inquieta.

—Buenas tardes, lady Amber. ¿Cómo está usted? Lamento mucho haber tenido que traerla así a Lancashire.

Su voz le sonó familiar pero no era su esposo muerto, no se parecía en nada en realidad, era mucho más joven y lucía un elegante traje azul y su cabello corto castaño no tenía ni una cana y sus ojos eran inmensos y azules.

¿Quién rayos era ese hombre y por qué le hablaba con tanta familiaridad?

—Disculpe. ¿Pero quién es usted, caballero? —le preguntó.

Amber lo miró con curiosidad y sorpresa.

—Soy el conde Wilfredo Strozzi, señora. Su marido.

—Eso no es verdad... Usted no es mi marido, ni siquiera se parece a él.

El sostuvo su mirada y sonrió levemente.

—Supongo que todo esto es muy confuso para usted. Lo lamento. Por favor siéntese, lo que debo decirle no es muy fácil para mí ni lo será para usted.

Amber obedeció y se dejó caer en una poltrona.

—Mi nombre es Rodolfo Wilfredo Strozzi, señora. El conde italiano con el que usted pensó que iba a casarse. Temo que fue embaucada, como las demás.

—¿Qué dice? No sé de qué habla, mi marido murió.

—Pues no, está vivo y soy yo.

—Eso no puede ser, no entiendo lo que dice. ¿Qué broma es esta? ¿Acaso planea embaucarme?

—Oh claro que no... Aguarde, le explicaré. Su esposo, el que murió en Italia es su esposo

peor no era quien decía ser, se llamaba Mateo Scorza Strozzi. Primo segundo de mi padre, por desgracia. Mire, aquí tengo su retrato de cuando era joven y los documentos que dan fe de que no miento.

Amber contempló los retratos que le enseñó el desconocido y luego las actas donde constaba que ese hombre se había casado con una tal Simonetta Venturini en Italia.

—Pero eso no prueba nada... solo quiere embaucarme, mi marido murió... él vivía aquí con su familia italiana, sus hermanos y primos. ¿Dónde están ellos? ¿Por qué no están aquí?

El italiano lo negó enseguida.

—No están porque huyeron como ratas cuando se enteraron que yo era el único heredero de ese bandido. Además, debo informarle que no eran parientes suyos, eran sirvientes italianos. Cómplices de sus fechorías. Este pariente mío que tanto me avergüenza figura en una foto familiar, mire. No le miento. No es mi intención embaucarla ¿por qué o haría?

Amber vio la foto familiar y también cartas y más fotos del tal Mateo Scorza sin poder dar crédito a lo que veía.

—Y ahora le mostraré algo que no le hará tener más dudas. Mateo Scorza era buscado en Italia por haber embaucado y desplumado a varias ricas herederas, señorita.

Ella vio el periódico sin poder dar crédito. Era él en efecto, su marido y tenía otro nombre, su rostro aparecía varias veces, aunque se veía distinto. Como si tuviera otro disfraz.

Ahora ese desconocido trataba de convencerla de que ese hombre había sido su marido, un impostor, un tramposo y seductor de mujeres.

—Se casó más de diez veces señora. Su verdadero nombre era Mateo Scorza y si viaja a mi país, sabrá que ese bandido se hundió mucho antes casándose con ricas herederas para desplumarlas. Recordará tal vez cierta herida que tenía en el abdomen... pues esa cuchillada se la dio un hombre para defender a su hermana de ese maldito seductor. Porque eso era mi tío y me avergüenza llamarlo así... Ese hombre solía cambiar de nombre a menudo, no crea, y en su último intento tomó mi herencia y mi nombre el muy maldito. Prometió cuidar de nosotros, engatusó a mi madre viuda prometiendo que duplicaría su herencia y se fugó con todo. Y era su hermano...

¿quién iba a creer que no respetaría a su familia, a su propia sangre? Pero no lo hizo, con la promesa de ayudarla se llevó sus joyas y todos sus ahorros cuando todavía no había comenzado a casarse con herederas, al menos mi madre no lo sabía.

Amber se quedó petrificada tratando de asimilar la información.

—Si lo que dice es verdad, ¿cómo sé que usted es quién dice ser? Me ha mostrado papeles que pudieron ser falsos. ¿Cómo sé que puedo confiar en usted? No es más que un extraño para mí y lo que dice que es el conde Strozzi, el verdadero me parece una completa locura.

—Bueno, sé que todo esto es difícil para usted, pero soy sincero señora y tengo pruebas de que soy el verdadero Rodolfo Wilfredo Strozzi. Tengo documentos que atestiguan mi nacimiento, mis estudios y también fotografías de mi familia incluyendo a ese sinvergüenza que usurpó mi nombre y se casó con una señorita inglesa. Usted—la forma en que lo dijo y la miró la hizo sonrojar.

Parecía sincero, pero ella seguía sin entender por qué estaba haciendo todo eso, ¿qué buscaba qué quería de ella? Aun en el caso que fuera verdad...

—Pero si lo hizo antes entonces ese matrimonio no ha de tener valor—dijo Amber.

—Lo hizo antes sí, pero con otros nombres, por supuesto, se casaba usurpando identidades para luego estafar a sus víctimas y quedarse con su dinero. Las enamoraba, las embaucaba, se casaba con ellas y luego las abandonaba con el botín o cuando descubrían el engaño. Comenzó usando su nombre verdadero y todavía estaba casado con una dama italiana, por eso no podía casarse con otra mujer y tenía que usar nombres falsos para eso.

—¿Pero entonces esas bodas no tenían ningún valor?

—Por desgracia sí... hasta que tenía lo que deseaba y luego... Para él no era más que una manera de amasar fortuna y cuando se hartó de seducir ricas herederas de Toscana y otros condados, viajó a Francia y terminó en Londres, donde adinerado y con falsos títulos de nobleza entabló amistades nuevas que le consiguieron otra rica heredera.

Amber se sonrojó intensamente.

—Una rica y tonta heredera, supongo que habla de mí.

Él sonrió.

—No quise ofenderla. Pero digamos que fue su víctima inglesa.

—Pero él no me abandonó ni me robó mi dote, jamás recibió un céntimo de la dote pues mis padres se opusieron a nuestra boda y debimos fugarnos.

Ahora sentía vergüenza al recordar todo eso.

—Supongo que se habrá enamorado de usted, señora Kellington, imagino que eso no le fue muy difícil...

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo es que sabe tanto de mi esposo? ¿Acaso ha estado siguiendo sus pasos? Es imposible que sepa tantas de sus andanzas.

—Claro que he seguido sus pasos, dejó a mi familia en la ruina. Estafó a mi madre viuda con sus ahorros y de no haber recibido ayuda de la familia de mi padre que es honorable, habríamos muerto en la indigencia, señorita. No siento vergüenza en confesarlo. Pasamos muchas privaciones por culpa de ese demonio. Pero cuando supe que había desposado a una joven usando mi identidad me enfurecí y lo busqué, lo busqué durante mucho tiempo. Porque sabía que volvería a hacerlo, que le quitaría todo y me arrastraría a mí en su lodazal de fango para siempre. Pero era un maldito reptil huidizo, siempre escapaba cuando quería darle caza, así que lo convencí de venir a Italia por intermedio de un amigo suyo. Fue una jugada maestra. Sabía por mis abogados que ese demonio empezaba a sufrir la horrible enfermedad que mató a su tío mellizo, un problema que endurece las articulaciones y hace que las personas envejecan y se conviertan en inválidos. Él odiaba eso, se mantenía siempre más joven de lo que en realidad era, como si hubiera hecho un pacto con el diablo, nadie adivinaba jamás la edad que tenía. Y con la promesa de curación milagrosa logré atraerlo a la Toscana, al río rojo que cura enfermedades... pero ya era tarde para él, llegó sin poder caminar y estuvo postrado sus últimos días consumido de repente por la horrible enfermedad de los huesos. Le dije que debía declarar nula esa boda, pero él no lo hizo. Dijo que eras la única esposa que había amado y que me mataría si me acercaba a ti. Lo haría.

Amber lloró, no pudo evitarlo. Su recuerdo era tan triste y doloroso...

—Eso no es verdad, mi marido no era un bandido, usted miente, miente y no sé con qué propósito, pero lo hace.

—Bueno, ¿no cree que tiene derecho a saber la verdad?

—Pero me ha raptado como un bandido ¿y espera que crea en esa historia absurda? No le creo una palabra.

—Es verdad, para desgracia suya soy su marido, señora Strozzi.

Ella lo miró perpleja.

—Aquí tengo los documentos que demuestran que no miento. Sé que es difícil para usted creerme. Y lamento haberla traído aquí de esa forma, pero no solo estoy atado a usted por este documento. Por desgracia para usted, no lo es. Es mi esposa ahora y no tengo intención de concederle la anulación.

Ella lo miró aturdida. En la intimidad de su habitación todo era mucho más amenazante y extraño.

—Pero no soy más que una extraña para usted, señor Strozzi y usted es un extraño para mí. No lo he visto en mi vida y ahora intenta decirme que...

—Esa boda no puede deshacerse porque fue celebrada en tierra inglesa con todas las garantías. Es un matrimonio válido en mi país, eso ya lo he averiguado mucho antes.

—Pero usted fue arrastrado a esta farsa, y yo también, así que puede pedir la anulación.

—Podría hacerlo, pero no quiero. Aunque no buscaba una esposa todavía ahora tengo una y la idea me agrada. Temía que fuera una joven orgullosa y remilgada, una pequeña consentida como todas las herederas inglesas, pero usted es diferente.

Ella lo miró muy seria.

—Temo que no está considerando mi opinión en todo esto ni el hecho de que me atrajo aquí por la fuerza, amarrada a un caballo y eso no fue muy gentil de su parte.

Él se puso serio.

—Lo siento mucho, lady Amber, de veras, no quise que fuera así. Pero no había otra manera.

—Pero yo había enviudado. Todo esto es demasiado para mí, me había hecho a la idea de que mi marido había muerto y ahora...

Amber se sintió mareada de golpe y tuvo que sujetarse para no caer.

—Tómelo con calma, no quiero hacerle daño, pienso que podemos llegar a un acuerdo usted y yo....

—¿Un acuerdo? ¿De qué habla señor Strozzi? —Amber se sintió desconfiada y pensó que tramaba algo.

—Luego hablaremos, sé que necesita tiempo para hacerse a la idea.

—¿De qué habla? ¿Acaso quiere chantajearme? ¿Pretende pedirme algo para darme el divorcio? No puede retenerme aquí—le dijo ella perdiendo la calma—Yo no soy su esposa, señor Strozzi. Si fui embaucada como las demás, entonces debo hacer una denuncia ante un juez y solicitar la anulación de inmediato. Nadie puede obligarme a quedarme aquí...

—No voy a obligarla a quedarse, pero debo recuperar lo que es de mi familia y necesito su ayuda.

Ella lo miró sin entender.

—Verá... Esta casa esconde muchos tesoros y es mi intención venderla, pero antes debo quitarle esos tesoros o no podré venderla. ¿Comprende?

—¿Qué tesoros? ¿Se refiere a los cuadros, a los muebles?

—Algo más valioso que eso. Mi pariente se llevó de mi casa un valioso tesoro que perteneció a mi abuelo. Así comenzó todo, con ese dinero escapó de su primera esposa y comenzó a viajar por el continente. Hizo mucho dinero.

—Dinero sucio, supongo.

—Es verdad, pero necesito recuperar lo que es mío y salvar a mi familia de la ruina. ¿No cree que es justo? Escuche, no la retendré mucho tiempo, solo lo necesario. Hasta que pueda encontrar los tesoros que esconde esta mansión.

—Puede hacerlo sin mi ayuda, si habla con los familiares de Wilfredo, imagino que estarán aquí.

—¿Se refiere a sus cómplices? Todos huyeron luego de la muerte de Mateo, temían que la justicia descubriera la verdad.

—Pues debería buscarlos, ellos conocen esta casa como la palma de su mano y si eran sus cómplices seguramente sabrán donde escondían las joyas y todo lo más valioso.

—Pensé que usted lo sabría.

Amber se movió incómoda en su poltrona.

—No, no lo sé. Jamás supe que mi marido guardara joyas o tesoros. Nuestra vida era austera y jamás recibíamos visitas ni dábamos fiestas. Él era un hombre solitario. Además, luego de enviudar jamás reclamé nada de su herencia. Los abogados dijeron que me escribirían, pero nunca lo hicieron.

Él la miró con fijeza como si desconfiara de sus palabras.

—Pero ha de saber donde guardaba sus objetos preciados.

Amber no lo sabía.

—Mi esposo era muy reservado y yo jamás le exigí nada, él me obsequiaba joyas y vestidos. Lamento no poder ser más útil, a lo mejor si habla con los criados que vivían aquí...

—Todos se marcharon, y la casa fue puesta en venta por un falso pariente italiano que quiso quedarse con todo. No fue sencillo tomar posesión de esta casa y sus tesoros me pertenecen.

—Pero yo no puedo ayudarle, señor conde.

—¿No puede o no desea hacerlo?

Amber se sonrojó al sentir la mirada audaz de ese italiano que aseguraba ser su marido y le había dejado en claro que no le daría el divorcio, no hasta que encontrara el tesoro.

—No es eso, no es que no quiera, es que desconocía por completo que mi marido tuviera una doble vida y una falsa identidad. Es horrible pensar que estuve casada por dos años con un hombre sin escrúpulos, un cazadotes. Le confieso que me cuesta mucho creer en sus palabras.

Sus ojos azules la miraron alertas.

—No le he, mentido, preciosa. Todo es cierto, tan cierto como que usted es mi esposa y me pertenece. Y no puede marcharse y si intenta escapar la encerraré. Usted es mi esposa dama

inglesa, legalmente tengo todos los derechos sobre usted y ningún juez le concederá la anulación ni ordenará que pueda marcharse.

—Solo busca los tesoros de esta casa, no se atreva a tocarme malvado italiano. quiero decirle que no confío en usted ni en nada de lo que me ha dicho. Mi esposo murió y usted pudo tomar su casa, tomar su lugar e inventarse toda esa historia. Jamás nadie llamó mentiroso ni estafador a mi marido.

—Se equivoca, preciosa, no le he mentado. Tengo cómo probarlo. Así que será mejor que me obedezca desde ahora porque no tengo pensado anular esa boda.

—Claro, le sirve tenerme cerca por el tesoro, luego se marchará con el botín.

Él no la desmintió para nada, parecía haber leído sus pensamientos.

—Siéntase cómoda, dama inglesa. Esta será su casa de nuevo. Por favor, descanse. Sé que no es sencillo de aceptar, necesita asimilar la verdad. Pero descuide, soy un hombre muy paciente y llevo mucho tiempo aguardando este momento. Luego hablaremos de esto. La doncella la escoltará de regreso a su habitación.

Amber no se movió y lo enfrentó.

—Mi familia sabrá de esto y sé que vendrán a buscarme. No crea que se saldrá con la suya, italiano.

Él le sonrió cuando le dijo eso.

—Pero usted es mía, aunque eso la disguste. Es mi esposa y no puede casarse con ese joven remilgado como planeaba.

—Pues lo haré, no puede retenerme aquí porque no es mi marido en realidad y pediré ayuda para anular esa farsa. Si es que es quien dice ser, no tengo pruebas seguras de ello.

Su mirada cambió.

—¿Acaso no me cree?

—¿Por qué habría de hacerlo? Acaba de secuestrarme como un bandido y espera encontrar los tesoros de esta casa con mi ayuda. Temo que no podré ayudarlo en eso. Nunca supe que mi esposo escondía algo.

—Bueno, se quedará aquí y tendrá tiempo de recordar, pero no se exalte. Ha hecho un largo viaje y supongo que ha de estar muy cansada. Luego hablaremos con más calma.

La charla había terminado, pero Amber se quedó allí con ganas de seguir exigiendo su liberación.

—No puede retenerme aquí, eso no es decente ni tampoco legal.

Él la miró con fijeza.

—Puedo hacerlo y lo haré. Es necesario. Pero no se asuste, en cuanto tenga lo que deseo me iré y usted quedará libre.

Amber deseó pensar que eso era verdad.

Pero cuando se quedó sola en sus aposentos temblaba de rabia y miedo. No le gustaba nada ese asunto. ¿Y si ese italiano era un bandido mucho peor que su anterior marido? Era familiar suyo.

Todavía le costaba creer la historia que le había contado. Estaba en estado de shock mientras recordaba cada palabra.

No podía ser verdad, su esposo no era un malvado.

Amber suspiró.

Tal vez sí lo era. Luego de su boda él cambió, se volvió un hombre frío y distante. No tenía amigos en Lancashire, solo esos familiares que vivían en la casa y eran personas oscuras y malignas. Y ahora descubría que eran cómplices y bandidos... nadie sabía nada de su marido, era un extranjero que parecía un caballero y que tenía amistades en Londres, pero jamás pensó que escondería un secreto tan funesto y sórdido... ¿cuántas esposas había tenido? ¿Como Barba azul? Oh diablos, no podía creerlo, era demasiado terrible.

Los días pasaron lentamente en esa casa y todavía recordaba con claridad el gong del reloj principal, las campanadas tañendo al mediodía doce veces, como al comienzo de su vida de casada antes de que su marido enloqueciera de los nervios y ordenara silenciar las campanas. Ignoraba cómo lo había hecho pero los ruidosos tañidos dejaron de oírse, hasta su regreso.

También podía sentir ese olor a madera y moho que al parecer era imposible de quitar de las habitaciones y más con ese tiempo frío.

Amber despertó cansada ese día, más tarde pues le había costado mucho dormir la noche anterior luego de cenar a solas con ese enigmático caballero que decía ser su marido.

Por extraño que fuera ese hombre la intrigaba y la hacía sentir una rara familiaridad como si lo conociera de antes y no podía entender de dónde venía ese sentimiento.

Ese hombre bien podía ser un impostor. ¿Pues qué pruebas tenía de que decía la verdad?

Tal vez solo era un pariente de su marido tratando de hacerse pasar por él para apoderarse de los tesoros de esa mansión. Pues su forma de conducirse dejaba mucho que desear en un caballero.

Amber pensó que tenía que escapar de esa casa, pero no sería sencillo.

Había sirvientes italianos por todas partes. Por desgracia. Y la vigilaban.

No la dejaron encerrada en su cuarto como temía y eso la sorprendió, pero....

Se preguntó si su familia iría a rescatarla. Sabrían que la había raptado, pero jamás imaginarían quién lo había hecho...

Estuvo muy asustada al comienzo, casi no se atrevía a salir de su habitación, pero ese día él la envió a buscar para conversar con ella.

Amber tembló al verle, no pudo evitarlo. Ese hombre parecía el diablo, un diablo joven y astuto.

—No sé donde guardaba mi esposo sus tesoros, señor conde—le advirtió ella adelantándose a las preguntas de la otra noche.

Él la miró, no le había preguntado nada, solo lo había mirado un buen rato.

—Tal vez recuerde algo que quiera decirme, alguna conversación.

—No recuerdo nada, señor conde.

—Dime esposo mío, soy tu esposo.

Ella lo miró molesta y alerta.

—Eso dice usted, pero, no tengo pruebas suficientes.

—Señora, yo no necesito inventar semejante mentira, ¿por qué lo haría?

Amber no contestó.

Y él se acercó para mirarla con creciente deseo. No era tonta, había visto esas miradas antes.

—No lo sé, no comprendo por qué hizo todo esto señor Strozzi, pero es difícil de creer, su historia me parece muy extraña.

—¿Quiere más pruebas?

—¿Puede conseguir las?

—Por supuesto. En unos días vendrán mis abogados de Londres para entregarme los títulos de esta casa. Llevo meses con este pleito y ahora han decidido entregarme la herencia que me robó mi pariente en el pasado.

—Entonces no me necesita. No le seré útil cuando cobre la herencia... ¿Por qué me retiene aquí entonces? Ya le dije que ni siquiera conozco bien esta casa.

Amber no podía entender qué tramaba ese hombre y la asustaba.

—Estoy atado a usted hermosa. Es mi esposa y en mi país no existe el divorcio, tampoco en el suyo.

Ella lo miró furiosa.

—Mi marido murió y no puede hacerme creer que este es un verdadero matrimonio cuando ni siquiera lo conozco ni lo he visto jamás.

—Supongo que es verdad, pero eso no impide que sea mi esposa legalmente.

—¿Legalmente? Pues iré a un juez y solicitaré la anulación de inmediato. Le expondré mis razones y él lo entenderá.

—No creo que sea tan sencillo. Dudo mucho que le concedan la anulación después de que ha dormido en mi casa en mi compañía. Yo puedo decir que hemos tenido intimidad estos días.

Amber pensó que eso era demasiado.

—Eso es mentira y lo sabe, además, pensé que quería que me quedara para ayudarlo a buscar los tesoros de la casa. ¿Acaso ese no había sido el trato?

—En realidad no hice ningún trato con usted, bella dama, la traje porque es mi esposa y me preguntaba si podríamos solucionar esto de forma civilizada.

—¿Civilizada? Usted me ha traído aquí contra mi voluntad y mis parientes lo sabrán y entonces...

—Oh deje de amenazarme, es mi esposa, aunque no le guste y legalmente es mía. Podría reclamar mis derechos sobre usted y ningún juez se atrevería a impedírmelo.

—Está loco, no puede hacer eso.

—No me hable así, soy su marido y me debe respeto.

Amber tragó saliva nerviosa.

—No estoy segura de eso, puede ser un estafador, un bribón como lo fue mi marido.

Esas palabras lo ofendieron, hubo un cambio en su mirada, cierta luz extraña en sus ojos que expresaban enfado.

—¿Acaso intenta ofenderme, agraviarme dudando de mi honor?

—No... pero no lo conozco lo suficiente, no sé si lo que me ha dicho es verdad.

—Le mostré todos los documentos. ¿Qué más quiere?

—Que un juez me dé una oportunidad de presentar una demanda de divorcio porque esta es una situación anómala, pues el hombre al que juré respeto y obediencia está muerto así que mis votos matrimoniales quedaron extintos... usted ignoraba que su tío había usado su identidad, su firma no está en el acta matrimonial, en ningún lado, así que esta unión que usted reclama como legal no puede ser auténtica. Y por lo tanto no tiene derecho a retenerme aquí.

Él pensó en sus palabras, meditó sobre ellas y le respondió en italiano.

—¿Quiere ir a un juez a pedir la anulación? ¿Realmente quiere que todos se enteren que la señorita Amber Kellington fue seducida y embaucada por un sinvergüenza y arrastrada a una boda falsa? ¿Es que no piensa en el escándalo, la pena que causará a su familia?

No había pensado en eso.

—Ellos no tienen por qué saber—dijo con voz débil.

—Lo sabrán, si busca a sus abogados, si pide ayuda a sus familiares deberá acudir a ellos

y le aseguro que la prensa también se enterará pues será un caso insólito en la corte. Su reina es una dama muy rígida, muy anticuada y ha eliminado el divorcio y la posibilidad de separación, el matrimonio es sagrado para su reina y también debe serlo para sus súbditos.

—Pero este no es un verdadero matrimonio y lo sabe. Fui engañada, estafada.

—Es verdad, también yo lo fui, perdí todo y mi familia quedó en la ruina, sin poder tener siquiera esposa ni dinero para arreglar las goteras de la mansión que heredé. Ninguna dama se fijaría en un hombre pobre que además está casado con una inglesa. ¿Cree que no lo intenté? ¿Que no intenté pedir la anulación antes?

Saber eso la sorprendió. No lo esperaba.

—Ya expuse mi caso en un tribunal de Londres, pero ellos me dijeron que si quiero recuperar mis bienes también deberé aceptar la esposa que mi tío consiguió para mí. ¿Irónico no lo cree? Que mi odiado enemigo, el hombre que causó la ruina de mi familia me dejó en herencia una hermosa esposa. Joven, bella y saludable...

Ese italiano tuvo el descaro de acercarse a ella y mirarla como si fuera una bella hembra lista para aparearse y darle herederos y también momentos de placer, no era tonta, esa mirada lujuriosa fue tan evidente que tembló de miedo y rabia.

—¿Entonces lo intentó y no pudo deshacer esa boda?

—Es verdad. Hablé con mis abogados y le pregunté si podía anular esa boda, porque no me gustaba estar atrapado con una consentida joven inglesa. Pero ellos me aseguraron que nunca lo conseguiría, que a pesar de las extrañas circunstancias el matrimonio es legal y no puede deshacerse, ni yo puedo casarme de nuevo en mi país porque si eso sale a la luz mi matrimonio será falso y mis hijos podrían ser ilegítimos. Usted sería mi heredera, lo es como mi esposa y los tesoros de esta casa también son suyos.

—No me interesa la herencia de mi esposo, de mi falso esposo, si esa boda fue apócrifa también lo es la herencia ¿verdad? Es una cuestión de coherencia.

—Pues eso no fue lo que me dijeron a mí.

—Escuche... comprendo que usted desea recuperar todo lo que su pariente le robó, pero

déjeme fuera de esto, por favor. Si quiere, puedo ayudarlo a encontrar las obras de arte más valiosas, pero usted deberá concederme la anulación. Estoy comprometida con un noble caballero del condado, voy a casarme con él y esto...

—¿Acaso intenta sobornarme?

—Solo soy razonable. No tiene que estar atado a una mujer a la que ni siquiera conoce, puede buscar esposa en su país, estoy segura de que encontrará una dama que quiera casarse con usted luego de que solucione todo este triste asunto.

—Oh vamos, en mi país no encontraría una dama tan fina y hermosa como usted. Ya tengo una esposa ¿por qué querría buscarme otra? Estamos casados, bella dama y la idea me agrada. De haber sabido que era tan hermosa no habría pedido la anulación.

Amber tuvo sus dudas. No creía demasiado en ese hombre.

—Temo que no toma en cuenta mi opinión en todo esto y ciertamente que yo no quiero convertirme en la esposa de un italiano que además es pariente de mi marido muerto. Luego de saber de su engaño, de su traición, ¿cómo espera que lo acepte a usted? No lo haré. Y le advierto que me iré en cuanto pueda hacerlo.

—¿Se irá?

—Es lo que quiero.

—Si lo hace no podrá casarse con su enamorado inglés porque legalmente seguirá siendo mi esposa. Hasta que yo muera y soy muy joven y saludable para que eso pase.

—No espero que muera, quiero presentar una querrela en su contra ante el tribunal de Londres, allí siempre tratan temas delicados y lo hacen con discreción.

—¿Y cómo va a hacerlo? Londres queda muy lejos y usted es mi prisionera ahora.

—¿Su prisionera? Pues eso es un delito y actúa usted como un bandido.

—Pues no cometo ningún delito al haber ido a buscar a mi esposa, ni tampoco al retenerla aquí, aunque usted diga lo contrario. Podría reclamarle mis derechos y obligarla a compartir el lecho si fuera un bandido como dice. ¿Cree que alguien me castigaría si lo hiciera?

Amber se puso pálida.

—No sería capaz de semejante bajeza...

—Es mi derecho como su marido, señora, que sea mía en la intimidad y me dé un heredero, ahora que al fin tengo algo que dejarles a mis hijos.

Ella se apartó espantada.

—No puede hacer eso, por favor...—lo miró suplicante.

Él sostuvo su mirada sin moverse ni un milímetro.

—Podría hacerlo, es mi derecho. Tal vez lo haga para que deje de pensar en pedir la anulación. También piense en el escándalo, lady Amber.

—El escándalo no me importa, no puede confinarme aquí y forzarme a ser su esposa.

—No voy a forzarla, pero usted es mi esposa y puede pedir la anulación si quiere, pero no se la darán.

—¿Y cómo cree que podré pedirla si me ha secuestrado aquí?

Amber sintió que su rabia crecía por momentos y solo quería persuadir a ese hombre de que ese rapto había sido una idea pésima.

—Bueno, en realidad no le ha raptado, solo la traje para conversar con usted lady Amber. Esperaba convencerla de que es mejor que se quede aquí conmigo hasta que pueda vender la casa. Si me ayuda a encontrar lo que busco puede que considere su petición.

Esas últimas palabras encendieron una chispa de esperanza.

—Entonces si encuentra el tesoro que busca usted ¿me dejaría ir?

—Si me ayuda a encontrarlo, lady Amber. ¿Cuento con usted para eso?

Ella aceptó, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Podríamos comenzar ahora por favor? ¿Me podría decir cuáles aposentos visitaba su falso marido con más frecuencia?

Amber trató de recordar.

—Pasaba mucho tiempo en la biblioteca, pero en realidad, los últimos tiempos se lo pasaba acostado por el dolor en los huesos. Podía estar días así.

—¿La biblioteca principal?

—Sí, supongo...

—Porque hay dos, una grande y una pequeña con libros viejos. Ignoro si los coleccionaba mi pariente o eran parte de esta casa.

—No sabía que hubiera dos bibliotecas, pero sí era un coleccionista de viejos manuscritos.

Él la miró con desconfianza.

—No conocía mucho a su esposo, lady Amber.

—En realidad eso lo descubrí después, cuando lo conocí parecía un hombre gentil y bondadoso. Un filántropo... o eso creí.

El italiano sonrió.

—¿De veras? Pues dudo que haya generosidad en la filantropía con dinero ajeno. ¿Entonces nunca sospechó nada de la maldad de ese hombre?

—No.

Amber se negó a hablar con ese extraño sobre sus desavenencias conyugales, no parecía oportuno ni tampoco agradable en esos momentos. Cuanto menos dijera de su esposo mejor, le daría cierta ventaja, o eso creía ella.

—Me parece extraño que una esposa conociera tan mal a su marido.

Ella tragó saliva y lo miró.

—Usted no sabe nada de mí ni de matrimonio. No tiene idea.

—Es verdad, le ruego que me diga. ¿Cómo era su matrimonio? Era realmente feliz.

Amber sintió las mejillas encendidas.

—Mi esposo murió, ¿qué sentido tendría contarle eso? No se debe hablar mal de los muertos, además.

—Se equivoca. Su esposo no murió, lady Amber. Su esposo soy yo.

Ella apretó los labios sin responder. Todavía le costaba entender toda esa historia y creer que ese hombre era realmente su marido.

Pero estaban frente a la biblioteca y eso puso una pausa a su conversación.

Recordaba bien ese lugar, era el santuario donde su esposo pasaba las tardes de lluvia, de frío, esos días grises donde no quería ver a nadie por el dolor en sus huesos, ni siquiera a ella... le gustaba mucho quedarse allí y leer.

Amber notó que el intruso empezaba a curiosear.

—¿Y qué le gustaba leer en realidad? ¿Lo recuerda? —le preguntó.

Ella no lo sabía con exactitud.

—Leía a los norteamericanos, poesía atormentada de William Blake... Y también a los franceses. Pero libros favoritos no sé...

—Aquí hay demasiados libros, pero revisaré—parecía desconforme con su respuesta.

—Bueno, creo que este lugar no parece apropiado para esconder un tesoro, señor Strozzi.

Él la miró.

—No es un tesoro pirata, lady Amber; no espero encontrar cofres rebosantes de joyas ni nada parecido. Solo las joyas que ese bribón le robó a mi madre.

Siguieron buscando y ella miró a su alrededor consternada.

—Si encuentra ese tesoro me dejará ir? —le preguntó.

Él sonrió sin mirarla, absorto en la búsqueda del tesoro.

—Tal vez—murmuró.

Esa respuesta la enervó. Estar en esa casa la crispaba, estar con ese hombre también, la había raptado y ahora no parecía dispuesto a dejarla ir tan pronto, pero si acaso intentaba hacerle daño... pues lo lamentaría.

—Bueno, aquí no está al parecer—dijo él de pronto. —Imagino que mi tío lo habrá escondido en un lugar de difícil acceso.

Abandonaron la biblioteca y notó que el italiano se reunía con un grupo de sirvientes para hablar italiano. Eran cuatro y se veían muy bien vestidos y elegantes para ser simples criados. Les dio un mensaje secreto y luego ellos regresaron a la biblioteca con cierta premura. Fue extraño.

Amber se quedó intrigada sin comprender qué buscaba en realidad ese italiano en la mansión, ¿qué sería más valioso que un cofre rebosante de joyas? Empezaba a tener muchas dudas

sobre la historia que le había contado.

No podía creer que su esposo fuera tan sinvergüenza ni que él tan desinteresado. ¿Y si era un maldito impostor que quería robarse los tesoros de la casa y la necesitaba por eso?

Lo que realmente no le cuadraba era que fuera su marido, pero parecía tan convencido de eso...

Estaba segura que su familia haría algo al respecto.

Pensó en todo lo que le había dicho, esperaba vender esa propiedad y regresar a la Toscana, su hogar.

Pero ella no esperaba seguirle hasta ese país, apenas lo conocía y no quería verse de nuevo engatusada por un italiano.

Aprovechando la luz del sol fue a dar una caminata por los jardines. Lo necesitaba. Estaba muy tensa, no dejaba de sentir que era una prisionera y que ese hombre podía hacerle mucho daño.

—Señora Amber.

Se detuvo en seco al llegar a los jardines, el aire frío soltó unos mechones de su cabello.

Era una de las criadas italianas de la mansión.

Ella la miró molesta.

—Solo quiero dar un paseo por los jardines.

—Por supuesto, la acompaño. Debió avisarme señora.

La joven pensó que era ridículo solicitar escolta para dar un paseo por los jardines, ¿qué podría pasarle?

Pero no tuvo más opción que aceptar su compañía.

Contempló la pradera a lo lejos, esa casa en medio de la nada había sido su hogar de recién casada, y por un tiempo había sido feliz... tragó saliva al pensar en su marido. No podía creer que fuera tan desalmado, jamás lo habría creído... si bien su carácter era difícil y en los últimos tiempos se había vuelto horriblemente celoso... pero eso no significaba que fuera un bandido que se dedicaba a robar dotes...

Apartó esos pensamientos y siguió caminando ligero, necesitaba estirar las estirar las

piernas. No quería estar allí, no quería recordar el pasado, demasiado dolor le había causado, quería olvidar y era injusto que ese hombre la retuviera allí.

Miró alerta alrededor preguntándose si podría escapar de esa casa sin ser vista...

Sabía que era imposible, su vecino más cercano estaba a más de veinte millas. Jamás podría llegar allí a pie, solo le quedaba esperar para conocer los planes de ese bandido. Tal vez la liberara pronto... no le gustaba nada la forma en que la miraba y seguía sus pasos.

Se sonrojó al recordar a ese hombre. Era italiano, tenía el porte elegante de los de su país, ese encanto que le había enamorado de su marido la primera vez que lo vio. Pero tenía que buscar la forma de escapar y volver con su familia cuanto antes, convencerle... debían estar buscándola por todas partes.

Solo que jamás adivinarían dónde estaba ni quién la había secuestrado.

Revelaciones

Evitó su presencia los días siguientes y para no verlo se quedó en su habitación diciendo que estaba algo indispuesta. Mientras oía el movimiento en la casa y espiaba por la ventanilla. El flujo a la mansión era constante, criados robustos recorrían el campo y también entraban y salían de la casa. Pensó que su raptor tenía un buen equipo para rastrear ese tesoro secreto.

Fue entonces que llegaron visitas a la mansión sombría de Lancashire.

Una mañana, mientras desayunaba en sus aposentos como hacía siempre, entró su sirvienta italiana y le avisó que el conde quería hablar con ella.

—Han llegado visitas—le aclaró sin darle más detalles.

Amber se sintió inquieta. No sabía si eso era una buena o una mala noticia para ella, pero guiada por la curiosidad fue al encuentro de los huéspedes.

Cuando llegó al comedor escuchó voces masculinas altisonantes, pensó que discutían por algo y se alarmó.

A la distancia vio que eran dos hombres vestidos con mucha elegancia, uno de ellos tenía bigotes largos y el otro llevaba barba oscura. El italiano parecía ofuscado y entonces la miró y sonrió.

—Ella es mi esposa, lady Amber Strozzi. —dijo.

Amber se acercó y saludó a los presentes y supo que eran abogados.

—Encantado de conocerla, señora condesa.

Ella sonrió y sintió la mirada atenta del italiano.

—Por favor siéntate a mi lado, preciosa—le ordenó.

Tuvo que obedecer, pero le pareció raro que la llamara así.

Los abogados hablaron con el italiano de la casa y las escrituras, le dijeron que todo era suyo ahora que se había superado el malentendido.

Al parecer según entendió Amber, su esposo dejaría firmado un poder para que los abogados vendieran la casa en su ausencia.

Le pareció arriesgado, además, ¿por qué se iría sin vender la casa?

Todo estuvo listo poco después y Amber sintió que la dejaban de lado, en verdad que no entendía por qué la habían llevado allí.

Sintió alivio cuando los caballeros se marcharon. Sin saber por qué estar allí la disgustaba.

—¿Eso significa que se marchará, regresará a su país? —le preguntó entonces Amber con cautela.

Él había estado hablando en secreto con sus sirvientes y uno de ellos sonreía y el otro permanecía muy serio. Un par de conspiradores, eso parecían.

El italiano la miró.

—No me gusta esta casa, parece un mausoleo. Es helada y los parajes así desolados me deprimen. Vivo en el campo de Toscana, Montefioralli. Habrá oído hablar de la bella toscana.

—Un poco... pero nunca he estado allí.

—Lady Amber, ¿qué tiene? ¿Trata de escapar?

Su pregunta y la forma en que la miró la hizo sentirse alarmada.

—¿Me juzgaría por intentarlo?

—Puede hacerlo si gusta, pero no lo conseguirá.

—¿Por qué hace esto? ¿Por qué me retiene aquí? No me diga que es por el tesoro porque no le creo.

Él la miró con una sonrisa.

—Porque es mi esposa, una distinguida y hermosa dama inglesa y es mía, por eso. Pero no soy un bandido, sabe, soy un hombre de honor y principios. Y su padre ha venido a hablar conmigo, también su hermano. Quieren verla y saber que está usted bien.

—Mi padre ha venido.

—Y su hermano.

—Quiero verlos.

—Aguarde, no dije que usted vería a sus familiares.

—¿Cómo se atreve? ¿Por qué? Si habla con mi padre él podría darle dinero, es lo que busca ¿no es así?

Él la miró molesto.

—No, no quiero su dinero, quiero una esposa guapa y educada para llevar a Toscana, lady Amber. No quiero nada más de usted.

Ella se alejó asustada, no podía hablar en serio, lo miró incrédula apretando sus manos, nerviosa.

—Pero dijo que quería encontrar los tesoros...—dijo.

—Bueno, también quería saber en qué lugares había estado su esposo aquí, pero eso ya lo he solucionado. Ya he encontrado lo que tanto buscaba.

Parecía contento con eso y sin embargo la quería a ella, acababa de decírselo.

—Debo ver a mi familia por favor.

Avanzó hacia ella con paso rápido sin dejar de mirarla.

—Ellos no querrán saber nada del escándalo, lady Amber. Que todo esto se sepa.

—¿De qué habla? No comprendo.

—No importa, acompáñeme por favor. No soy un hombre malvado.

Amber lo siguió intrigada, aunque emocionada de poder reunirse con su familia. ¿Cómo la

habían encontrado? No tuvo tiempo de preguntar, solo quería reunirse con sus familiares y pedirles que la llevaran lejos de esa casa. Cuanto antes.

No esperaba encontrar allí a Lawrence su prometido acompañando a su padre y a su hermano Thomas.

Sus ojos la miraron con una extraña expresión.

—Amber... ¿Estáis bien? ¿Por qué...? —preguntó Lawrence.

No podía entender qué pasaba, y fue su hermano quien le contuvo.

—¿Este hombre te raptó?

No pudo hablar, el italiano dio un paso al frente.

—Esta dama es mi esposa, sir Lawrence. Lo siento mucho. lamento que lo ilusionara con una boda.

—Pero su marido había muerto. Ella me lo dijo.

El italiano miró a uno y a otro y dijo con mucha calma que él era el verdadero conde Strozzi y que tenía cómo probarlo.

Entonces aparecieron en escena esos abogados que estuvieron días atrás en la mansión para llevar a cabo la venta de la casa, el italiano los presentó como abogados de mucho prestigio y honor. Los tres explicaron la situación con calma y Amber retrocedió espantada. No podía creerlo. Estaba arruinando por completo su posibilidad de escapar y volver a casa, ese hombre estaba convenciendo a su familia de que si era legalmente su marido: ella debía quedarse a su lado.

—Esto es muy irregular —dijo su padre al fin mientras su hermano no dejaba de hacer preguntas, desconfiando profundamente de toda esa historia.

—¿Entonces mi hermana fue embaucada por un caza fortunas? ¿Y usted se jacta de ser su pariente? ¿Cómo sabemos que no es como él y busca beneficiarse de su herencia?

Esa suposición ofendió al italiano.

—También he sido estafado por mi pariente, despojó a mi madre de su herencia y nos dejó en la ruina. Mi abogado italiano se lo explicará y lo entenderán.

Luego de escuchar lo que el abogado italiano tenía que decir; Amber ignoraba que uno de los abogados fuera italiano, todos se miraron desconcertados y el malestar fue general.

—No lo puedo creer, todo esto es extraordinario. Mi pobre hija. ¿Entonces es su esposa ahora?

Su padre se acercó a ella viviblemente afectado por todo eso, pero comprendiendo la gravedad de la situación pues los abogados de Londres explicaron con presteza que ese matrimonio era válido a pesar de todo por la sencilla razón de que no podía deshacerse luego de que el legítimo conde Strozzi se presentó en Lancashire a reclamar su herencia y también a su esposa.

Su hermano tuvo dudas con respecto a eso.

Pero su padre lo entendió de inmediato.

—El matrimonio no puede deshacerse. No puede anularse. Pues durante años lady Amber vivió aquí junto a su marido que usurpó una identidad, pero eso no le quita validez al asunto. Porque ahora que se ha comprobado todo esto y me consta que mi cliente lleva meses reclamando lo que es suyo y ha demostrado ante un juez que es quien dice ser... la dama inglesa le pertenece.

Las palabras que usó el abogado italiano la crisparon, él estaba del lado del conde por supuesto y los otros caballeros también, pero su hermano dijo que esa boda era un disparate y nadie podía esperar que fuera realmente legal.

—Este caballero se llevó a mi hermana a la fuerza, abogado, se comportó como un bandido y luego nos escribió para avisarnos que la tenía y que era su esposa. Su proceder deja mucho que desear, ¿por qué no vino a nosotros y nos dijo lo que pasaba?

—Es su esposa, le pertenece y no pueden llevarla de su lado o cometerían un grave delito —respondió el abogado.

Él sostuvo la mirada de todos y se mostró muy sereno, imperturbable y a pesar de las protestas de su hermano y de su prometido, nada pudo hacerse.

—Quise decirles caballeros, que su hermana estaba a salvo, lamento haber tenido que raptarla, pero sabía que nadie querría entregarme a mi esposa. Ella se había prometido con otro

hombre y eso lo hacía más complicado—dijo de pronto el italiano.

Así explicó su rapto y luego sus abogados diciendo que su cliente tenía derechos sobre ella.

Lawrence intervino.

—Nadie ha preguntado a la señorita Amber qué piensa de todo esto, nadie ha tomado en cuenta su parecer, sus sentimientos. Ella ha sido raptada y retenida aquí contra su voluntad y eso es un delito—declaró.

Amber se emocionó ante sus palabras. Su hermano y su padre la miraron esperando que hablara, pero el italiano intervino.

—No le he hecho ningún daño a la señora Amber, ella puede dar fe de eso.

Ella miró a uno y a otro y dijo:

—No quiero estar aquí, este hombre me retiene contra mi voluntad. Quiero volver a casa, por favor. Debe haber algo que pueda hacerse para deshacer esta boda.

El italiano quedó tieso y sus familiares se le acercaron compadeciéndola y solo Lawrence habló.

—Amber...—pronunció su nombre y ella se emocionó, no pudo evitarlo. Durante meses había vivido un romance con la esperanza de dejar atrás su triste historia de amor, su pasado y su deseo intenso de escapar a la tristeza.

—Por favor, déjeme hablar con mi prometida a solas.

—Tú prometida es mi esposa.

Lawrence miró al italiano iracundo, pero al final aceptó que hablaran a solas.

Ella estaba demasiado asustada y triste para hablar, para protestar, pero sentía que estaba al borde del colapso. Sus nervios estaban a punto de estallar y cuando finalmente pudo estar a solas con su antiguo prometido se apartó sin saber qué decir. ¿Qué sentido tenía insistir, pedirle que la rescatara del italiano?

—Señorita Amber, no tiene por qué tolerar esto. Ese hombre actuó como un bandido y usted no es su esposa y lo sabe. Todo esto parece una vil artimaña de un estafador.

Ella lo miró y trató de sonreír y mostrarse animada pero no lo consiguió. Más que nunca entendía la gravedad de la situación.

—Lawrence... lo siento mucho, todo esto, pero no veo una salida. Él no puede retenerme aquí eso es lo que pienso y sin embargo sí puede hacerlo porque soy su esposa. Legalmente lo soy, pero eso no es suficiente para mí. quiero volver a casa y se lo pediré a mi familia ahora, pero si lo hiciera... tú no podrías casarte conmigo.

Él la miró con fijeza.

—Amber... qué importa el que dirán? Déjame ayudarte, por favor. Yo te amo, Amber, te amo y no me importa que estés unida legalmente a ese hombre y creo que debes luchar y buscar la forma de deshacer ese vil compromiso. No pueden retenerla, señorita, forzarla a un matrimonio al que usted nunca dio su consentimiento.

—Sí puede, pero pediré ayuda a mi familia, pero no puedo esperar su ayuda ahora sir Lawrence. Nuestro compromiso debe deshacerse. No podría tolerar verle involucrado en este asunto. Piense en su familia, en sus padres, son personas honorables y si se enteran de esto les causarían mucho dolor y vergüenza. ¿Cree que sería tan egoísta de permitir que me salvara a costa de causarles ese deshonor?

Pero su antiguo prometido la amaba y dijo que no le importaba.

—Buscaré una salida, por favor, no se deje asustar por ese italiano del que nadie oyó hablar jamás. ¿Quién puede tener la certeza de que es el verdadero conde Strozzi? Puede ser un hábil rufián impostor. ¿Es que no se da cuenta? Ha visto su oportunidad de tener una esposa dulce y hermosa, una dama como usted y la herencia de su esposo muerto y pretende adueñarse de todo. Su proceder además no es el de un caballero, un caballero habría buscado la forma de acercarse a usted y decirle la verdad en vez de raptarla como un bandido.

—Tiene razón, también tengo mis dudas de todo esto y no entiendo por qué me retiene aquí, por qué hizo todo esto, pero debo confiar en que mi padre y mi hermano me ayudarán.

—Señorita Amber, no se engañe. Ese italiano la tiene cautiva en esta casa, ¿cree que permitirá que se marche con su familia sin más?

—Lo hará si ellos lo exigen. Por una orden de un juez seguramente.

—Y espera conseguir esa orden? Señorita, ese hombre no permitirá que usted se marche, la quiere a usted, por entero. Y me pregunto qué juez le daría permiso para marcharse cuando él ha dejado muy claro que es legalmente su marido y no tiene intención de dejarla ir. Solo podrá abandonar esta casa huyendo. Escapándose. No espere poder hacerlo de forma tranquila. en realidad, nos convocó para comunicarnos sus planes. Y temo que en esta ocasión de nada le servirá ser razonable o educada, señorita, ni tampoco considerada.

Amber sabía que su enamorado tenía razón, y sintió pena por su obstinación, por desear su liberación a cualquier precio. Y en un arranque le dijo que no le importaba si su matrimonio no era legal.

—Lucharía por usted, hasta el fin, señorita Amber. Si me lo permite. Lo haría por usted y sintiéndome honrado de que confiara en mí. por favor.

Amber se emocionó con sus palabras y recordó por qué había querido ese hombre fuera su marido, era tan bueno y la amaba tanto... más de lo que ella merecía, aunque eso no era justo, ella no había hecho nada para no merecer su amor, pero entonces se dijo que no podía ser tan egoísta de aferrarse a ese amor para salvarse y escapar del italiano. Debía haber otra forma, otra forma que no lastimara a nadie...

—Te lo agradezco Lawrence, de veras, pero debo hablar con mi padre, él no me dejará sola en esta desesperada situación, no lo creo.

—Y crees que tu padre y tu hermano aceptarán llevarte ahora cuando ese hombre los ha amenazado con ir a la policía si lo hacen?

—Debo intentarlo, por favor. No hay otra salida.

Él se le acercó y la miró con desesperación.

—Señorita Amber...por favor, si acaso siente algo por mí, se lo ruego...

Ella se apartó, rechazó su gesto de querer besarla, no era correcto y sabía que no podía ser. Le parecía un egoísmo aferrarse a Lawrence, pedirle que sacrificara todo por su amor.

—No es eso, por favor intenta comprender. No quiero llenar a su familia de rabia y

vergüenza.

—Eso no pasaría, se lo juro.

—Pero debo ver la realidad, ya no soy una mujer libre, estoy casada con ese hombre y eso debe resolverse y no será sencillo.

—Necesitaré mi ayuda.

—Y la aceptaría, pero si lo hago sería muy egoísta.

Era una guerra que ella no estaba segura de ganar contra ese hombre, pero ahora al menos no estaba sola para pelear por su libertad: contaba con su familia. Tenía que hablar con ellos.

Lawrence no dijo nada más, debía respetar su decisión, pero al abandonar el recinto el conde italiano aguardaba, expectante y furioso en parte como si hubiera estado escuchando la conversación.

Amber lo miró disgustada y siguió de largo. Tenía que hablar con su padre.

No esperaba que él la siguiera como una sombra, al punto que tuvo que detenerse y amonestarle.

—Debo hablar con mi padre.

Él le sonrió de forma inesperada.

—Está bien, como digas, preciosa.

No le gustaba la forma en que la miraba ni en que la llamaba preciosa, de buena gana habría echado a correr luego de decirle un par de cosas.

Amber se encaminó hacia sus familiares esperanzada pero tensa, su conversación con Lawrence la había afectado mucho más de lo que pensaba, pero sabía que su familia era su única esperanza y se acercó a su padre para hablarle, pero notó que estaba hablando muy seriamente con uno de los abogados de la mansión y tembló.

Tuvo que esperar e impaciente se acercó a su hermano para hablarle.

Él la miró consternado, había estado muy molesto durante esa reunión y ahora se veía decaído.

No era lo que esperaba y cuando se le acercó tuvo un mal presentimiento.

—Amber... ¿ese hombre te ha hecho daño? —quiso saber.

Ella lo negó.

Thomas tragó saliva y la miró.

—Esto no es justo para ti, deberías poder escapar.

—No puedo hacerlo. me ha mantenido cautiva y dice que soy su esposa y no puedo abandonarle. No me concederá la anulación, debes ayudarme.

—Y lo haremos, nuestro padre conoce a varios jueces, presentaremos una demanda contra ese bandido, pero tú deberás regresar con nosotros, sería lo más deseable.

—Es lo único que deseo, por favor, dile a nuestro padre.

—Lo intentaré, pero no será fácil... todo esto, pensamos que era un rapto, nuestro padre estaba decidido a denunciar a ese bandido.

Su padre entró entonces y traía mal semblante.

—Padre, ¿qué sucede? ¿Por qué me miras así?

—Amber, debo hablar contigo.

Ella imaginó lo que iba a decirle, pero no esperaba que le dijera eso.

—No puedo llevarte a casa, si lo hago iría a buscarte con la autoridad. Ese hombre es legalmente tu marido y aunque esa boda fue celebrada de forma extraña... He consultado con mi abogado hace un momento, le he pedido que me acompañara luego de que ese caballero viniera a visitarme.

Amber no podía creerlo. ¿Entonces su falso marido fue a visitar a su padre?

—No comprendo... ¿Dices que el italiano fue a verte?

—Así es... lo hizo y yo acudí a mi abogado. Por desgracia no tengo buenas noticias, Amber. Solo él puede solicitar la anulación y decir que nunca dio su consentimiento para esa boda, y aducir que fue su tío quién lo hizo. Pero si él no lo solicita, si él no dice la verdad ante un juez, nadie te creerá.

Amber sintió que su corazón latía acelerado.

—Pero él dijo que solicitó el divorcio y se lo negaron cuando se enteró de todo esto.

—¿Lo hizo? Pues yo lo dudo, hija mía. No tiene ninguna intención de liberarte, aunque te haya raptado como un bandido, ese conde italiano no es más que un hombre pobre y sin modales que ha visto su oportunidad de tener a su lado una esposa bella y distinguida.

—Pero eso no es justo, padre, él no puede hacerme esto.

—Ese hombre es un oportunista y por supuesto que no tiene derecho, pero no podemos detenerle. Amber... lo que tengo que decirte no es sencillo para mí y en verdad que solo puedes huir de ese hombre y esconderte—su padre bajó la voz—para que nunca os encuentre, hija. Y eso no será sencillo, parece casi imposible porque si acepto que vengáis con nosotros ahora, si acepto ayudarte, puedo tener que responder ante al alguacil si ese hombre viene a buscarte o descubre que fui yo quien os ayudó a escapar.

—¿Qué? ¿Entonces no puedo irme? Oh padre, no puede ser.

Amber comprendió que estaba perdida. Ese hombre la había atrapado y la ley le respaldaría siempre, porque en esa tierra una esposa era propiedad de un hombre y si ella lo abandonaba era mal mirada cuando no recibía una paliza de su marido y la obligaba a regresar. Sabía que su padre no mentía, y por más que protestó rabió y lloró supo que si le pedía eso a sus familiares los metería en un problema.

Peor que eso...

—Ese hombre es ladino, Amber, me ha dicho que si te ayudo a escapar todos sabrán de tu falsa boda con un seductor y eso sería el peor escándalo. He venido aquí con la mejor de las intenciones. Traté de solucionarlo, hasta le ofrecí dinero...—admitió su padre algo avergonzado

Amber sintió que la rabia recorría su rostro y el resto del cuerpo.

—Padre, ¿le has ofrecido dinero?

— Pero no lo pude convencer. Se mostró obstinado y me hizo la promesa de que será un buen marido con vos.

—¿Un buen marido? Ese hombre miente padre, me trajo aquí con la excusa de que lo ayudara a encontrar un tesoro escondido en esta casa y no ha podido encontrar nada. Dijo que si lo encontraba me dejaría ir, pero al parecer ahora no tiene intención de hacerlo. ¿Y por qué no

podría solicitar el divorcio? Si esta boda nunca fue celebrada, jamás me casé con este hombre. No es mi marido en realidad.

—Pero lo es, por desgracia. Tu esposo suplantó su identidad y legalmente le perteneces Amber y si acaso intentas deshacer esa boda, si logras huir de él y pedir el divorcio él escándalo será mayúsculo.

—¿Y qué quieres que haga, padre?

—No es sencillo para ti, lo sé.

—No. No lo sabes.

—¿Acaso ese hombre te hizo daño?

—No... Pero me mantuvo encerrada, secuestrada ¿y ahora espera que sea su esposa? No es mi marido, nunca lo vi en mi vida y no es más que un extraño para mí.

—Lo sé, pero debes saber a lo que te expondrás si te enfrentas a él, Amber.

No era solo ella y lo sabía. De pronto pensó que su familia volvería a sufrir las consecuencias de ese escándalo. Desesperada se alejó y miró a su alrededor.

—Si es tu decisión la respetaré hija, pero entiende que ahora no podré llevaros con nosotros. Sin embargo, quiero que sepas que vigilaré de cerca a ese hombre y por eso nos mudaremos cerca de vuestra casa. Regresaremos a Lake distrit.

—Pero habíais vendido la casa.

—No fue así, solo la mantuve en arriendo. Quiero que sepas que estaremos aquí cerca y buscaremos la manera de solucionar esto. Todavía no lo hemos logrado, pero... hija mía, debes tener fe.

¿Fe? Acababan de dejarla librada a su suerte prácticamente, su última esperanza de ser rescatada se esfumaba por completo y ella que había rechazado la ayuda de Lawrence...

No podía creer su mala suerte. Pero debió imaginar que ese hombre había hecho todo para enredarla, claro, en su país no debía tener ninguna mujer decente y de familia para casarse.

—Padre, ¿dices que si él lo solicita podría tener la anulación?

Amber no se rendía, todavía no.

Su padre la miró muy serio.

—Es verdad. Pero por desgracia no tiene intenciones de hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho, Amber.

Ella dejó escapar una maldición y su padre la miró horrorizado, pero luego se tranquilizó, era de esperar que actuara así. Estaba furiosa y desesperada.

—Padre por favor, debéis ayudarme, llevadme con vos.

Él la miró alicaído.

—No puedo hacerlo, me ha hecho jurar que os convenceré porque si lo abandonáis, si acaso intentáis abandonarle él dirá a todos lo que pasó. Vuestra fuga y seducción.

Amber se quedó muda de estupor.

—Eso no puede ser, no puede ser verdad, no lo hará.

—Ese fue el trato hija mía.

—Cuál trato?

—Dijo que callará sobre este escándalo. Lo hará si tú aceptas ser su esposa. Pero no temáis, estaremos cerca y me ha dado su promesa de caballero que os respetará y cuidará siempre.

Ella lo negó y tuvo ganas de gritar, de llorar, pero su orgullo se lo impidió.

—No veo forma de escapar de esto hija, a menos que huyáis de él, pero si lo hacéis os buscará y nunca tendréis paz. Es terrible lo sé, pero ahora sois su esposa.

Thomas entró entonces en la habitación y tomó la palabra como si hubiera escuchado todo.

—Padre debe haber algo que se pueda hacer, esto es inmoral, Amber no es su esposa.

Nunca se casó con ese hombre.

Su padre lo miró alicaído y trató de calmar los ánimos.

Todo fue en vano, su pedido de ayuda, la intervención de su hermano, al final solo quedaba regresar con su falso marido porque si no lo hacía el escándalo arruinaría a su familia y sabía que nada podía ser peor que eso.

Tembló de rabia y frustración cuando se despidió de su familia y regresó a la sala junto al

italiano. No lo podía creer, le había hecho una jugada sucia y traidora. Habló con su padre y le dijo que ella debía ser su esposa o se sabría que había huido con un seductor de mujeres.

—¿Cómo pudo? —le dijo furiosa.

Él le sonrió levemente y se quedó dónde estaba con gesto atrevido y desafiante.

—¿De qué habla? —preguntó.

—Sabe bien de lo que hablo, amenazó a mi padre, tuvo el descaro de amenazarlo con un escándalo si yo no me convertía en su esposa.

—Ah sí, eso... bueno pero no debe preocuparse. Hemos llegado a un acuerdo, mi silencio a cambio de su rendición.

Los ojos de Amber se abrieron desmesurados.

—¿Mi rendición? —farfulló. —¿Cree que tendrá mi rendición?

Él sonrió.

—Por supuesto que sí, es mi mujer y es tiempo de que se comporte como tal o quiere que todos sepan que se fugó con un seductor de mujeres?

Amber sintió que la rabia la consumía, pero también el miedo. No quería pensar en el escándalo.

—Y espera convencerme con amenazas para que me convierta en su esposa?

—Signora inglesa, usted ya es mi esposa, le guste o no. Pero debe entender que es mía y no puede marcharse como planea, tendrá que quedarse.

—Pues no me quedaré, está loco, me iré en cuanto pueda hacerlo.

—No, no se irá, si lo hace enviaré una carta al periódico más importante de Londres y le contaré toda la sórdida historia de mi tío y la forma en que una señorita guapa e inocente cayó en sus garras. A las comadres les gustará enterarse que su boda en realidad no fue más que una fachada.

Amber sintió que la rabia daba paso al dolor.

—Usted planeó todo esto?

Él sonrió.

—No... pero tuve que hacerlo, necesito una esposa guapa y fina como usted.

Amber apretó los labios furiosa.

—Una esposa como yo?

—No tema, prometo ser un buen esposo.

Su mirada cambió, se volvió intensa como una suave caricia. Amber se sintió incapaz de sostener su mirada.

—No puede esperar que ceda a sus deseos y me convierta en su esposa luego de lo que hizo. Su proceder dice a las claras que usted no es un caballero.

—Se equivoca, soy todo un caballero, todavía no le he reclamado mis derechos. ¿Podría ser más ruin no cree? En vez de dejarla dormir sola en su habitación.

Amber se apartó aterrada.

—No se atreva a tocarme, señor Rodolfo.

—¿Y si decidiera hacerlo qué podría hacer usted? No es más que una pobre dama remilgada e indefensa.

Amber se quedó tiesa, demasiado enfadada para obedecerle.

—Usted no es mi esposo—le gritó. —Sabe que no lo es.

—Es verdad, pero lo soy desde el punto de vista legal y eso es lo más importante ahora. Nuestro matrimonio no puede deshacerse. ¿Lo olvida?

—Usted no desea que eso pase, al parecer. Desea tener a su lado a una mujer a la que ni siquiera conoce.

Él la miró con fijeza.

—Ese es un desafío para mí, preciosa. Lo es.

—¿Un desafío? Usted solo quiere llevarse la herencia mal habida de mi marido muerto a su país.

Esas duras palabras ofendieron al italiano.

—Es solo una parte de lo que ese hombre robó a mi familia, usted no entiende, no es más que una niña mimada nacida en cuna de oro. ¿Qué sabe usted lo que es pasar hambre y

estrecheces?

Estaba enfrentados y la rabia iba en aumento.

—Pues no, no lo sé y por esa razón, puesto que soy una malcriada nacida en cuna de oro es que le pido que me deje volver con mi familia.

—No tengo en mente hacerlo, si así hubiera sido mi intención la habría dejado irse con su familia o con su enamorado inglés.

—Oh vamos, puede deshacer esa boda, pudo hacerlo, ¿para qué me quiere a su lado si piensa que soy una joven frívola y mimada?

Él la miró con una sonrisa sin responderle. No iba a decirle por supuesto, no lo haría. Prefería mantenerla en vilo y furiosa.

—Acéptelo señorita, está atada a mí y no permitiré que se escape. Será mejor que se haga a la idea y busque sacar provecho.

—No veo ventaja alguna en ser su esposa, al contrario.

Esas palabras lo sorprendieron.

—¿Eso piensa?

—Sí, lo creo.

—Pues no debería hablarme así, me debe respeto. Soy su marido ahora, señora. Que no se le olvide. Y deje de comportarse como una niña mimada ofendida. Pensé que las damas inglesas eran más educadas y trataban mejor a sus esposos.

Ese hombre se estaba burlando de ella por supuesto quería enfurecerla.

—Nunca seré su esposa, señor Strozzi, jamás.

Él enarcó una ceja.

—Pero lo soy de todas formas y es tiempo de que lo entienda y de que se comporte como una esposa. —dijo y se le acercó demasiado—Tengo derechos sobre usted y podría exigirle que comparta mi cama, señora.

—¿Qué? —su voz fue como un quejido salvaje en esos momentos, estaba demasiado aturdida y asustada para entender.

—Sí, podría hacerlo y lo haré cuando llegue el momento. Si me hace enfurecer tal vez se lo exija antes.

Amber se quedó tiesa.

Era un maldito y tembló de solo pensar en que ese hombre podría tocarla.

Se apartó temblando pues tenerle allí cerca era demasiado perturbador.

Se alejó de él todo lo que pudo, pero el italiano estaba furioso y la atrapó cuando quiso abandonar el comedor.

—¿A dónde va?

—Suélteme, ¿qué hace?

—No se irá sin escuchar lo que tengo que decirle, señora. Respéteme primero porque soy su esposo y no intente abandonarme o juro que vivirá encerrada el resto de su vida. ¿Ha comprendido?

Amber no se movió, pero al verse a merced de ese bandido asintió.

—Dígalo por favor, bella dama, quiero oírlo de sus labios.

Ella tragó saliva y lo miró.

—Sí... lo entendí. Pero no espere que me rinda jamás señor Strozzi. Lucharé por recuperar mi libertad.

—No la tendrás mientras yo esté vivo, princesa.

—¿Por qué? Ni siquiera siente algo por mí, no soy más que una mujer que quiere huir de usted en realidad.

—Pero es mía como cada adorno bello que hay en esta casa. Por eso.

Estaba loco, no podía entender tanta obstinación y tanta maldad. Pero no dijo nada y entonces él la liberó.

—Trate de comprender lo que le dije, señora. Ahora vuelva a su habitación y quédese allí hasta que yo la autorice a salir de nuevo para la cena.

La trataba como un bandido, como si ella fuera su esclava o su prisionera. ¿Cómo se atrevía?

Pero no tenía más opción que obedecer y lo hizo, mas al llegar a su habitación pensó que por más que intentara escapar no tendría a donde ir.

Derramó amargas lágrimas esa noche cuando se fue a dormir al recordar esa conversación con su padre. Si huía a su casa el italiano la iría a buscar con la policía.

Ahora comprendía su error, debió aceptar la ayuda de Lawrence... ¿Por qué tuvo que tener tantos principios y negarse? Debió aceptar su ayuda y escapar de ese hombre como fuera, si estaba decidida a casarse con él.

Los días siguientes estuvo encerrada como una prisionera, solo vio al italiano durante la cena pues había tomado la costumbre de invitarla no solo a ella sino a ese grupo de sirvientes que había llevado de su tierra.

Era bastante raro e inverosímil pero no podía declinar la invitación, así que aceptó participar.

Lo más extraño de todo era los modales exquisitos de los invitados, que no eran más que criados y, sin embargo, no solo sabían usar los cubiertos y comer y actuar como grandes señores, sino que además hablaban con mucha confianza con su señor, como si le conocieran de toda la vida y tuvieran amistad...

A ella le pareció muy inesperado y extraño.

Su falso marido la observaba a la distancia. Y en un momento la miró porque ella era perfectamente capaz de entender la conversación.

—Pronto regresaremos a nuestra tierra—había dicho su esposo de repente.

Sus criados sonrieron con aire conspirador.

Amber fue muy prudente al no decir palabra, era preferible que no supieran que lo había entendido todo.

—Ese tesoro aparecerá, lo presiento y entonces... nos largaremos de esta jodida tumba.

¿Jodida tumba? ¿Así la llamaban a Creeping hall?

Tragó saliva y ya no quiso oír más. Tenía que escapar de esa casa, si ellos querían largarse

cuanto antes entonces tal vez podría esconderse, hasta que ellos se desesperaran y se largaran con el tesoro. Pero debía actuar con cautela. Nadie debía saber lo que planeaba. Era su plan más osado.

Se había sentido muy abatida esos días y ciertamente que aceptaba cenar con ese hombre porque lo prefería al encierro, y ahora de repente tenía esperanzas de escapar, conocía bien la mansión, sin embargo, debía ser muy cauta, nadie debía sospechar sus planes o todo se arruinaría.

Días después, Amber despertó escuchando gritos, gritos y ruidos en toda la casa. Algo pasaba y se asustó y al comprender que estaba sola tiró del cordel para llamar a su doncella mientras se vestía con prisa.

Mary llegó poco después muy sonriente.

—¿Qué sucede? He oído unos gritos que me despertaron.

—Oh eso, es que han encontrado el tesoro, señora.

—¿El tesoro?

La doncella le sonrió.

—El tesoro que ese bandido le robó al conde Rodolfo, lady Amber. Al parecer estaba en un pasadizo escondido debajo de la casa, un sótano que nadie usaba porque pensaban que allí había ratas. Era el último lugar que quedaba por buscar al parecer.

Entonces había aparecido aquello que buscaba con tanto anhelo, el tesoro y a juzgar por los gritos de algarabía era justamente lo que tanto esperado.

Una respuesta a sus suplicas, un golpe de suerte que debía aprovechar.

En cuanto estuvieran distraídos con el tesoro... quizás ahora.

Miró a su alrededor nerviosa.

Mientras daba vueltas en la habitación sin saber qué hacer apareció su doncella.

—Señora su esposo quiere verla.

—Iré enseguida...

Amber fue nerviosa a reunirse con el italiano.

Lo vio conversando con los criados, pero luego los vio alejarse cantando. Siempre lo hacían, era una costumbre de su país.

Entonces vio los cofres estaban cerrados y supuso que contenían joyas y monedas de oro.

—¿Un tesoro de piratas?

Él sonrió cuando le dijo eso.

—No exactamente, pero al menos podré recuperar parte de lo que ese bandido me robó.

—¿Le robó todo ese botín? —preguntó ella desconfiada.

—Hace años, señora Amber, es una larga historia que un día le contaré. Ahora debo advertirle que se prepare pues partiremos mañana a primera hora.

—¿Mañana? —dijo y su voz se quebró, no lo pudo evitar—¿Pero a dónde irá usted?

—Regreso a mi tierra señora, a Montefioralli. Y usted vendrá conmigo.

—¿Pero por qué? Ya tiene su tesoro. No me necesita.

Sus palabras no le causaron ni pizca de gracia. La miró con fijeza sin ocultar su sorpresa y alarma.

—¿Por qué dice eso?

—Es la verdad...

—¿La verdad para quién? ¿Cree que la rapté por el tesoro? Iba a encontrarlo de todas formas.

—No lo entiendo. ¿Por qué querría llevarme a su país? Tal vez a sus parientes no le agrade que lleve a una esposa extranjera.

Él enarcó una ceja sorprendido.

—En verdad que eso no me preocupa en absoluto. Solo que creo que tendrá que adaptarse a una vida nueva. Pero le gustará Toscana, estoy seguro.

No iría a Toscana.

—Eso queda muy lejos, mi familia está aquí. Por favor. No sea tan cruel de llevarme al último confín del mundo.

Esas expresiones ofendieron al italiano.

—¿Eso piensa de mi país?

Amber sintió tanta rabia y desesperación entonces.

—No entiendo por qué tiene que arrastrarme con usted, no creo que podamos entendernos un día, somos muy distintos usted y yo.

—Es verdad, pero usted me gusta, bella señora, me gusta mucho por eso soporto todos sus berrinches e impertinencias. Es una mujer muy hermosa, señora.

Ella se sonrojó nerviosa, no esperaba que le dijera eso en esos momentos.

—Solo porque le agrado... eso no es razón suficiente para raptarme de casa de mi prometido.

—Y porque era mi esposa, eso ya lo sabe.

Amber se sintió horriblemente mal.

—No es justo. No puede llevarme tan lejos, mi padre, mi hermano... no podré verles nunca.

—Tranquila. No diga eso, sí los verá, la traeré de paseo algunas veces. Debo regresar para solucionar la venta de esta finca, y las otras propiedades de mi tío—dijo muy calmado.

Amber pensó con rapidez.

—Esos tesoros. Podrían despertar la codicia de sus sirvientes, confía demasiado en ellos, es usted algo ingenuo señor. ¿Es que no teme que ocurra una desgracia?

—¿Acaso se preocupa por mí? Qué conmovedor, señora. Se preocupa como una buena esposa.

—No se burle, hablo en serio.

—No tema por mí, señora, todo saldrá bien. Venga... quiero obsequiarle algo muy especial.

Y cuando menos lo esperaba le ofreció una caja pequeña mirándola con intensidad.

—Es para usted.

Ella tomó le presente ruborizada, y al abrir la cajita vio un anillo con diamantes.

—Es muy costoso—balbuceó—no puedo aceptarlo.

—Pero si es mi esposa. Por favor. Debe llevar un anillo de bodas que sea apropiado.

Amber no pensaba llevar ese anillo, pero él insistió.

Y esa noche durante la cena decidió lucirlo junto a un vestido color celeste claro, sabía que ese color resaltaba su tez...

Su mirada al entrar era reveladora, la miraba con creciente deseo y parecía deslumbrado. Esa mirada la asustó y procuró evitarla durante la cena, pero le fue imposible pues estaban a solas en el gran comedor.

—Se ve muy hermosa, señora Amber—le dijo.

Amber sintió miedo de repente, ese hombre la asustaba y tenía que escapar y nerviosa apenas probó bocado y bebió más de la cuenta.

Él le sonrió sin perderla de vista.

—¿Qué hará ahora que tiene el tesoro que buscaba? —le preguntó de pronto.

Él sonrió mirándola a través de la copa que sostenía en su mano derecha.

—Reclamar la otra parte del botín, preciosa, usted...

Ella lo miró sonrojada sintiéndose con el corazón acelerado.

—No seré suya—dijo con firmeza.

—Yo creo que sí.

—No se atreva...

Amber abandonó su silla mareada y asustada a la vez.

Él sonrió a la distancia.

—Lleva mucho tiempo resistiéndose—le advirtió—llevo días enteros aquí observando a mi hermosa esposa con piel de porcelana, tan bella y delicada sin poder tocarla.

Ella se sonrojó al sentir su mirada.

—Nunca seré suya—murmuró furiosa.

—Es usted una dama desafiante pero no crea que podrá escapar de mí esta noche. Llevo tiempo aguardando este momento como un cachorro hambriento.

No pudo escapar, quiso hacerlo, pero él fue rápido y la atrapó. Amber tembló de rabia y

sorpresa al sentir sus labios pegados a los suyos y esa boca desesperada unida a la suya mientras sus brazos la jalaban con fuerza y le daban un abrazo.

Ella se resistió, pero era un hombre fuerte a pesar de ser tan delgado y sabía que de querer exigirle sus derechos no habría podido impedirselo. ¿Pero lo haría? ¿La tomaría como un bandido?

No quiso quedarse a averiguarlo y como una gata montesa se resistió y lo apartó, pero solo logró quedarse más atrapada que antes.

—Cálmese señora, no le haré daño, pero usted tendrá que complacerme esta noche o juro que mañana a primera hora contaré toda esta historia insólita de cómo terminé unido a usted.

Amber sintió su corazón latir acelerado mientras sus labios le ardían por ese beso.

—No seré suya jamás, moriré antes de soportar que me toque.

Sus palabras eran un desafío y un insulto a su orgullo, pudo tener más tacto, pero en esos momentos estaba desesperada.

El italiano la liberó entonces como si lo hubieran golpeado duro y ella que se retorció como pájaro de un lado a otro casi cayó al piso al verse libre de ese bandido y dándole la espalda se sujetó a una silla y se alejó rápido. Muy rápido.

Corrió sin detenerse hasta llegar a su habitación agradeciendo que su doncella hubiera dejado una vela encendida y el fuego del brasero. Tembló al recordar ese beso y su olor, ese olor que había sentido la primera vez que lo vio como si fuera una especie de perfume fundido en esa casa y en sus ropas. La había besado y apretado como un salvaje, lo había hecho mientras se resistía como gata montesa y luchaba contra algo que había permanecido dormido desde hacía tiempo.

De pronto sintió pasos acercarse y asustada vio que él la había seguido a la distancia y entraba en su habitación sin pedir permiso.

—No se atreva... si da un paso más, gritaré. —le advirtió.

Él siguió caminando despacio hacia ella.

—Grite si lo desea, pero esta noche se convertirá en mi mujer.

Amber vio con horror que cerraba la puerta y echaba los cerrojos.

—Grite si quiere, no me importa. Pero no permitiré que vuelva a desafiarme y a huir de mí. ¿Cree que quiero una esposa para presumir ante mis parientes y amigos como lo haría un tonto inglés?

Ella se alejó, pero no pudo ir muy lejos, ese hombre la miraba con un deseo ardiente y sofocado, todo ese tiempo no había dejado de mirarla con deseo, la quería a ella como su esposa y la tendría quisiera o no...

—Se lo advierto... gritaré si me hace daño—murmuró cada vez más nerviosa y excitada. No sabía qué le pasaba, tal vez fue el vino, pero cuando él se le acercó y la abrazó se estremeció.

—Grite si lo desee, pero nadie vendrá a rescatarla, es mi esposa y me pertenece y es tiempo de que lo entienda—dijo y sus ojos azules sonrieron antes de tomar su rostro y besarla una y otra vez.

Amber se resistió y quiso gritar, pero ningún sonido salió de sus labios, no quería que nadie supiera lo que estaba pasando en esa habitación, era su lucha, su combate y le gustaba pelear con ese italiano y hacerle sentir que no estaba dispuesta a rendirse tan pronto.

Hasta que sus besos comenzaron a convertir la rabia en deseo, un deseo tan feroz del que no pudo tener ningún control. Besos y caricias y su vestido cayó al suelo mucho después, cuando dejó de resistirse y él supo que había ganado terreno y sus besos se hicieron más ardientes y desesperados.

Amber sintió que ardía como en el infierno. Besaba tan bien y sabía cómo encender su fuego, sabía cómo arrastrarla a la perdición, maldito encanto de los italianos....

Sintió que sucumbía y solo quería que la abrazara y la hiciera suya.

Pero él no tenía ninguna prisa y estaba algo agitado por el feroz combate, la lucha garrafal que tuvo lugar momentos atrás.

—Eres tan hermosa, Amber—le dijo él y se detuvo a contemplar su cuerpo desnudo y voluptuoso. No era una joven delgada ni tampoco rolliza, tenía lo justo, pero para él era perfecta.

—No puedo creer que seáis mi esposa—agregó y volvió a besarla mientras se desnudaba

con prisa y la rodeó con su cuerpo y su abrazo.

Ella se rindió a una necesidad imperiosa y desconocida, algo irracional y salvaje, no era un impulso amoroso, no como lo había sido antes, en el pasado, era necesidad imperiosa y desesperada. No pensó en nada entonces, no pensó en lo furiosa que estaba con ese hombre, ese abrazo era como un bocado para una joven hambrienta y frenética y se entregó a él sin reservas, sin pensar. Lo extrañaba, lo necesitaba...

Luego lloró mientras lo hacía, lloró furiosa y confundida mientras se retorció de atormentado gozo. Fue muy extraño y gimió cuando sintió que la llenaba con su miembro erecto, hacía tiempo que no estaba con un hombre y no pudo creer que le doliera, pero así fue.

—Preciosa, lo siento, he sido algo brusco—le dijo.

—Ve más despacio, me duele... por favor—balbuceó.

—Hermosa, eres apretada como una virgen, ¿lo eres?

Ella lo negó y lo miró confundida, jamás esperó que le dijera semejante cosa.

—Pero estás muy cerrada cielo.

Amber lo miró con extrañeza y pensó que ese hombre era mucho más viril que su otro marido, su miembro era demasiado grande y casi sintió que perdía de nuevo la virginidad esa noche. Era una locura, era imposible, pero no fue sencilla la cópula. Luego sí, cuando lo hicieron de nuevo fue distinto, pudo disfrutarlo más. Solo quería saciarse, como una de esas mujeres ardientes, saciar esa necesidad sin pensar en nada más. Pero acababa de entregarse a un hombre que legalmente era su marido, a ese hombre que juró odiar y del que esperó escapar...

Y no quería quedarse encinta, no se atrevía ni a pensar en que pudiera haber consecuencias, pero ¿cómo evitarlo?

Sus besos acallaron sus temores y su desconcierto, trató de no arrepentirse por la locura que había hecho.

Cuando todo terminó se quedó tiesa, satisfecha y húmeda, sintiéndose mojada y saciada pero aturdida. Se preguntó si no habría sido ese vino, si ese vino no despertó algo salvaje e instintivo en ella. no podía entenderlo. Jamás debió dejar que pasara.

—Fue magnífico preciosa, mi hermosa esposa, ahora eres una verdadera esposa—le dijo mirándola con intensidad.

Ella no pensó que fuera su mujer, solo había sucumbido a la tentación, pero no volvería a pasar y, sin embargo, había sentido algo tan fuerte mientras fue suya... pero era suya ese momento no era suya de otra forma.

Era como haber estado sedienta y de repente él le había extendido una copa rebosante de agua fresca y deliciosa y ella la bebió toda de un tirón pensando solo en satisfacerse. Pero no lo amaba, el amor que un día sintió por un hombre estaba enterrado en una oscura tumba de Italia, junto a su primer marido.

Despertó cansada y sintiéndose débil y extraña.

Había tenido intimidad con ese hombre y ahora él pensaría que ella se había rendido y sería una esposa ejemplar o algo así.

Todo giraba a su alrededor y cerró los ojos cansada estaba sola en la habitación. Buscó al italiano, pero solo vio su ropa tirada en el piso, ropa que nadie se había molestado en sacar.

Tenía que darse un baño y expulsar de todo su ser los restos de esa correría, diantres, debía lavarse bien para evitar que su simiente la fecundara. No sabía por qué la asustaba tanto, se suponía que era estéril...

Debía ser más cuidadosa en el futuro y conseguir algo para evitar que...

No quería pensar en eso.

Llamó a la criada para que llenara la tina de losa con agua caliente y esencias. Se bañaba sola, sin ayuda, siempre lo había hecho pues detestaba que una simple sirvienta la viera desnuda. Era una dama pudorosa. Ardiente pero pudorosa con los extraños.

Suspiró mientras se zambullía en la bañera y sentía todo su cuerpo relajarse mientras recordaba la noche de lujuria que había vivido con su nuevo esposo.

Sonreía cuando de repente vio a la sirvienta mirándola a la distancia.

—Puedes retirarte—le ordenó molesta.

No recordaba su nombre ni esperaba aprendérselo. Odiaba los intrusos.

Luego tuvo que salir sola y buscar a tientas la manta para secarse, rayos, esa criada era una inútil, ni siquiera le había dejado cerca la ropa o...

Tuvo que llamarla con la campanilla.

Y esta tuvo la impertinencia de demorar.

—Señora, ¿necesita algo?

—Mi ropa, estoy tiritando, tampoco habéis encendido la estufa hoy.

La jovencita murmuró una disculpa.

—Es que no han traído leña hoy señora, lo lamento.

—No han traído leña?

—Es que faltan empleados aquí señora, su marido los echó al llegar y ahora...

—Está bien, traedme ropa, había dejado aquí un vestido.

—Lo siento, creo que lo guardé.

Amber sintió que perdía la paciencia, pero se contuvo.

La llegada de su marido no mejoró el asunto, ciertamente que odiaba que la viera así, mojada y sin vestir, peleando con esa inepta doncella.

—¿Qué sucede? ¿No te has vestido?

Amber se sonrojó y la criada se fue como si viera al diablo, seguramente temía que ella delatará su ineficiencia.

Al final se dio por vencida y miró al italiano y se quejó de la doncella.

—Pero debiste pedirle que os ayudara en el baño, es su deber.

—Tal vez sea su deber, pero no permito que ninguna criada me ayude, sé bañarme sola.

—Pero necesitáis que os ayuden con el peinado y vestido.

—Eso sí, pero...

—Tranquila preciosa yo os ayudaré. ¿Por qué os disgusta tanto Chiara?

Amber lo miró de reojo y tembló al sentir sus manos en su espalda, no podía olvidar lo que había pasado la noche anterior. Lentamente la vistió y ella sintió su mirada en su espalda hasta

que la abrazó y le dio un beso íntimo y profundo que le arrancó un gemido involuntario.

Su corazón latió aprisa cuando la abrazó y la llevó a la cama para quitarle de nuevo el vestido y llenarla de caricias.

Se sonrojó cuando su mirada encendida desabrochó su pantalón para liberar ese miembro ingreso y levemente inclinado, ahora entendía por qué le había dolido tanto era mucho más ancho en la punta y en la base, pero eso la excitó y lo acarició con sus manos despacio.

El no esperó y le quitó el vestido de un tirón y comenzó prodigarle caricias ardientes y desesperadas.

Quiso impedirselo, pero él sujetó sus manos.

—Esto te gustará preciosa, ya verás.

No, no era sencillo para ella y casi lo odió por obligarla, pero luego que tomó su vientre por asalto y comenzó a prodigarle caricias tendido ante ella y abrazado a su cintura gritó y se retorció de placer cerrando sus ojos pues era demasiado fuerte.

Lo hizo hasta enloquecerla, hasta saciarse de ella y húmeda y temblando le recibió en su interior porque ya no aguantaba más hacerlo. no se detuvo hasta llenarla con esa inmensidad y en esa posición, debajo de él sintió que hasta la última gota entraba en su vientre, ese italiano brioso no iba a tardar en dejarla encinta si es que no era estéril.

Trató de no pensar en eso, enredados y abrazados en esa cama sintió tanto calor y placer, su placer provocó el suyo y supo que nunca antes había sentido algo tan intenso.

—Preciosa, eres perfecta, principessa. —dijo y la miró con fijeza, la tenía sujeta y apretada contra la cama, pensó que luego la liberaría, debía vestirse, pero él no tenía ninguna prisa. Todavía estaba insatisfecho...

Supuso que debía vender sus tesoros, no podría conservarlos allí ¿o acaso se marcharía a su país sin avisarle nada?

Amber se sintió inquieta pues su esposo no le hablaba de sus planes. Su único plan era dormir a su lado y hacerla suya varias veces al día.

Nunca imaginó que despertaría a un dragón insaciable esa noche y que de repente se sentiría tentada a hacerlo de nuevo sin saber por qué.

Se mudó a la suite nupcial y allí no había desatinos, le cambiaron de sirvienta y esta era muy eficiente.

Dejó de ser la prisionera para ser su esposa cautiva. Sonaba extraño, pero era así y sin embargo disfrutaba ser su prisionera, ser su mujer, como si ese deseo largo tiempo dormido hubiera despertado. Y no podía negarse a él, nunca lo hacía, vivían pegados, rayos, la avergonzaba vivir así, de esa forma, no era algo del todo normal, no sentía que él fuera su marido en realidad. Tenía dudas, principalmente porque jamás llegó al altar con ese hombre. era una situación tan rara y complicada.

En la casa había mucho movimiento, los sirvientes parecían muy atareados.

Amber sufrió un resfrío y se quedó unos días en cama convaleciente.

Odiaba estar en cama y beber esos té, se sentía de nuevo encerrada y de mal humor.

Él se había quedado esa noche a acompañarla y cenó a su lado y cuando de pronto le dijo:

—Ten calma, pronto nos iremos de esta horrible casa, preciosa.

Ella lo miró espantada.

—Qué dices?

—Que viajaremos muy pronto en cuanto os sintáis mejor.

—ero por qué, si ya tienes ese tesoro.

—Porque esta casa es una tumba, preciosa, tú eres la única luz en este mausoleo. Por eso.

no soy de esta tierra ni me siento cómodo en este país

Amber se estremeció.

—¿A dónde irás?

—A Montefioralle, pero no regresaré solo preciosa. Tú vendrás conmigo.

Amber suspiró.

—Pero eso queda muy lejos, en Toscana. No podré ver nunca a mi familia.

—Oh vamos no es tan lejos.

Cenaron en silencio y cuando terminaron de cenar él tomó su mano y la llevó a la cama para recordarle que era suya, solo suya...

Pensó en escapar, en correr, ¿pero qué sentido tenía? Era su marido ahora y no podría volver a tener un esposo. Aunque su boda fuera forzada, no había alternativa.

Escapar solo parecía una idea lejana. No tuvo ninguna oportunidad de escapar, no pudo hacerlo y una semana después partieron a Montefioralle, a la tierra de Toscana con el cargamento de esos cofres escondidos en cajas pequeñas dentro de algunos muebles y también ropa.

Los sirvientes italianos parientes de su esposo abandonaron la mansión Creeping house y los escoltaron de regreso. Iban muy animados conversando con su falso marido como si tuvieran una inusitada confianza, no podía creerlo.

El conde mientras tanto la miraba a hurtadillas sin perderla de vista.

La travesía duró días, y lo más duro fue atravesar un mar crispado y helado, peligroso hasta llegar al canal de la Mancha y que todo se volviera más calmo.

Estuvo muy asustada toda la travesía, ciertamente que la asustaban los viajes en barco y ese tesoro la crispaba. No dejaba de pensar que podían ser asaltado o asesinados por su causa.

Sin embargo, el italiano no parecía preocupado por su tesoro, confiaba en sus sirvientes, pero no se despegaba de su lado y al llegar a tierra firme la abrazó al ver que estaba mareada y tuvo el gesto de detener la comitiva hasta que pudiera vencer ese horrible mareo que sentía.

—¿Estáis bien, preciosa? —le preguntó.

Ella miró ese mar azul peligroso a la distancia y se estremeció, había sentido tanto terror entonces y lloró nerviosa sin poder evitarlo.

Él la abrazó protector, muy fuerte mientras le decía a su oído:

—No temáis, todo estará bien, siempre cuidaré de ti.

Parecía una promesa, una promesa de amor, pero ella le agradeció que se detuviera y se tomaran un descanso antes de ir a la estación de trenes.

—Buscaremos una posada—les dijo a sus hombres.

Amber sintió que su tierra quedaba atrás y todo lo que había vivido hasta ese momento y se angustió, no lo pudo evitar. Sus planes de escapar se esfumaban al comprender que no podría hacer nada al respecto, nada...

—Ven, descansa, come algo.

Miró la posada en la que se detuvieron desaprobadora pero resignada, al menos el lugar se veía bien aseado, aunque bastante miserable la construcción.

Allí los recibió una joven francesa que les ofreció alojamiento.

Amber solo quería meterse en la cama de una vez porque todavía se sentía mareada y fue incapaz de probar bocado.

—Necesito descansar, por favor—le pidió.

Él la miró con fijeza preocupado por ella.

—¿Qué sucede? ¿Qué tienes?

—Estoy mareada, me siento horriblemente enferma.

—¿Acaso intentáis engañarme? ¿Creéis que podréis escapar de mí?

Amber sostuvo su mirada y luego cerró los ojos para evitar ese mareo.

La travesía por tierra no fue mucho mejor. Tuvieron que atravesar Francia en tren, descansar en varias posadas hasta llegar al corazón de Italia. Pero finalmente llegaron a destino al mediodía del cuarto día.

Notó que el paisaje era distinto. Bosques y parques y viñedos y una inmensa finca blanca en lo alto de una colina. Debían llegar allí a caballo, pero su esposo consiguió un carruaje doble para poder trasladar sus tesoros.

La casa fue cambiando a medida que se acercaban, Amber notó que sus jardines no estaban muy cuidados y se veían algo abandonados, como si hiciera meses que nadie cuidaba de ellos y en el interior de la mansión ocurría otro tanto. Muebles antiguos y deteriorados pisos de madera sin lustrar y algunos tesoros como retratos y orfebrería en algún rincón... daba la sensación que esa hermosa y antigua casa había conocido tiempos mejores, pero ahora se encontraba en franca decadencia.

Un sirviente muy viejo y una mujer no más joven aparecieron de repente.

–Señorito Rodolfo, bienvenido a casa. Disculpe, no lo esperábamos.

Él sonrió y los abrazó como si fueran sus parientes y no unos viejos sirvientes.

Fue entonces que recordó que llevaba a su esposa y la presentó.

Los criados la miraron con creciente curiosidad.

–Bienvenida, donna Strozzi—dijo la mujer.

Y Amber sintió que se le iba el alma al piso al ver que no había más que una fregona, una cocinera y ese matrimonio de ancianos para atender esa mansión. Miró desalentada a su alrededor pues en sus habitaciones reinaba el abandono y la suciedad. Porque la única fregona había ido a visitar a una tía enferma en realidad.

Aún y todo, el matrimonio de ancianos se las ingenió para prepararles un almuerzo a todos, incluyendo a sus hermanos y primos. Amber se sintió horriblemente incómoda al compartir la mesa con los familiares de su esposo que eran además ruidosos y de malos modales.

No sólo comían usando la cuchara pues no tenían ni idea de cómo usar el resto de los cubiertos, reían, charlaban y eructaban todo al mismo tiempo mientras parecían reírse de ella.

Como toda dama inglesa decidió pasar por alto ese agravio y pensar que sólo lo había imaginado hasta que notó que su marido se ponía tenso.

–Cállate imbécil, compórtate, mi esposa es toda una dama.

–¿Tu esposa? La esposa que robaste con el tesoro—se burló su primo y al parecer había bebido de más y estaba incontrolable.

No podía creer que le dijera a su marido que no era su esposa más que de nombre. Qué poca delicadeza ciertamente.

–Vuelve a hablar y te corto la lengua, imbécil—los ojos del italiano echaban chispas.

Hablaba en serio y ambos hombres estuvieron a punto de irse a las manos como dos bandidos, y ella los miró sintiéndose enferma de que esos brutos estuvieran en su casa compartiendo la mesa.

De no haber estado tan hambrienta habría huido, pero por más que no lo estuviera, no

habría sido delicado dejar la mesa en esos momentos, por fortuna ese hombre se había calmado porque sus hermanos y parientes lograron que se callara la boca.

¿Esposa robada? ¿Así la llamaban a ella?

Estaba demasiado exhausta para pensar con claridad y sólo quería descansar sus huesos y sus nervios en esos momentos y huir de todo ese griterío de parientes maleducados y cretinos. ¿Vivirían con ellos en la casa? Tembló al pensar en eso y tener que soportar almuerzos y cenas con gritos, bromas y eructos. No podía creer que esos hombres tuvieran parientes nobles, porque su marido era un conde y había esperado otros modales, pero... ahora entendía por qué su esposo los dejó escondidos en la mansión de Creeping house y les encomendó la tarea de buscar el tesoro. Eran unos impresentables. Todos ellos. Como campesinos, como bandidos que merodeaban en Londres tratando de robarse alguna joya de una dama distraída.

Y como si él mismo se avergonzara de esos pillos, le dijo que podía ir a descansar si quería.

Amber pensó que era una respuesta a sus plegarias y lo acompañó pues al parecer no había doncella ni sirvienta para guiarla a sus aposentos.

Se alejaron de la sala en silencio y subieron la escalera principal.

—Disculpad a mi primo Giulio, cuando bebe demás es un completo imbécil—le dijo luego.

Ella lo miró y asintió sin decir más.

Cuando poco después llegaron a la habitación nupcial pensó que había un error. Había un olor a encierro y estornudó por el polvo acumulado en cada rincón.

—Diantres, olvidaron ventilar esto... rayos—dijo su esposo y corrió a abrir ventanas.

—¿Tú vivías aquí?—preguntó ella bastante horrorizada.

Él la miró.

—Sí, pero hace tiempo que nadie asea esta casa. Muchos sirvientes se fueron porque no recibían la paga luego de morir mi madre. Lo siento, pero no temas, pronto todo estará en condiciones. Podré pagar más criados y esta casa podrá ser como antaño.

—Está bien, sólo sentí curiosidad, se ve muy abandonada.

—Es que no fue sencillo luego de morir mi madre y mis hermanos y yo pasábamos horas en el campo labrando la tierra, intentando salvar las cosechas. A duras penas podíamos subsistir.

—¿Entonces no hay más familia que esos primos y...?

—Sí, hay más familiares en el pueblo lindero, pero no viven aquí y no te preocupes, mis primos se marcharán en unos días en cuanto podamos vender algo de ese tesoro.

Amber notó que sus manos eran anchas y estaban algo agrietadas por la búsqueda de ese tesoro y por las faenas del campo. Por eso también era más bronceado y fuerte. Como los campesinos que trabajaban en el señorío de su padre. Guapos y rudos y algo pendencieros algunos, peleaban a la hora de la siesta porque les sobraba energía o eso decía su padre.

—¿Por qué te dijo eso tu primo, Rodolfo?

El italiano sonrió y su expresión cambió al mirarla.

—¿Qué dijo, cielo?

—Que habías robado una esposa.

Él se acercó y tomó sus manos y las besó con suavidad.

—Mi primo estaba ebrio y dijo tonterías. No le prestes atención.

Amber se quedó ceñuda, de pronto se preguntó si ese hombre era realmente quien decía ser, fue un pensamiento fugaz, algo en lo que no había reparado antes. ¿Y si era un impostor o un ladrón de novias y había estado durmiendo con un completo extraño?

Tal vez él notó su vacilación y temor pues se le acercó y la abrazó muy fuerte.

—Ven aquí preciosa, me muero por hacerte mía.

No estaba cansado del viaje, no estaba cansado de ayudar a sus primos a transportar la pesada carga, siempre parecía listo para hacerlo. sus ojos azules brillaban de deseo y picardía, la deseaba, su deseo por ella era cada vez más intenso.

—Pero nos esperan para almorzar—se quejó Amber molesta, porque en esos momentos no quería copular, quería conversar.

—Aguarda...

Ya era tarde, un beso ardiente y desesperado venció cualquier resistencia y su vestido

cayó al tiempo que él introducía su virilidad hasta el fondo para saciarse, no llegó ni a desvestirse, solo abrió su camisa y cayó sobre ella.

Pero Amber solo tuvo un placer efímero, no dejaba de pensar en las palabras burlonas de esos italianos y que su supuesto esposo podía ser un ladrón de novias y un embustero, tanto o más que su anterior marido y no dejaba de pensar en eso mientras él le decía que se quedara descansando.

—No tienes que hacer nada aquí preciosa, hay suficientes criados. Solo quiero que seáis mía siempre. Descansa—le dijo y se vistió de prisa y se marchó. Tuvo la sensación de que quería dejarla apartada de sus familiares, pero eso no impediría que tuviera sospechas...

La Toscana era una tierra hermosa, había unos paisajes hermosos y eso lo descubrió en sus primeros paseos.

Para ella era como estar de viaje en un lugar bonito no pensaba que ese sería su hogar definitivo y no quería pensar en ello.

Al menos en esa casa de campo los sirvientes eran mucho más eficientes...

Todo era nuevo para ella, en esa mansión había muchos pájaros y aves y también una granja a media milla, en la misma propiedad. Cuando Amber fue a recorrer esas praderas sintió que era un lugar increíble. Tan lleno de paz y con colores tan vivos. No había allí humedad ni niebla y el frío del invierno era moderado.

Por momentos tenía la sensación de que todo era un extraño sueño, no podía evitarlo, pensaba en ello con frecuencia, un sueño extraño del que un día despertaría.

Se detuvo en la pradera al ver a los primos de su marido cerca charlando, pero estaban haciendo algo. Llevaban un cofre lejos de la casa y se inquietó. Por qué lo hacían, ¿qué tramaban? Esos hombres no le inspiraban confianza alguna y casi la crispaba pensar que eran parientes de Rodolfo, habría preferido que no fuera así. No se parecían en nada a él, eran tunantes, bandidos y no se fiaba de ninguno.

Paró en seco para ver qué hacían y sintió sus risas a la distancia.

Tenía la sensación de que se burlaban de ella por ser inglesa o por ser la esposa de su primo o tal vez intuían que ella creía que eran unos tunantes.

Hablaban de algo, diantres, estaban muy lejos para entender lo que decían, pero parecían reírse por momentos mientras gesticulaban y hablaban de algo. Luego se alejaron rápido y no volvió a verles.

Siguió caminando hasta que de pronto vio a un criado mirándola con expresión de alarma.

—Signora por favor, regrese, no debe caminar sola por estas praderas—le advirtió en su lengua. Parecía asustado.

—Pero si son las tierras de mi esposo, ¿qué podría pasarme? —respondió sorprendida.

Él insistió en que debía acompañarla ignorando su respuesta.

Amber se sintió molesta de que ese desconocido la siguiera como una sombra así que tuvo que regresar. No imaginó que su marido iría tras ella y la increparía al verla con ese sirviente como si...

Mientras le explicaba lo sucedido él miró a ambos como si fueran dos compinches pillados in fraganti. No pensó que el italiano fuera tan celoso, pero sí lo era.

—No es prudente que salgáis sola, querida, estos parajes son muy densos y desolados—le dijo.

Amber lo miró molesta y esperó a estar a solas para decirle.

—Acaso esperáis que me quede todo el día encerrada en la casa?

Él la miró sorprendido.

—Bueno, es la conducta esperada en una esposa encerrada en casa esperando que su marido la acompañe.

Amber intuyó que discutirían de nuevo y no sería la primera vez.

—Pues no creo que una esposa deba vivir encerrada, estoy harta de que me dejéis encerrada, soporté el encierro de Creeping hall como un castigo muy injusto y cruel pero no esperéis que ahora lo haga.

—Bueno, os encerré para que no escaparais de mí, ahora es distinto, ahora sí quieres ser

mi esposa.

Ella lo miró molesta.

Se equivocaba, no quería ser su esposa, solo se había resignado y le gustaba estar con él, lo hacía por obligación o eso se decía para convencerse.

—No quiero vivir encerrada, eso hacía tu tío y fui muy desdichada, sabes.

La alusión a su pariente lo tensó. Notó la rigidez en su mandíbula.

—Nunca lo habíais mencionado, preciosa, pensé que erais feliz con él.

Amber se sonrojó incómoda.

—No deseo hablar de eso, por favor, solo os pido que no me dejéis encerrada aquí porque no es justo, soy una buena esposa para ti.

Él sonrió.

—Sí, lo eres, eres hermosa y por eso no deseo que nada malo os pase. Estas tierras no son seguras, bandidos son ajusticiados algunas veces por recorrer los campos para cazar sin permiso. Y si encuentran una dama hermosa y fina como vos... no se detendrían. No son caballeros ingleses de esos que se ven en Londres tan finos y educados, son alimañas. Y no son celos de ti, pero eres mi esposa y os cuidaré como un tesoro, siempre.

Amber sonrió y él se acercó para abrazarla muy fuerte. Era ardiente y cariñoso, como buen italiano, su marido anterior había sido así pero luego los celos lo habían consumido y también habían arruinado su paz para siempre. parecía temer que ella fuera capaz de serle infiel, pero en verdad que cuando su salud empeoró y se deterioró y se veía muy mayor sufría de verla en compañía de algún hombre joven, no toleraba que ni siquiera sus parientes se acercaran.

Él la deseaba, era un hombre joven ardiente y sabía que estaba enamorado, podía sentirlo y por más que lo negara, no le hizo ninguna gracia verla regresar escoltada por un criado, aunque lo negara. Sufría de celos porque la consideraba suya, su mujer y ahora en ese abrazo y ese beso la convenció de retozar un rato antes de la cena.

Rayos, ese italiano era mucho más ardiente que su anterior esposo.

Nunca parecía satisfecho.

Ella se saciaba mucho antes y era demasiado tímida para tomar la iniciativa.

Pero ese día cuando se encerraron y se besaron apretó sus pechos y comenzó a besarlos con desesperación y luego, sin pudor se bajó el pantalón para liberar su miembro erecto para recibir caricias. Ella se acercó con cierta timidez, pero luego cerró sus ojos y comenzó a complacerle, sabía cuánto le gustaba y se preguntó si las esposas de los caballeros ingleses serían tan osadas como ella, pero su esposo anterior se lo había enseñado... si quería tener un marido fiel y amoroso jamás debía negarse a sus brazos ni avergonzarse a complacerle en la intimidad hasta dejarle muy satisfecho, para que jamás tuviera que buscar en otra mujer aquello que ella le negaba.

y cuando tuvo su recompensa y le tuvo muy adentro derramando todo su placer mojándola una y otra vez él la apretó muy fuerte y la miró.

—Tú me vuelves loco, preciosa.

—¿Y tú eres sincero? Siento que me ocultas algo.

Él sonrió.

—Me agarras indefenso aquí, cielo. ¿Qué quieres que te diga?

—Solo dime la verdad, siento que voy a ciegas aquí.

—Soy tu marido y todo lo que os dije es verdad. por qué desconfías tanto de mí?

—Es que me da miedo pensar que lo hicisteis todo por esa herencia y que tal vez...

Amber lloró nerviosa, no pudo aguantarse. Hacía días que tenía sospechas, que veía algo extraño en esa casa y en esos parientes de su esposo. ¿Y si él no era realmente su marido? ¿Si era un bandido ladrón de novias?

—Entonces crees que soy un ladrón de novias que fui a Inglaterra a robarse una herencia?

—preguntó.

Ella no se atrevió a negarlo. Pero ahora estaba más angustiada y entre lágrimas le confesó la verdad.

—Estoy esperando un bebé, italiano, estoy encinta y me da mucho miedo pensar que mi hijo no será legítimo ni...

Él sonrió levemente y luego la abrazó emocionado. Debió quedar encinta la primera noche que fue suya pues luego de esa noche nunca más se despegó de él ni tampoco había vuelto a tener la regla y ella era un relojito, mes a mes, todos los tres o los cuatro su amigo llegaba para decirle que no estaba encinta, en el pasado había deseado tanto ser madre y ahora...

—Preciosa, ¿es verdad? estás esperando un bebé por eso...

Ella asintió muy seria.

—Es muy reciente pero sí.

—Pero no te has sentido mal ni tampoco has tenido nada.

Amber secó sus lágrimas y lo miró.

—Tú me hiciste este bebé y lo sabes, me obligasteis a ser tu esposa a ser tuya y ahora te ruego que me digáis la verdad.

Él se puso muy serio y la miró.

—Mateo Scorza era mi tío sinvergüenza, estafó a mis padres y se quedó con todo. ellos tenían un gran almacén en Florencia. Entonces todo era riqueza y prosperidad. Pero un buen día se aprovechó de mi madre viuda y le hizo firmar unos documentos del negocio o eso le dijo, se quedó con el dinero y hundió a mi pobre madre, murió del disgusto al saber que solo teníamos esta casa y las tierras y que podíamos pasar muy mal durante las malas cosechas. Yo era muy joven y fui criado como un tonto niño rico, irresponsable y despreocupado. Lo tenía todo sin esfuerzo. Hasta que al morir mi madre lo supe todo que ese tío que además era mi padre nos había robado todo. Entonces descubrí que había abandonado a su esposa italiana y se fue con una condesa francesa. Durante mucho tiempo seguí sus pasos, y sufrí en silencio mientras trabajaba esta tierra como un campesino porque no podíamos pagarle a nadie al comienzo. Y entonces la oportunidad llegó de repente, años después, supe que mi tío estaba aquí y fui a verle. Se estaba muriendo, parecía un anciano y solo tenía cincuenta años. habló conmigo, me dijo que quería compensarme, que me devolvería lo que le había quitado a mi familia. Éramos su familia, diablos y él mi padrino. Pero sabía que iba a morir y quiso que lo perdonara... no pude hacerlo, estaba furioso y me marché, ni siquiera lo escuché, pero luego me avisaron que había muerto. Ocurrió una semana

después de ese encuentro. Hice los arreglos del entierro, pero ignoraba que tenía una esposa en Inglaterra y que había usurpado mi identidad para poder desposarla pues Mateo Scorza iría a prisión en cuanto pisara suelo inglés. Pero yo debía recuperar el dinero que ese infeliz le había robado a mi familia y fui a buscar los cofres, pues no podía tener una cuenta a su nombre, todo lo tenía bien escondido en Creeping hall.

—Pero sus parientes...

—No eran parientes, preciosa, eran secuaces, granujas italianos. Lo ayudaban a mantenerse de forma discreta pero siempre estaba alerta, escondido, temía ser reconocido por alguna de sus víctimas—hizo un gesto de amargura y continuó: —Fue entonces que supe que ese bandido había usado mi nombre, por eso me había dicho en aquella ocasión que no me atreviera a acercarme a su esposa. Entendí muchas cosas... Y cuando busqué a un abogado en Londres para pedirle ayuda él dijo que no me convenía reclamar la herencia como su sobrino, sino que debía reclamar todo lo que él había puesto a mi nombre. Entonces vi vuestro retrato en la casa nada más entrar, fue lo primero que vi y pensé que debía reclamarte también a ti como al resto de la herencia. Jamás pensé que tendría una esposa tan hermosa, no hacía más que conquistar campesinas y contentarme con algunas mujerzuelas.

Amber lo miró ceñuda mientras se cubría, sus palabras no eran muy honorables, pero por momento solía emplear esas expresiones.

—¿Entonces todo era verdad? ¿Me lo juras por este niño que llevo en mi vientre?

Él tocó su vientre y la miró y no pudo evitar robarle un beso.

—Lo juro hermosa, como juro que te amé ese día, el día que os vi en ese retrato si eso es posible... deseaba tanto que fuerais mía pero no podía ir a buscaros como vuestro esposo. No me atreví, pensé que me rechazarías.

—Tuviste que raptarme.

—Tenía que reclamarte princesa, no me arrepiento de haberlo hecho. Pero no os mentí, todo es verdad. Al final he tenido el dinero que ese malnacido nos robó, pero no me interesa reclamar lo demás, solo a ti...

Ella se estremeció y se quedó abrazada a él.

—Pero esa boda...

—Lo sé, quiero que celebremos una boda aquí en Toscana, podemos casarnos en Florencia.

Amber pensó en el hijo que llevaba en su vientre, había sido descuidada, pero eso no había sido suficiente. Se preguntó si habría podido evitarlo, si de alguna forma el destino le tenía reservado ese esposo, estuvo años casada con un hombre que no era legalmente su marido y ahora, acababa de convertirse en la mujer de su verdadero esposo y él le pedía que se casaran para que luego pudieran anotar el niño con más facilidad.

Ella no estaba segura de querer hacerlo, por momentos quería correr y alejarse, por momentos se preguntaba si todo eso era un sueño.

Y no podía entender por qué le gustaba tanto estar con él, por qué se sentía bien a su lado.

—Preciosa, me has hecho tan feliz. —le dijo en un momento.

Ella lloró confundida, se sintió tan extraña.

—Yo te amo, Amber, te amo—se lo dijo al oído, emocionado y feliz.

Sabía que estaba loco por ella, pero no imaginó que se hubiera enamorado, pudo sentirlo, era tan ardiente y sincero.

Pero ella no estaba enamorada, solo era una pasión extraña que compartían dos amantes, era como una aventura para ella pues nunca había vivido algo así.

Pero ahora estaba esperando un hijo y su amante no era su amante, era su marido. Amber pensó que todo era un lío, algo muy difícil de comprender. Tal vez con el tiempo, si él era un buen esposo podría llegar a quererle, no lo sabía.

Por momentos seguía sintiendo que todo era un sueño.

Pero sabía que su vida cambiaría y pensó en ese bebé que venía en camino, sentía tanto amor hacia ese ser pequeñito que llevaba en su vientre. Nunca antes había sido bendecida con un hijo y pensó que ese niño les uniría mucho con el tiempo. ahora al menos sabía que no le había mentido y en verdad estaban casados y eso le dio alivio pues no habría soportado haber sido

raptada por un bandido.

Pero en ese momento tan especial ella le dijo:

—Si eres un buen esposo, si me cuidas y respetas, si me haces muchos niños yo te amaré italiano, con el tiempo espero poder abrir mi corazón, porque ahora no sé bien qué es, nunca me había pasado algo así desde que murió mi esposo nunca pensé que volvería a casarme ni tampoco... todo esto ha sido muy precipitado para mí.

—Acaso ese cretino os hizo daño?

Ella lo negó.

—Me casé muy joven, no estaba lista para ser su esposa, para tolerar sus exigencias—le confesó. —Y luego, sufría arrebatos de mal carácter y yo pensaba que luego sería mejor. Nadie me preparó para el matrimonio, no pude hablar con nadie.

—Tú lo amabas verdad?

Amber asintió.

—Pero no fui feliz, descubrí que él no era ese caballero gentil y bondadoso que me conquistó... había un misterio en él, había un encanto de seducción tan letal, ahora me doy cuenta, por eso embaucaba a las mujeres, pero de haberlo sabido, de haber sospechado que hacía eso jamás me habría casado con él. Pero su muerte me rompió el corazón, me dejó rota, tan rota...— Amber lloró, no pudo contenerse, había intentado mostrarse fuerte y contarle la verdad, pero eso no fue posible.

Él guardó silencio mientras la escuchaba, pero luego la abrazó al comprender su pena y desilusión.

—Yo te ayudaré a olvidar preciosa y espero conquistar tu corazón un día—le dijo al oído —Y no me rendiré, nunca lo haré.

Amber secó sus lágrimas y lo miró, estaba en sus brazos, desnuda y podía sentir su calor y su corazón latir acelerado junto al suyo.

